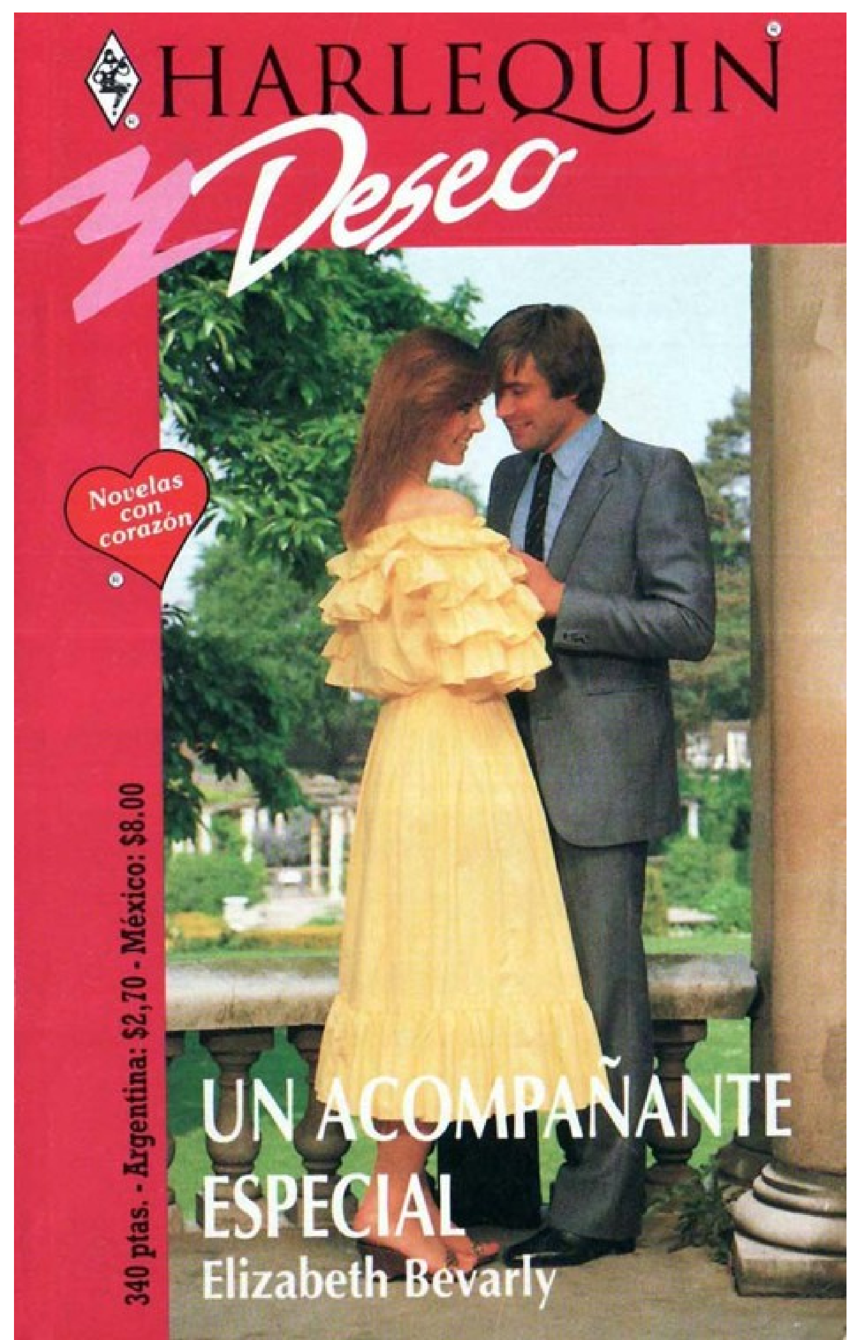

HARLEQUIN
Deseo
Novelas con corazón
340 ptas. - Argentina: $2,70 - México: $8.00
UN ACOMPAÑANTE ESPECIAL
Elizabeth Bevarly



Un acompañante especial

Elizabeth Bevarly

Un acompañante especial (1997)

Título Original: An unsuitable man for the job (1992)

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Deseo 704
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Ramsey Walker y Alexis Carlisle

Argumento:

¿Cómo podía el soltero empedernido llamado Ramsey Walker concentrarse en su trabajo cuando vivía al lado de una belleza como Alexis Carlisle?

Cuanto más conocía Ramsey a la aristocrática Alexis, más impulsado se sentía a perseguirla y a hacerla suya.

Dado que la dama sentía debilidad por la cultura, él le enseñó el tipo de cultura que sólo puede enseñar un hombre de verdad. No obstante, cuando ella siguió guardando la distancia, Ramsey recurrió al arte… al arte de la Elizabeth Bevarly – Un acompañante especial

seducción. Pero los irresistibles labios de Alexis, sus tentadoras caricias y su apasionada forma de amar acabaron cazando al cazador.

Capítulo Uno

Rex Malone se encontraba en un aprieto realmente serio. Aquella rubia preciosa no era, al parecer, Carmen, la amante de Largo. Para colmo de males, el silencioso hombre que había recogido en la autopista el día anterior había resultado ser ni más ni menos que Nathan Dobson, un poli con más condecoraciones que un árbol de Navidad. Malone oyó el chasquido del encendedor a su espalda, giró la cabeza y se encontró inmerso en los ojos azules más hermosos que había visto jamás. Sí, estaba en un apuro. Penélope, la esposa de Largo, permaneció con aire confiado delante de él, apuntándole con una pistola Beretta de aspecto mortífero.

—Rex no es el único que tiene problemas —murmuró Ramsey Walker mirando fijamente el folio blanco que sobresalía de su vieja máquina de escribir—. Esto es lo peor que he escrito jamás…

Sacó el folio de un tirón, lo arrugó y lo lanzó contra el retrato de Raymond Chandler que había colgado encima del escritorio.

—Tú jamás te habrías conformado con algo tan mediocre, ¿verdad, grandullón?

—preguntó con afecto a la fotografía.

Suspiró y se pasó los dedos por el largo cabello moreno. Luego se llevó a los labios un vaso con la efigie de Pedro Picapiedra. El tibio whisky lo serenó un poco.

Agarró otro folio del enorme montón que había colocado junto a la máquina de escribir, con la intención de seguir desarrollando la nueva escena que había ideado para su héroe, Rex Malone. El valiente detective privado había conseguido herir en el brazo a la guapísima rubia, y… De repente, Ramsey oyó un ruido de tacones altos en el piso de arriba.

Se detuvo, sonriendo sin poder evitarlo. Alexis había llegado a casa. Sola. Claro que eso no le extrañó, pues Alexis Carlisle siempre

estaba sola. Había cruzado pocas palabras con su vecina de arriba, dejando aparte los saludos de rigor que intercambiaban en la escalera o en la lavandería del sótano, y ni siquiera dichos encuentros se producían a menudo, pues él trabajaba en casa y ella en el centro de Filadelfia. Pero hasta un muerto se fijaría en Alexis. Era una de esas mujeres que atraían a los hombres y les alteraban la libido de forma salvaje. Ramsey sonrió y se reclinó en la silla, dejando que su mente recorriese senderos sublimes.

Se dijo que Alexis Carlisle era un auténtico bombón. Cuando los dioses la hicieron, los ángeles debieron de llorar de envidia. Medía por lo menos un metro setenta y cinco, porque con tacones casi tenía la misma altura que él. Lucía uno de esos cabellos castaños que desprendían destellos de fuego cuando les daba la luz del sol, aunque Ramsey ignoraba si lo tenía muy largo, pues siempre lo llevaba recogido en un moño de solterona. Y qué ojos los de Alexis. Eran un mar infinito de fascinación, más negros y estimulantes que el más delicioso café expreso. Lo único que le había quitado a Ramsey más sueño que los ojos de Alexis eran sus piernas.

Largas, esbeltas, perfectamente formadas… Un hombre podía volverse loco pensando en esas piernas.

Recordó cierta noche que bajó al sótano a lavar la ropa. La secadora estaba ocupada con ropa de algún otro vecino. Después de esperar quince largos minutos sin que el susodicho vecino apareciera, Ramsey decidió vaciar la secadora por su cuenta, y encontró en ella las prendas de lencería más exquisitas que había visto en su vida. Seda, encajes, braguitas de colores suaves…

Tan fascinado se hallaba contemplando las prendas, que no se dio cuenta de que Alexis había entrado en la habitación y lo miraba como si le estuviera robando o algo parecido. Le dirigió un saludo, y Ramsey, sin poder reprimir una mueca lasciva, mostró un liguero con lacitos rosa y le dijo:

—Si alguna vez necesita que le echen una mano con esto…

Alexis se puso roja como un tomate y alzó la barbilla con aire recatado. Al día siguiente, Ramsey bajó a recoger un par de calzoncillos y descubrió unas medias que seguramente debieron de quedarse en la secadora. No quiso poner a Alexis en un nuevo apuro devolviéndole las medias, de modo que se las llevó a su casa.

Aparte de su buen gusto a la hora de comprar ropa interior, Ramsey sabía bastantes cosas de Alexis. Trabajaba en un organismo denominado Comité de Arte de Filadelfia. Había visto su nombre en un artículo del *Inquirer*, donde figuraba como portavoz del grupo. Ramsey ya había sospechado que se dedicaba a ese tipo de

actividades por las revistas, nacionales y extranjeras, a las que Alexis estaba suscrita.

Solía verlas en su buzón.

Tomando un nuevo sorbo de whisky, Ramsey escuchó atentamente los movimientos de Alexis en el piso de arriba. No tardaría en poner uno de esos horribles discos de ópera que solía escuchar cuando estaba en casa. Efectivamente, al cabo de un par de minutos se oyeron los delicados acordes de una orquesta, seguidos por la voz grave de un tenor que cantaba en italiano.

—Seguro que es una canción de amor —murmuró Ramsey con cierto desagrado al tiempo que apuraba el whisky. Alexis Carlisle tenía pinta de ser una de esas mujeres que se desmayaban oyendo baladas románticas. La típica reacción femenina.

Ramsey se levantó y se puso a dar vueltas por la habitación. ¿Qué haría con Rex? Nunca le había costado tanto escribir una historia. Su tercera y más reciente novela, *Sangre en la ventana*, había alcanzado el quinto lugar en la lista de bestsellers del *New York Times*. Disponía de un plazo de cuatro meses escasos para entregar el nuevo libro, y apenas había comenzado a esbozar la trama.

—Hay que estar loco para dedicarse a la literatura —dijo, sin dirigirse a nadie en particular.

El tenor italiano que vociferaba en el piso de arriba elevó el tono y Ramsey frunció el ceño, molesto. ¿Cómo iba a trabajar en una novela policíaca con semejante ruido? Debería subir y decirle a la guapísima Alexis que bajara el volumen o llamaría a la policía. Se rió por lo bajo, reconociendo que aquello no era sino una excusa falsa.

Como de costumbre, se había puesto a fantasear sobre la posibilidad de plantarse en el piso de su vecina sin avisar. Seguramente ella abriría la puerta ligerita de ropa o recién salida de la ducha, con el cabello aún empapado. A fin de cuentas, Ramsey Walker era un hombre como los demás y necesitaba una mujer de vez en cuando.

Respiró hondo, procurando recuperar el dominio de sí mismo. De pronto, tuvo una idea. Una idea realmente fabulosa. La mejor que había tenido en varias semanas.

Se sentó de nuevo ante la máquina y se puso a escribir con verdadero ímpetu. Rex Malone estaba a punto de ser salvado. Por una guapísima bailarina de cabello castaño, dotada de unas piernas preciosas y unos ojos negros como el café solo.

Sentada en la sala de estar, Alexis Carlisle pasó distraídamente

la yema del dedo por el dibujo del pañito de la mesa. Tomó un sorbo de vino y arrugó la frente, nerviosa. Había tenido un día espantoso. La donación que había solicitado a Grayco Corporation había fallado en el último momento al ser denunciada la empresa por un grupo ecologista. Naturalmente, sentía un gran respeto hacia los Defensores de un Mundo Limpio; al fin y al cabo, ella también vivía en el planeta, pero, ¿no podían haber esperado un par de días para denunciar a Grayco? La compañía estaba a punto de firmar un cheque de cien mil dólares que hubiera posibilitado la creación de un fondo de becas para los artistas de la ciudad. Dicha donación hubiera constituido un ejemplo para otras empresas importantes y habría facilitado en gran medida el trabajo de Alexis.

Dejó escapar un suspiro. Dos meses de esfuerzo para nada. Tendría que empezar de nuevo y buscarse otro patrocinador.

Alexis fue quitándose uno a uno las horquillas del moño hasta que el cabello le cayó suelto sobre los hombros. Se quitó el alfiler de la blusa color marfil y se desabrochó hasta la mitad del pecho. Luego, con los ojos cerrados, dejó que la música del *Turandot* de Puccini la envolviese. Cuando el tenor llegaba a su parte favorita del aria, empezó a oírse el molesto tecleo de la máquina de escribir del vecino de abajo.

Alexis abrió los ojos de golpe y apretó la copa que tenía en la mano con tanta fuerza que temió romperla. Ramsey Walker estaba otra vez liado. Siempre se ponía a trabajar con especial ahínco en los momentos más inoportunos. Algunas noches permanecía levantado hasta las tres o las cuatro de la madrugada, al parecer sin preocuparle el hecho de importunar a los vecinos. Naturalmente, ningún inquilino, aparte de ella, se quejaba de Ramsey Walker. Era un novelista de éxito, un «hombre de extraordinario talento», según los artículos y reseñas que Alexis había leído sobre su última novela. *Un genio de la palabra*.

Pues vaya un genio. Tras enterarse, por medio de la señora Fife, la vecina de enfrente, de que un escritor vivía en el piso de abajo, Alexis se apresuró a comprar todas las novelas de Ramsey Walker. Le habían chocado un poco los títulos, que contenían términos como «bala», «cadáver» y «sangre», pero sólo después de obligarse a leer su última obra, Alexis había visto confirmadas sus dudas acerca del talento de Walker.

Novelas policíacas. Escribía novelas policíacas. Para una mujer que había echado los primeros dientes leyendo a Jane Austen y luego había crecido devorando obras de Dante, Shakespeare, Eliot y Thoreau, autores de verdadero talento, calificar la obra de Walker

de «genial» era una auténtica aberración. Por lo que a Alexis respectaba, sus personajes eran arquetipos exagerados, sus argumentos eran totalmente predecibles, y las pocas mujeres que no morían en sus historias eran patéticas y estúpidas. Seguramente un hombre como Ramsey Walker consideraba ideal dicho modelo de mujer, pero para Alexis sus novelas no eran más que panfletos machistas.

Y a juzgar por el ruido que provenía del piso de abajo, Walker estaba perpetrando un nuevo crimen literario. Sin duda, los demás vecinos se sentirían entusiasmados al ser testigos de semejante acto, pero a Alexis le parecía intolerable tanto insulto contra el sexo femenino. ¿Cómo diablos se habría convertido aquel hombre en un novelista de éxito? ¿Acaso era ella la única persona del mundo que se daba cuenta de lo malo que era? Incluso la señora Fife, que participó activamente en el movimiento a favor del sufragio femenino, opinaba que Ramsey Walker era un autor excelente. Alexis no lograba entender tal paradoja.

Y eso que Walker no le desagradaba como persona. Muy al contrario, lo consideraba un hombre interesante. A fin de cuentas, era escritor, aunque su obra dejase mucho que desear, y Alexis opinaba que cualquiera que se dedicase a una labor creativa merecía la admiración del prójimo. Las veces que se había cruzado con Walker había comprobado que se trataba de un hombre encantador y tremendamente guapo. Incluso se le podía calificar de sexy si a una le atraían los hombres de sus características: fuerte, de hombros anchos y aspecto agresivo. Poseía, además, una sonrisa que permitía a las mujeres saber, sin asomo de duda, que iban desvestidas a sus ojos.

Pero Alexis sabía muy bien que no le iban esa clase de hombres. Había comprobado, desde hacía mucho tiempo, que lo que su padre solía decir acerca de los artistas muertos de hambre era cierto, y que se encontraba mejor con tipos más seguros y predecibles: médicos, abogados, banqueros, etc. No obstante, desde que se mudó al edificio, hacía un año, Ramsey Walker le había rondado por la cabeza de forma constante e inevitable.

Se dijo que su obsesión por aquel hombre era consecuencia de su torpe labor con la máquina de escribir, cuyo estruendo la molestaba en los momentos más inoportunos. A eso había que añadir las ocasiones en que Walker dictaba textos a una grabadora con aquella voz tan potente que se oía incluso a través de los tabiques.

Sin embargo, había veces que Alexis no podía evitar prestar

atención a su vecino. Algunas noches permanecía tumbada en la cama, despierta, escuchando la voz grave de Walker, que le llegaba desde la habitación que debía de ser su dormitorio. Casi siempre recreaba alguna parte de la novela de turno, poblada de matones y de escenas violentas que producían pesadillas a Alexis. En cierta ocasión narró lo que Alexis supuso que para él sería una escena de amor. En realidad, se trataba de un episodio casi pornográfico, pero ella sintió curiosidad por oír cómo Walker describía el acto sexual de un hombre y una mujer. No se había excitado, faltaría más, pero aquella noche tuvo sueños bastante intensos. Dejando aparte sus defectos, Ramsey Walker debía de ser, probablemente, un amante magnífico.

¿A qué venía semejante reflexión? Alexis intentó desterrar de su mente otros ruidos que de vez en cuando se oían en el dormitorio de su vecino escritor. Le resultó difícil, puesto que la máquina de escribir emitía un traqueteo cada vez más frenético.

De pronto, el teléfono sonó en el vestíbulo y ella sintió un verdadero alivio.

Se sentó en la silla con bordados que había junto a la mesa y atendió la llamada.

—¿Alexis? Soy yo, Margaret —dijo alguien al otro lado de la línea.

A pesar del tono urgente de la voz, Alexis esbozó una sonrisa. Margaret Warminster era hermana de Evan Warminster, su novio más reciente. La relación había empezado a ir bastante en serio durante los últimos meses, y Alexis no tenía la menor duda de que el tópico del matrimonio surgiría en cualquier momento. De lo cual se alegraba. Al menos, eso se repetía una y otra vez. Se sentía muy orgullosa de aquel noviazgo, porque lo había conseguido por sus propios méritos, sin que hubiera intervenido para nada la mano de su padre. Tal vez a su padre no le cayera muy bien Evan, pero Alexis trataba de convencerse de que era el hombre perfecto para ella.

Pertenecía a la Ivy League, era culto, sofisticado, elegante, adinerado… La lista de adjetivos podía prolongarse hasta el infinito.

Lo más importante, sin embargo, era que Evan carecía de cualquier inquietud artística. Aceptaría su proposición de matrimonio, naturalmente, pues sentía mucho aprecio por él. Podía ser que, con el tiempo, llegara incluso a amarlo.

—Hola, Margaret. ¿Cómo estás?

Se produjo una pausa, luego la voz de la otra mujer volvió a ocupar la línea.

Esta vez su preocupación resultó evidente.

—No muy bien, querida, no muy bien. Tengo que hablarte de Evan.

Alexis se tensó en la silla, pero trató de no perder la calma.

—¿Qué le ocurre?

—No quiero alarmarte, pero parece que ha desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Cómo que ha desaparecido?

Era lo más ridículo que Alexis había oído en la vida. Evan era un banquero de ideas conservadoras, sensato, capaz y muy respetado en el seno de la comunidad. La gente como él no «desaparecía», sin mas.

—Bueno, tal vez no sea la palabra exacta —se apresuró a aclarar Margaret—.

Sabemos dónde está. Pero no conseguimos hacerlo volver.

—Margaret, ¿de qué demonios estás hablando?

Margaret dejó escapar un largo suspiro antes de responder.

—Quiere que te diga que lamenta que las cosas hayan sucedido así, pero que no soportaba seguir viviendo como hasta ahora.

Alexis notó como si un puño le estrujara el corazón. ¿Cómo podía sucederle otra vez algo semejante? Evan no era ningún artista trasnochador; se suponía que era el partido perfecto. Lo había encontrado por sí misma, sin tener que recurrir a los arreglos y las manipulaciones de su padre. No era posible que la hubiese dejado igual que los otros. No era posible.

—Margaret —dijo Alexis después de respirar hondo—, será mejor que comiences desde el principio.

Capítulo Dos

Ramsey recuperó el rumbo de la historia de Rex Malone. Estaba muy inspirado y derrochaba creatividad en cada folio. Si seguía así, pronto tendría terminada la novela, que seguramente constituiría un nuevo éxito de ventas. Escribir proporcionaba casi tanta satisfacción como el sexo, se dijo mientras repasaba el último párrafo del capítulo cuarto. Aún quedaban ciertos detalles pendientes entre Rex y Penélope Largo, pero se resolverían en el transcurso de la narración.

Tras apagar la lámpara del escritorio, Ramsey salió del comedor que había transformado en despacho y se fue directo a la cama. Normalmente, era a esas horas cuando se ponía a trabajar en serio, pero había pasado el día haciendo correcciones y estaba rendido. Se llevó la mano a la mandíbula, cubierta de barba, y se dio cuenta de que había olvidado afeitarse. En fin. Esas cosas solían sucederles a los escritores.

Se había quitado la camiseta gris y se estaba desabrochando los pantalones vaqueros cuando oyó el sonido procedente del dormitorio de arriba. Era un murmullo débil, apenas audible, y por un instante Walker no supo identificarlo. De pronto, comprendió de qué se trataba y el corazón le dio un vuelco. Alexis estaba llorando. No de un modo chillón e histérico, como era habitual en algunas mujeres, sino que lloraba silenciosamente, como si intentara desesperadamente reprimir el llanto. Durante largos instantes, Ramsey permaneció de pie en medio del dormitorio, escuchando y deseando que el llanto cesara. Pero lejos de disminuir, los lloros crecieron en intensidad, y Ramsey movió la cabeza hacia un lado, como si de ese modo pudiera acercarse a Alexis.

Se dio cuenta de que ella estaba en un rincón del cuarto y dio unos pasos en esa dirección. La imaginó acurrucada en el filo de la cama, indefensa. Maldiciendo su imaginación desbocada de escritor, Ramsey se dijo que jamás había estado en el piso de Alexis y que, por lo tanto, ignoraba en qué habitación tenía la cama. ¿Estaría herida? No lo creyó probable. No lloraría durante tanto rato simplemente por haberse quemado con la tetera, por poner un ejemplo. Quizá había recibido alguna mala noticia y necesitaba hablar con alguien. Sin apenas pensar en lo que hacía, Ramsey se puso la camiseta y se abrochó la cremallera de los pantalones.

Subió las escaleras de dos en dos. Saber que Alexis se encontraba allí sola, llorando, despertó en su interior una extraña emoción que jamás había experimentado con anterioridad. Debía hacer lo posible por consolarla, por lograr que se sintiera mejor.

Cuando se disponía a llamar a la puerta, comprendió que lo que iba a hacer era una locura y se detuvo. ¿Acaso eran de su incumbencia los problemas que pudiera tener Alexis? Aquella expresión de rechazo con que ella lo obsequiaba habitualmente hacía que se sintiera como un gusano.

Ramsey sonrió y sacudió la cabeza lentamente. Luego se acercó a la puerta y llamó tres veces. Alexis no podía engañarlo. Era una mujer refinada, de alto rango social. Poseía elegancia y estilo. Hacía gala de unos modales impecables. Se movía en ambientes distinguidos y selectos, asistía a bailes de etiqueta y pasaba los veranos en el extranjero.

Sabía todo eso porque la señora Fife, con quien almorzaba todos los martes, solía hablarle mucho de Alexis.

Pero Ramsey también sabía que, bajo la apariencia de elegancia y riqueza que exhibía su vecina de arriba, existía mucho más. Resultaba evidente por su intensa inclinación a los placeres sensuales: el tipo de música que escuchaba siempre que estaba en casa, el aroma exquisito que se olía en la escalera cuando cocinaba, la ropa estética que llevaba y que incitaba a los hombres a alargar la mano y tocarla. Ramsey lo notaba por los destellos que desprendían sus ojos cuando se cruzaba con él en las escaleras; lo percibía en el tono suave y cadencioso que adoptaba su voz cuando intercambiaban alguna frase ocasional…

Ramsey tenía bastante claro que, debajo de su fachada sofisticada y distante, su vecina escondía un calor y una pasión casi irrefrenables.

Nadie acudía a abrir y Ramsey sintió cierto alivio. Probablemente, Alexis no deseaba que nadie la viera con los ojos hinchados y la nariz congestionada. En fin, había hecho lo posible por ayudar a otro ser humano preso de las garras de la desesperación, ¿verdad? Al menos lo había intentado. Estaba a punto de darse media vuelta y marcharse cuando oyó que alguien abría el cerrojo de seguridad de la puerta y giraba la llave. Cuando la puerta se abrió por fin, y Ramsey vio el estado de la mujer que salía a recibirlo, se arrepintió de todo lo que había pensado segundos antes.

Alexis se había dejado el cabello suelto. Tenía la nariz congestionada, en efecto.

Pero, aparte de eso, era la belleza personificada. Al contemplar aquellos mechones castaños sueltos por primera vez, Ramsey sintió la tentación de recorrerlos con los dedos y luego acercarse a ella para darle un beso en los labios. Por imposible que fuera, los ojos

de Alexis parecían más negros y profundos que de costumbre debido a las lágrimas. Al no llevar tacones, medía unos centímetros menos que él, lo cual la hacía parecer aún más vulnerable. Tenía la blusa más abierta de lo que ella probablemente pensaba, y Ramsey no pudo por menos que fijarse en el color marfil de la combinación que llevaba debajo. Él ya sabía que Alexis era de esa clase de mujeres que usaban ropa interior bonita, pero a cualquier hombre le gustaba comprobar ese tipo de detalles personalmente.

—Señor Walker —dijo con evidente sorpresa. Su voz parecía más quebrada de lo que Ramsey recordaba.

—Alexis —respondió él, inclinando ligeramente la cabeza a modo de saludo. A pesar de que ella siempre se dirigía a él con un formal «señor Walker», Ramsey jamás había ocultado su deseo de tratarla con familiaridad—. ¿Va todo bien?

Alexis se puso muy rígida al oír la pregunta y luego bajó la mirada hacia el pañuelo que estrujaba entre los dedos. Ramsey no pudo contenerse y esbozó una sonrisa. Pocas mujeres solían utilizar pañuelos en aquellos tiempos.

—Sí, todo va bien, naturalmente —contestó ella con cierta inseguridad—. ¿Qué le hace pensar lo contrario?

Hubiera sido ridículo fingir que no la había oído llorar. Las paredes del edificio eran finas como el papel y todos los vecinos lo sabían perfectamente. Sin duda, ella también oía lo que sucedía en su apartamento. Dicho pensamiento inquietó un poco a Ramsey. Deseó sinceramente que el dormitorio de Alexis no estuviera encima del suyo.

—Me pareció oírla… llorar —dijo, y casi se echó a reír cuando pronunció la última palabra. Esperó, al menos, haber aparentado amabilidad—. Temía que se hubiera hecho usted daño, o algo parecido.

Alexis se llevó el pañuelo a la nariz, con la esperanza de ocultar el rubor de sus mejillas. Pensándolo detenidamente, ella tenía la culpa de todo, por no haberse dado cuenta de que Evan era el típico hombre que se dejaba llevar por las modas.

—Estoy bien, señor Walker —aseguró en voz baja, intentando mirar a Ramsey a los ojos. No obstante, cuando vio la expresión de curiosidad que se reflejaba en ellos, apartó rápidamente la mirada. A pesar de sus irritantes cualidades, Ramsey Walker tenía los ojos verdes más bonitos que Alexis había visto nunca. Y el hecho de que en aquel momento rebosaran de preocupación por ella, le produjo un extraño cosquilleo en el estómago—. Creo que… necesito estar sola un rato —murmuró con voz aún insegura.

Los dos permanecieron callados unos instantes. Luego, Alexis notó que los dedos de Ramsey le acariciaban la frente y le apartaban el cabello del rostro. Lo miró fijamente y él apartó la mano antes de que ella tuviera ocasión de protestar. Parecía tan asombrado por aquel gesto como ella.

—Escúcheme —dijo él, haciendo un nuevo intento—. ¿Quiere que salgamos a tomar un café y charlemos un poco?

Alexis negó con la cabeza y contestó:

—No, gracias. Sólo necesito…

—Ya lo sé. Necesita estar sola.

—Sí.

No obstante, sus ojos reflejaban una enorme angustia, y Ramsey pensó que de ningún modo la dejaría sola, revolcándose en la pena. Se apoyó con un brazo sobre la jamba de la puerta y se inclinó hacia Alexis.

—Pero no creo que sea muy conveniente —dijo con voz profunda y segura.

Ramsey Walker siempre la había puesto nerviosa, y aquella noche no fue ninguna excepción. Alexis se dijo que no se debía al timbre sensual y sugestivo de su voz, sino al hecho de que no estaba acostumbrada a tratar con hombres más altos que ella. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no retroceder. Por un momento, se limitó a mirarlo, tratando de censurar la ropa informal que llevaba puesta o el hecho de que aquel día no se hubiera molestado en afeitarse.

Pero descubrió, sorprendida, que las diferencias evidentes que existían entre ellos le producían una gran curiosidad. Se dio cuenta de que Ramsey desprendía un olor maravilloso, natural, masculino. Sin apenas darse cuenta, Alexis sintió el impulso de lanzarse a sus brazos, y sólo consiguió reprimirse en el último momento.

Trató de sustituir la excitación que experimentaba por un sentimiento de enojo.

—Señor Walker, no… no creo que tenga usted derecho a hacerme ningún tipo de sugerencia.

Ramsey pensó que aquello era cierto. No tenía ningún derecho, pues no era asunto suyo. Pero, aún así, le molestaba que ella rechazara su ofrecimiento de ayuda sin siquiera brindarle la menor oportunidad. Alzó la mandíbula con aire altanero, tal como Rex Malone hubiera hecho en una situación similar, y se alejó de la puerta.

—Muy bien —dijo, intentando aparentar indiferencia—. Ya nos veremos. Siento mucho haberla molestado —antes de ver cómo

Alexis le cerraba la puerta en las narices, se dio la vuelta y regresó a su piso.

Alexis lo observó mientras se iba. Sus ojos recorrieron, con cierto reparo, la fascinante anchura de sus hombros y de su espalda. Luego se recrearon en los musculosos antebrazos que dejaban al descubierto las mangas enrolladas de la camiseta. Cuando al fin se perdió de vista, Alexis cerró la puerta y se apoyó en ella, respirando aguadamente. Se dijo que era un hombre insoportable y trató de sentirse ofendida por su comportamiento. ¿Cómo se atrevía a entrometerse en su vida de aquella manera? ¿Cómo se atrevía a aprovecharse de su angustia para sacarle una cita? Aunque dicha reacción no debía sorprenderle en un hombre que escribía novelas centradas en hechos violentos. Un hombre cuya dieta, al parecer, estaba compuesta únicamente de las pizzas que con tanta frecuencia le servían a domicilio.

Un hombre que cambiaba de mujer más a menudo que de ropa. Incluso le reprochó que se hubiera quedado con unas medias suyas.

Pero fue inútil. Había intentado más de una vez convencerse de que Ramsey Walker le caía mal, pero había algo en él que le atraía aunque no estuviera dispuesta a admitirlo. Aquel hombre despertaba en ella intensas sensaciones, aunque Alexis ignoraba el motivo.

Solía preguntárselo siempre que se producía ese tipo de episodios con su vecino de abajo. A Alexis le encantaba vivir en Ardmore. Adoraba las casas antiguas y los árboles, sobre todo en el otoño, cuando las hojas se convertían en caleidoscopios de colores marrones y ocres. Costaba creer que una zona tan plácida y pintoresca existiera tan cerca de los enormes rascacielos de acero y cristal de Filadelfia.

Técnicamente, Ardmore podía ser considerado un suburbio, pero parecía tan alejado del bullicio y el ajetreo de Filadelfia como uno de esos pueblos fantasmas que existían en el desierto. Alexis disponía de todas las comodidades y ventajas que comportaba vivir en un pequeño pueblo histórico. Al mismo tiempo, disfrutaba de las ofertas que brindaba la gran ciudad cercana, como podían ser los parques, los restaurantes, los museos y los acontecimientos culturales que ella tanto adoraba.

Siempre había apreciado las cosas hermosas de la vida. Sus padres la enseñaron desde pequeña a amar el arte, la literatura y la música, pues opinaban que tales disciplinas constituían la verdadera base de la experiencia humana. Alexis había desarrollado, desde una edad temprana, un voraz apetito por todas aquellas cosas que

estimulaban el goce de los cinco sentidos. Gracias a su educación, se licenció en humanidades y consiguió trabajo en el seno de la comunidad artística de la ciudad, concretamente como encargada de recaudar fondos para la financiación del Comité de Arte de Filadelfia.

Siempre se había sentido muy atraída por los hombres con inquietudes artísticas, por lo cual su padre había estado a punto de repudiarla. No obstante, con el tiempo Alexis se dio cuenta de que su padre tenía razón. Por su trabajo, había descubierto que, a pesar de su talento, los miembros del gremio artístico eran personas impredecibles. Era preferible estar con hombres dedicados a carreras más serias, que no dependieran de los caprichos del público consumidor de arte. Carreras como la banca, por ejemplo. Y hombres como Evan Warminster.

«Ja», pensó Alexis con tristeza al recordar la llamada telefónica que había recibido un poco antes. Los ojos volvieron a llenársele de lágrimas y tuvo que enjugárselos con el pañuelo. Ni siquiera era capaz de conservar a hombres seguros y predecibles como Evan. ¿Cómo había podido abandonarla de esa manera? ¿Cómo podía haber renunciado al trabajo, la familia y a su estilo de vida para emprender una búsqueda de la verdad en el desierto de Arizona? Lo último que Alexis supo de él fue que se marchaba a Hong Kong un par de semanas por motivos de negocios.

Según le comentó Margaret, Evan había telefoneado a la familia desde su nuevo hogar en una comuna, entusiasmado con su trabajo en algo denominado La Mina de Cristal de la Nueva Era. Por lo visto, se sentía mejor consigo mismo y vivía con una estudiante de diecinueve años llamada Desdémona.

Aquello era lo más humillante de todo, se dijo Alexis mientras se sonaba con cuidado la nariz. Durante el tiempo que estuvieron juntos, Evan había sido excesivamente respetuoso con ella, aduciendo que no quería comprometerla a nada ni manchar su reputación. Pero era evidente que no había mostrado tan honorables intenciones con la tal Desdémona.

Mientras se dirigía a la cocina para poner al fuego la tetera, Alexis se acordó de otro detalle. No tendría acompañante para la exposición de Penrose que se inauguraba al día siguiente en el Museo de Arte Moderno de Filadelfia. Y Cassandra Edmonson estaría allí. Vaya por Dios.

Frederick Penrose era un artista de Filadelfia que iba a disfrutar por primera vez de una exposición importante de su obra. La recepción constituiría, sin duda alguna, la gala de la temporada, y a

ella asistiría la flor y la nata de la ciudad. Alexis había esperado que Evan aprovechara aquella ocasión para anunciar su compromiso.

Pero ahora que estaba haciendo manitas y comparando signos astrológicos con una conejita de la nueva era, las esperanzas de Alexis se habían ido al garete. En cualquier caso, le desagradaba la idea de asistir a un acontecimiento semejante sin pareja. Tampoco podía faltar, puesto que había sido una de las principales organizadoras de la exposición.

No obstante, aparte de la huida de Evan, lo que más preocupaba a Alexis era el alargado espectro de Cassandra Edmonson. La señora Edmonson era, probablemente, la patrocinadora de arte más generosa de Filadelfia, y Alexis había perseguido la ayuda económica de la anciana prácticamente desde que ocupó su puesto actual. Era una mujer dulce y gentil. Tenía una inmensa fortuna que dedicaba, en buena parte, a financiar actividades artísticas. Lo malo era que parecía vivir en el siglo XIX. Por simpática que fuera, la señora Edmonson concedía una enorme importancia al protocolo, y no aceptaba que las mujeres asistieran a los actos de sociedad sin acompañante. Ni por lo más remoto accedería a conversar con Alexis en la exposición de Penrose si no iba acompañada de un hombre adecuado.

Rechinando los dientes al comprender que las costumbres conservadoras que normalmente admiraba serían esta vez su perdición, Alexis reflexionó sobre las posibles opciones. Ya había perdido una donación importante ese mismo día, y no podía permitirse el lujo de dejar que la contribución de la señora Edmonson se le escapara de las manos. Podía incluso costarle el puesto. Por lo tanto, decidió malhumorada, tendría que buscarse un acompañante.

Pero, ¿quién? Casi todos los hombres que conocía asistirían a la recepción con otras mujeres. Sus hermanos vivían demasiado lejos y no podían trasladarse a Filadelfia solamente para pasar una noche, igual que su padre. Tal vez el profesor Plithides, de la universidad, accediera a acompañarla, pero tenía casi ochenta años y no estaba en condiciones de trasnochar. ¿Quién más le quedaba?

Tras servirse el té y añadirle abundantes cantidades de leche y azúcar, Alexis volvió al dormitorio y se acomodó en la mecedora con una antología poética de Emily Dickinson. Tuvo que admitir, de mala gana, que probablemente aún estaría revolcándose en la pena si Ramsey Walker no hubiera llamado a su puerta. Por un breve instante, cerró los ojos e intentó imaginarse a Ramsey vestido con camisa blanca y esmoquin, luciendo una rosa roja en la solapa y

sosteniendo una copa de fino cristal llena de champán. Pero la imagen que acudió a su mente fue la de Ramsey Walker desnudo en la cama, con el fornido pecho salpicado de vello negro, ofreciéndole una copa de champán con una mano y dando palmaditas en el lado vacío de la cama con la otra.

Alexis abrió los ojos de golpe y trató de concentrarse en el libro de poemas que tenía sobre las rodillas. Pero su mirada se desvió hacia la cama y se clavó en ella. Se dijo que aquella reacción se debía al cansancio. Al necesitar un acompañante para la inauguración, cualquier hombre le parecía bien, incluso uno tan poco apropiado como Ramsey Walker.

Lo primero que debía hacer en cuanto se levantase por la mañana era buscar a un hombre. Un hombre decente, respetable y educado. En definitiva, un hombre apropiado para la ocasión. Casi cualquiera podía servir, se dijo Alexis con optimismo. Cualquiera que no fuese Ramsey Walker.

Capítulo Tres

Llegó la tarde del día siguiente. Alexis se hallaba sumergida en una bañera de espuma, tomando una copa de suave vino francés a la luz de unas cuantas velas. El día había sido tan espantoso como el anterior, o peor si cabía. No había encontrado a ningún acompañante para asistir a la exposición de Penrose, cuya inauguración tendría lugar esa misma noche. Se lo había pedido incluso a Henry, el guarda de seguridad de las oficinas del comité, pero los viernes por la noche Henry solía jugar a las cartas con los amigos.

De modo que Alexis tenía un gran problema en las manos. O encontraba a un espécimen impresionante de hombre en un plazo de dos horas, o tendría que inventarse una mentira lo bastante verosímil como para que la señora Edmonson disculpase su falta de acompañante en una ceremonia tan formal. Ninguna de las dos posibilidades parecía factible, porque a Alexis nunca se le había dado muy bien entablar relaciones con los hombres, ya fuesen esporádicas o duraderas, y, por otra parte, tampoco era una mentirosa convincente.

En el fondo, sabía que podía despedirse de la donación de la señora Edmonson.

No obstante, estaba decidida a conservar su trabajo, de modo que procuró tranquilizarse y aguzar el ingenio, entregándose a los efectos relajantes del agua caliente y del vino.

Cuando el agua empezó a enfriarse, Alexis abrió con el pie el grifo de porcelana marcado con la letra C, y se sumergió aún más en la bañera. Durante largos instantes, se limitó a disfrutar del calor que comenzaba a recorrer sus miembros cansados. Casi había alcanzado un estado de semiinconsciencia, cuando unos golpes insistentes la sacaron de aquel plácido sopor. Poco a poco se dio cuenta de que el ruido procedía de la puerta del piso. Alguien llamaba con insistencia. Alexis frunció el ceño. Al enderezarse para cerrar el grifo, comprobó que el agua casi había rebasado el borde de la bañera. A los golpes incesantes en la puerta se unió una voz que gritaba:

—¡Alexis! ¡Abra la maldita puerta!

Alexis identificó al instante aquella voz y notó que el pulso se le aceleraba traicioneramente.

Se ordenó a sí misma afrontar la situación con calma. Se tomó su tiempo para salir de la bañera y secarse con una toalla esponjosa. Incluso canturreó en voz baja mientras se ajustaba el cinturón del kimono floreado. Cuanto más fuertes eran los golpes, más se

esforzaba Alexis en conservar la serenidad. Fuera cual fuese el problema, el señor Walker tendría que esperar hasta que estuviera presentable. Se dirigía hacia el dormitorio para ponerse algo de ropa, cuando los golpes se hicieron tan fuertes, que Alexis temió que la puerta se viniera abajo.

—¡Alexis, su cuarto de baño tiene una fuga de agua! ¡Tengo el armario empapado! ¡Abra de una vez!

Alexis corrió hacia la puerta, descorrió el cerrojo y abrió de un tirón. Ramsey Walker dio un empujón a la puerta con el brazo y, sin pronunciar palabra, entró directamente en el cuarto de baño de Alexis. Descolgó una toalla del toallero y la colocó alrededor del grifo de la bañera.

—Señor Walker —empezó a decir Alexis mientras observaba sus movimientos desde el vestíbulo. Al ver que introducía la mano en el agua de su bañera sintió una sensación extraña—. Preferiría que no…

No pudo continuar, pues Ramsey la empujó a un lado y, sin pedir permiso, penetró en su dormitorio. Alexis lo siguió, protestando a voz en grito cuando él abrió la puerta de su armario, apartó la ropa y comenzó a desatornillar el panel tras el cual se hallaba oculta la tubería de la bañera. Sin embargo, Ramsey ni siquiera parecía haberse dado cuenta de que ella estaba allí. Sólo cuando hubo colocado el panel sobre la alfombra oriental que había junto a la cama, alzó la cabeza y la miró con expresión severa.

—Sé que es mucho pedir —murmuró bruscamente, haciendo evidentes esfuerzos por dominarse—, pero, ¿no tendrá por casualidad una caja de herramientas? La tubería está atascada. He conseguido tapar la fuga provisionalmente, pero creo que podré arreglarla con un par de herramientas.

—Naturalmente que tengo una caja de herramientas —respondió Alexis—. Tal vez le cueste trabajo entenderlo, señor Walker, pero el hecho de que yo sea una mujer no significa que…

—Alexis, ¿quiere dejarse de sermones y traerme las herramientas de una maldita vez?

—No es necesario que emplee un vocabulario tan grosero —replicó ella en tono defensivo—. Se las traeré con mucho gusto.

Dicho esto, se dio media vuelta y se marchó. Ramsey no pudo sino sonreír al oír su respuesta, a pesar de que tenía el dormitorio encharcado. Había oído un extraño goteo procedente del cuarto mientras daba los últimos toques al trabajo de aquel día.

Fue a echar un vistazo y descubrió un pequeño charco delante del armario empotrado. Lo abrió y vio que un gran chorro de agua

se filtraba por el techo, poniéndole la ropa perdida. Seguro de lo que ocurría, había subido al piso de arriba, sólo para descubrir que Alexis Carlisle no estaba muy dispuesta a permitir que violara la santidad de su humilde morada. Volvió a sonreír.

—¿Podrá arreglarse con esto? —preguntó Alexis, entregándole una caja de herramientas.

Por primera vez desde que irrumpiera en el apartamento, Ramsey la observó detenidamente, y se dio cuenta de que estaba viviendo uno de sus sueños más salvajes. Alexis permanecía de pie junto a él, y lo único que llevaba puesto era una bata corta. Con el corazón latiéndole a un ritmo inusual, se fijó en sus esbeltas piernas. Le costó mucho reprimir la tentación, casi incontrolable, de alzar la mano y arrancarle el cinturón de la bata. Ella pareció notar sus pensamientos febriles, y los ojos le brillaron, más negros que nunca. Por un momento, Ramsey se planteó seriamente intentar desvestirla, sólo para comprobar hasta dónde le permitiría llegar.

Pero se obligó a desechar dicha fantasía. Alexis Carlisle no era de esa clase de chicas, por mucho que él deseara lo contrario.

—Será mejor que vaya a vestirme mientras usted trabaja —dijo Alexis.

—Sí, mejor será.

—Aunque primero… —señaló la cama, y durante un instante de delirio Ramsey pensó que iba a sugerirle que se acostara con ella. Pero lo que dijo fue—: Tengo la ropa encima de la cama. Pero puedo cambiarme en el cuarto de baño.

—Buena idea.

Ramsey trabajó tan rápido como pudo para reparar la avería, pensando que tenía que marcharse de allí cuanto antes. Cuando terminó, se puso de pie y se quedó inmóvil junto al armario, observando el pijama y la bata colgados en la puerta.

Instintivamente, pasó la yema de los dedos por la tela, maravillándose ante su suavidad, y pensó que la piel de Alexis tendría el mismo tacto. Suave y frío al mismo tiempo. Se dijo que merecía la pena intentar acercarse a ella, por muy inaccesible que pareciera.

Alexis oyó que Ramsey entraba en el cuarto de baño y fue a ver si podía ayudarle en algo. Lo encontró mirando la copa de vino medio llena y las velas que aún ardían alrededor de la bañera. Finalmente, sus miradas se encontraron en la penumbra.

—¿Suele bañarse tomando vino a la luz de unas velas? —preguntó con un asomo de lascivia en la voz—. Me gustan las mujeres que tienen hábitos tan morbosos, Alexis.

Ella respiró hondo e intentó reprimir el nerviosismo que solía provocarle el talante cínico de Ramsey. El corazón le empezó a latir con fuerza. La miraba como si aún llevara puesto únicamente el albornoz. Alexis se había pasado veinte minutos sentada en la espaciosa cocina, tratando de reunir fuerzas para preguntarle a Ramsey Walker si tenía algún plan para aquella noche. Se dijo que estaba dispuesta a dar aquel paso porque necesitaba desesperadamente la aprobación de la señora Edmonson, y no porque deseara con toda su alma conocer mejor a su apuesto vecino.

Finalmente, venció todos sus reparos y le preguntó:

—¿Señor Walker, supongo que no estará usted libre esta noche, ¿verdad?

—¿L…libre? —parecía tan sorprendido como si le hubieran dado una bofetada

—. ¿Esta noche? ¿Yo?

Alexis volvió a respirar hondo y deseó no estar cometiendo el mayor error de su vida.

—Sí. Esta noche. ¿Tiene algo que hacer?

—Pues no… Yo… —vaciló, visiblemente desconcertado—. ¿Me está pidiendo que salga con usted, señorita Carlisle?

Alexis dio un paso hacia él y suspiró resignada. Tenía que dejar claro que se trataba de una proposición de índole estrictamente social.

—Seré sincera, señor Walker. Necesito urgentemente un acompañante para asistir a un acto formal que se celebra esta noche, y usted es mi último recurso.

Supongo que no le interesa, ¿verdad?

Ramsey la observó con expresión meditabunda durante tanto rato, que Alexis temió haberlo herido en su amor propio. Se sintió avergonzada por su brusquedad y su falta de tacto.

—Lo siento —se apresuró a decir, esperando que no fuese demasiado tarde para corregir el error—. He sido muy ruda, ¿verdad? Tendría usted todo el derecho a marcharse sin siquiera ofrecerme una respuesta.

—¿Está usted loca? —preguntó Ramsey, con una repentina sonrisa—. No soy un hombre orgulloso, Alexis. Iría con usted a cualquier parte. No obstante, espero que me devuelva el favor si alguna vez necesito alguien con quien salir.

Alexis reflexionó unos instantes y decidió que se trataba de una condición bastante razonable. Trató de no prestar atención al cosquilleo que la idea de salir con Ramsey Walker le provocaba en

el estómago.

—De acuerdo —asintió por fin—. Es una fiesta de etiqueta. ¿Supondrá eso algún problema para usted?

—Tranquila. Tengo una pajarita —aseguró Ramsey.

Alexis suspiró y dijo:

—Me refería a si tiene usted algún esmoquin —se dijo que probablemente no lo tendría, y por un momento casi se despidió de la donación de la señora Edmonson.

—Está de suerte, Alexis, porque sí, da la casualidad de que tengo uno. Y como lo guardo en el armario de la entrada, no se habrá empapado como el resto de mi ropa.

Ella posó la mirada en las baldosas blancas y negras del suelo. Luego murmuró un tanto avergonzada:

—Lo lamento de veras, señor Walker. Lo menos que puedo hacer es pagarle la tintorería.

Alexis volvió a levantar la vista y comprobó que Ramsey sonreía de oreja a oreja. Estaba más atractivo que nunca.

—La inauguración tendrá lugar a las ocho, pero antes habrá un cóctel. A las siete en punto.

—Estupendo —dijo él dirigiéndose a la entrada—. Volveré a recogerla dentro de un par de horas. ¡Le parece bien a las seis y media?

Alexis asintió con la cabeza. Luego volvió a quedarse sola, preguntándose si habría perdido el juicio.

Cuando el agente de Ramsey insistió en que se comprara un esmoquin, él lo había tomado por loco. Ahora, no obstante, estaba planteándose seriamente enviarle una botella del mejor coñac francés. Se echó un último vistazo en el espejo y hubo de reconocer que no estaba nada mal. Además, le encantaba tomarse ese tipo de molestias si era para salir con Alexis Carlisle. Mientras hacía el décimo intento de colocarse bien la pajarita, se acordó de la primera vez que vio a Alexis, hacía más o menos un año.

Desde que su vecina se instalara en el piso de arriba, Ramsey había sentido una gran curiosidad por ella. Por ejemplo, cada vez que la oía cerrar la puerta del piso y tomar el ascensor, corría a la ventana del salón para verla caminar por la calle, sola o en compañía de algún imbécil vestido con un traje caro. En más de una ocasión, al oírlos regresar, Ramsey había pegado la oreja a la puerta para escuchar la conversación. Sentía verdadera frustración cuando oía al imbécil de turno rechazar la invitación de Alexis de entrar a tomar una copa, poniendo como excusa ciertas normas de cortesía, ridículas y anticuadas. En dichas ocasiones Ramsey había sentido el

impulso de correr escaleras arriba, agarrar al tipo por la solapa y gritarle que era una deshonra para el sexo masculino.

Trató nuevamente de colocarse bien la pajarita y se alisó la chaqueta del esmoquin. No quería que nada saliera mal en aquella primera velada con Alexis.

Podía ser el inicio de una relación más larga y profunda. Dicha idea le provocó cierta inquietud. ¿Una relación? ¿Cuándo había deseado entablar una relación con una mujer? Era un concepto que siempre había rechazado, un término prohibido en su vocabulario. Lo que deseaba era pasárselo bien con Alexis, nada más.

Alexis Carlisle aprendería lo que era soltarse el pelo y pasarlo bien.

Naturalmente, intentaría hacerse la estrecha y mantener aquella fachada de mujer fría y reprimida, pero Ramsey sabía muy bien que la imagen que ella pretendía ofrecer no era auténtica. Y él, por otra parte, era un lobo solitario, un hombre rebelde e inconformista. La haría recorrer los senderos de la pasión desenfrenada, y…

—Maldición —murmuró enojado mientras intentaba arreglarse la pajarita definitivamente, sin conseguirlo. Consultó el reloj y vio que ya pasaban cinco minutos de la hora convenida.

Recogió sus cosas y subió rápidamente a por Alexis, pensando que tal vez ella pudiera echarle una mano con la pajarita de marras.

Alexis abrió la puerta enseguida y lo invitó a entrar con un saludo afectuoso.

Ramsey intentó responder, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

La mujer que tenía delante estaba más hermosa que nunca. Lucía un precioso traje de fiesta de color marrón; los ojos le brillaban, negros como el ébano; llevaba una trenza recogida en un cuidado moño, y su cabello parecía emitir destellos cobrizos…

Por primera vez en su vida, Ramsey comprendió cómo debía ser la mujer perfecta. La miró durante largos instantes, incapaz de hablar, de pensar, de respirar incluso.

—¿Señor Walker? ¿Ocurre algo?

Después de parpadear varias veces, Ramsey recordó de pronto dónde estaba y qué debía hacer.

—Oh, no. No pasa nada… Es que… —intentó desesperadamente pensar en un tema de conversación interesante. Por fin, al notar que el pánico se apoderaba de él, preguntó—: ¿Qué me dice de los Eagles? ¿No están teniendo una temporada magnífica?

No podía afirmarlo, pero Alexis habría jurado que, por un momento, Ramsey Walker se había quedado en blanco. Qué raro.

Jamás había visto que le sucediera algo semejante.

—Lo cierto, señor Walker, es que no soy muy aficionada a los deportes. ¿Los Eagles son un equipo de béisbol o de hockey?

—De fútbol.

—Vaya. Lo siento.

—No se preocupe.

Durante largos momentos ambos permanecieron callados. Alexis aprovechó dichos instantes para reflexionar. ¿Era prudente seguir adelante con aquello? Ramsey estaba tan elegante con el esmoquin, tan irresistiblemente sexy…

—Señor Walker, ¿se ha dado cuenta de que lleva la pajarita mal puesta? —

preguntó, como si acabara de reparar en el detalle.

—En realidad, Alexis, esperaba que usted me ayudara a ponérmela. Me temo que las pajaritas no son mi fuerte.

—Sí, eso salta a la vista —contestó, y se acercó a él con cierta cautela. Ramsey sintió como si se ahogara en los estanques profundos que eran sus ojos. Alexis olía maravillosamente bien. Como un prado lleno de especias exóticas y embriagadoras en el que Ramsey deseó poder revolcarse desnudo por toda la eternidad. Cerró los ojos mientras ella le hacía el nudo de la pajarita, reprimiendo la fuerte tentación de abrazarla y derribar las barreras que se interponían entre ellos.

Alexis, por su parte, estudió aquel rostro que la había tenido obsesionada durante el último par de horas. Primero se fijó en los ojos verdes de Ramsey, como hacía siempre que se cruzaba con él en la escalera. Curiosamente, en ellos no se veía la expresión burlona que los caracterizaba, sino algo más profundo que inquietó a Alexis. Gracias a Dios, él cerró los ojos, rompiendo aquel extraño hechizo.

No obstante, ella se entretuvo con el nudo de la pajarita más de lo necesario para poder observar a Ramsey detenidamente. Las líneas tenues que comenzaban a surcarle los rabillos de los ojos la llevaron a pensar que debía de tener unos treinta y ocho o treinta y nueve años. O sea, unos ocho o nueve más que ella. Acababa de afeitarse, y sus mejillas ofrecían un aspecto suave y rugoso al mismo tiempo. Tenía la nariz muy recta y los labios ligeramente carnosos. Idóneos para besar y ser besados, se dijo Alexis.

—Ya está —dijo, algo nerviosa—. Tiene un aspecto espléndido.

—Gracias —repuso él con una voz profunda que hizo que Alexis deseara derretirse a sus pies—. Usted tampoco está nada mal.

—Vaya, le agradezco el cumplido, señor Walker —dijo ella en

tono levemente irónico—. Pero llegaremos tarde si no nos damos prisa —añadió, ansiosa por salir cuanto antes del piso. Temía que, si se quedaban allí un momento más, cometería alguna estupidez. Como desatarle la pajarita, por ejemplo, y luego desabrocharle uno por uno los botones de la camisa hasta que el torso que tanto la fascinaba quedara desnudo por completo—. Será mejor que nos vayamos. Un momento, voy por mi abrigo.

Ramsey aprovechó su ausencia para echar un vistazo al piso. A diferencia del suyo, amueblado con lo estrictamente necesario para sobrevivir, el de Alexis estaba decorado con bastante lujo. Ramsey vio muebles de estilo Victoriano, ricos almohadones con volantes y bordados, alfombras chinas e incluso cuadros de Renoir, Degas y Cassatt. ¿Serían obras originales? Ramsey se dijo que era imposible; de ser auténticos, aquellos tres cuadros valdrían una fortuna.

Entró en la sala de estar y, aparte de algunos candelabros de cristal, cuberterías de plata y manteles belgas, Ramsey descubrió otros dos cuadros. Consultó las firmas y vio que uno era de Rossetti y el otro de Millais.

—¿Le interesa el arte, señor Walker? —preguntó Alexis a su espalda.

—Estaba, eh, admirando su colección. Son originales, ¿verdad?

Alexis pareció casi ofendida por la pregunta.

—Naturalmente que son originales.

—Naturalmente —repitió Ramsey en voz baja.

—Me los regaló mi padre. Cada cinco años, invierte en un cuadro para cada uno de sus hijos. A mí me regala obras impresionistas y prerrafaelistas. A Sarah, cubistas y precolombinas. A Charles…

—¿A qué se dedica su padre, exactamente? —interrumpió Ramsey, aunque no estaba seguro de querer enterarse de los orígenes de Alexis.

—Es filántropo —respondió ella, como si fuera la ocupación más corriente del mundo.

—No, me refiero a qué se dedica profesionalmente.

—Se lo acabo de decir.

—¿Es un filántropo profesional?

—Sí —contestó Alexis encogiéndose de hombros. Su expresión indicaba claramente que no comprendía el motivo de tanta extrañeza.

—¿Y de dónde saca tanto dinero? —era una pregunta casi grosera, pero Ramsey jamás se había destacado por ser sutil.

—Lo heredó de su padre —respondió ella, sin dar muestras de

sentirse ofendida o molesta.

—¿Y de dónde lo sacó su padre?

Alexis se encogió de hombros, como si la respuesta fuera evidente.

—Pues de su padre.

De modo que Alexis Carlisle era una auténtica dama de alta cuna. En realidad, aquello no sorprendió a Ramsey, aunque se sintió un poco intimidado. Y no sabía muy bien por qué. Nunca había dado excesiva importancia al dinero.

—Así pues, la filantropía pasa de unas generaciones a otras en su familia —

preguntó.

Alexis hizo un gesto de asentimiento.

—Básicamente, sí. Creo que estamos emparentados con una antigua familia real europea que era célebre por su mecenazgo de las artes, aunque no conozco los pormenores. Tengo entendido que el nombre de mi hermano Edward figura en una lista de candidatos al trono de cierto país pequeño. De todas formas, hay unos trescientos o cuatrocientos candidatos antes que él, y Edward no es precisamente una persona idónea para ocupar cargos de responsabilidad.

Ramsey tuvo que morderse la lengua para no prorrumpir en carcajadas al escuchar la explicación de Alexis sobre el árbol genealógico de su familia. Él se había criado en el sur de Filadelfia con sus dos hermanos. Su padre era empleado de correos y su madre trabajaba en casa, cuidando de los pequeños. Había tenido, en definitiva, una infancia normal y sencilla. La forma en que se había criado Alexis, con un padre que le regalaba obras de arte carísimas por su cumpleaños, no acababa de encajar en sus esquemas mentales. No obstante, asintió con la cabeza y comentó amablemente:

—Ya veo. ¿Permite que la ayude a ponerse el abrigo? —preguntó, sorprendido al ver que se trataba de un simple abrigo de lana color crema. Había imaginado que una mujer como ella tendría un armario lleno de visones.

—Cielos, no —respondió Alexis cuando él se lo comentó—. Es algo que jamás he podido soportar. Recuerdo que en cierta ocasión, cuando Sarah y yo éramos niñas, mi padre nos paseaba en trineo por el bosque cercano a la casa. Encontramos dos zorros plateados jugando al lado de un tronco caído. Mi padre se llevó un dedo a los labios para indicarnos que no hiciéramos ruido. Estuvimos observándolos un buen rato, hasta que captaron nuestro olor y se

marcharon. Años más tarde, en la universidad, conocí a una compañera que se ponía un abrigo de piel de zorro en las fiestas de etiqueta. Nunca logré comprenderlo. Aquella piel no le sentaba ni la mitad de bien que a sus auténticos propietarios. ¿Entiende lo que quiero decir?

Por supuesto que Ramsey lo entendía. De hecho, era una actitud que él compartía totalmente. Su opinión de Alexis Carlisle ganó muchos enteros.

—Más vale que nos apresuremos —elijo Alexis, y a Ramsey le pareció que ella casi lamentaba concluir aquel rato que habían pasado a solas.

La siguió a la escalera y esperó pacientemente mientras Alexis echaba varias llaves. No lograba entender cómo una mujer de su posición había escogido aquel sitio para vivir, en lugar de una lujosa mansión en el campo.

—¿Por qué vive aquí, Alexis? —preguntó casi inconscientemente.

—¿A qué se refiere? —repuso ella mientras guardaba el llavero en el bolso.

—Usted puede vivir donde le apetezca —señaló—, ¿Por qué ha elegido un edificio cuyos tabiques son finos como el papel?

Alexis se encogió de hombros y se dirigió hacia la escalera.

—Tal vez le parezca una locura, pero prefiero vivir en un piso. Por una parte, disfruto de una intimidad que no tuve de niña, y por otra, me siento segura rodeada de vecinos.

—Sí, pero podría costearse un piso de lujo en el centro de Filadelfia.

—Es cierto —convino ella—. Pero me encantan los edificios antiguos, y Ardmore es una zona preciosa. Además —añadió con una sonrisa—, casi todos los vecinos son encantadores.

—Yo también soy encantador, Alexis —respondió él con voz suave.

Al salir del portal, Alexis caminó hacia su coche, mientras que Ramsey se dirigió hacia su Jeep. Cuando se dieron cuenta de lo que estaban haciendo, ambos se detuvieron y se miraron con expresiones idénticas.

—Iremos en mi coche —le informó Alexis.

—No, iremos en el mío —corrigió Ramsey.

Ella se aclaró la garganta e intentó ser diplomática.

—No podemos ir a una fiesta de etiqueta en su Jeep, señor Walker. Prefiero que llevemos mi Jaguar.

Los ojos de Ramsey se iluminaron como los de un niño con un

juguete nuevo.

—¿El Jaguar? —preguntó entusiasmado—. ¿Me deja conducir?

—Teniendo en cuenta la forma en que suele usted arrancar su coche, señor Walker, no creo que fuese prudente.

—Vamos, Alexis, me portaré bien, lo prometo. Y me halaga que se haya fijado en mi forma de conducir.

Ramsey le pasó la yema del dedo por la mejilla, fingiendo quitarle una mota de polvo. Tenía la piel tan suave como él había imaginado. Contuvo el aliento y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantener la calma.

—Está bien —dijo Alexis por fin—. Pero como se salte algún stop o sobrepase la velocidad permitida, le echaré del coche.

—Eso será difícil mientras yo esté al volante, ¿no cree? —replicó Ramsey mientras ella le entregaba las llaves.

Alexis suspiró, resignándose a su suerte, y lo siguió hasta el coche. Se avecinaba una velada muy larga. No obstante, la señora Edmonson quedaría muy impresionada por su acompañante, se dijo Alexis, observando el balanceo sutil de los brazos de Ramsey y el movimiento de sus anchos hombros bajo la exquisita chaqueta del esmoquin. Sólo tenía que hallar el modo de conseguir que Ramsey Walker mantuviera la boca cerrada durante el resto de la noche.

Capítulo Cuatro

El edificio que albergaba el Museo de Arte Moderno de Filadelfia tenía fachadas blancas y estaba decorado con una infinidad de cuadros abstractos y esculturas modernistas. Aunque, básicamente, sus gustos artísticos eran más bien tradicionales, Alexis adoraba el talento innovador y desinhibido de los artistas jóvenes que poco a poco se hacían un hueco en la comunidad. Le reportaba una enorme satisfacción colaborar en la promoción de dichos artistas, y Frederick Penrose era, según su opinión, uno de los mejores.

Cuando entró con Ramsey en la espaciosa galería de exposiciones, Alexis se fijó inmediatamente en un enorme mural pintado con acuarelas de tonos verdes, amarillos y grises. Tan concentrada estaba admirando los matices de la obra, que apenas se dio cuenta de que Ramsey eludía a un camarero que se había acercado a ofrecerles una copa de champán. Luego se alejó en busca de «una bebida adecuada para un hombre», según sus propias palabras.

—¡Alexis, querida, ya has llegado!

Cuando oyó la voz de la señora Edmonson a su espalda, Alexis se volvió para saludarla con una afectuosa sonrisa. Como de costumbre, la anciana llevaba una de sus peculiares túnicas blancas. Tenía unos noventa años, aunque nadie lo diría después de pasar diez segundos a su lado. Hacía gala de una juventud y unas ganas de vivir de las que muchas personas treinta años más jóvenes carecían. Alexis consideraba a la señora Edmonson un ejemplo perfecto de gracia y elegancia.

—Señora Edmonson —dijo en tono efusivo—, cuánto me alegro de que haya podido venir. ¿Qué opinión le merecen los cuadros del señor Penrose?

—Son magníficos —respondió la señora Edmonson con entusiasmo—. Has tenido mucha vista al organizar una exposición de su obra. Tiene mucho talento. Ya he comprado dos cuadros suyos para mi mansión de Palm Beach.

—Sí, creo que yo también compraré alguno —comentó Alexis—. El titulado *Los orígenes del lenguaje* sería perfecto para el estudio de mi padre.

La señora Edmonson hizo un gesto afirmativo y sonrió.

—Desde luego, es una obra bellísima —luego, señalando al joven que la acompañaba, añadió—: Alexis, quiero que conozcas a mi bisnieto, Malcolm Edmonson. Malcolm, te presento a la señorita Alexis Carlisle.

—Señorita Carlisle —saludó él.

—Señor Edmonson —correspondió Alexis.

—¿Con quién has venido a la inauguración, Alexis? No me dirás que no tienes acompañante…

Alexis exhaló un leve suspiro de alivio.

—Naturalmente que sí. Mi acompañante acaba de ir a… —no se atrevió a decir que había ido a buscar «una bebida adecuada para un hombre», pues a la señora Edmonson no le agradaría semejante respuesta. Alexis echó un rápido vistazo por la estancia en busca de Ramsey, y en ese preciso instante éste apareció y le hizo una señal con la mano.

—Ahí viene —dijo aliviada. La señora Edmonson no podía saber que se trataba de un acompañante al que había tenido que recurrir obligada por las circunstancias.

No obstante, Alexis pensó que no le desagradaría la idea de salir con él en otras ocasiones. Dicha sospecha se intensificó cuando Ramsey se unió al grupo luciendo una de sus deliciosas sonrisas, y la calidez que se apoderó de su voz mientras lo presentaba no fue fingida en absoluto.

—Señora Edmonson, señor Edmonson, les presento a mi acompañante, el señor Ramsey Walker.

Ramsey se quedó atónito al oír cómo Alexis mencionaba por primera vez su nombre de pila. Impulsivamente, le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia sí.

—Señora Edmonson, Malcolm —dijo Ramsey inclinando levemente la cabeza

—. ¿Cómo va eso?

Vio que Alexis ponía los ojos en blanco, y le sonrió con todo el encanto del que pudo hacer acopio. Que estuviera en una fiesta de ricachones no significaba que tuviera que comportarse igual que ellos. Muy al contrario, cuanto más formal era el contexto en el que se hallaba, mayor era la tendencia de Ramsey a actuar de forma indebida.

—¿Ramsey Walker? —preguntó Malcolm entusiasmado—. ¿El escritor?

Adoptando una pose adecuadamente humilde, Ramsey contestó:

—Sí, el mismo.

—He leído todos sus libros —comentó Malcolm—. Me parecen estupendos.

Creo que es usted un escritor magnífico.

—Muchísimas gracias.

—En *Sangre en la ventana*, trató usted la figura de los abogados con un acierto magistral. Le doy las gracias en nombre de mis

compañeros de promoción.

Alexis presenció la conversación de ambos hombres absolutamente asombrada.

¿Unos libros estupendos?, se dijo con cierto desagrado. En fin, tal vez para alguien como Malcolm Edmonson, que por lo visto era un machista más, los estereotipos creados por Ramsey podían resultar estupendos. Pero tales alabanzas constituían una bofetada en la cara de cualquier mujer que se preciase de serlo.

—Yo también disfruto leyendo sus libros, señor Walker —dijo la señora Edmonson. Alexis se quedó completamente estupefacta—. Mi preferido es el primero que publicó, *Bala para un muerto*. He de confesarle que Rex Malone me cautivó desde el principio.

De nuevo, Ramsey tuvo la decencia de mostrarse agradecido.

—Gracias. Celebro mucho que disfrute con mi obra.

Alexis comenzó a sentirse cada vez más tensa. Era evidente el interés que Ramsey despertaba en la señora Edmonson, y Alexis se dio cuenta, horrorizada, de que estaba un poco celosa. Aunque era absurdo pensar que la señora Edmonson, una dama de la alta sociedad, fuera a rebajarse insinuándose a un hombre mucho más joven que, para colmo, asistía a la fiesta como acompañante de otra mujer. Luego, se dijo que, en definitiva, ella no tenía ningún derecho sobre Ramsey Walker. Si alguna otra mujer deseaba conquistarlo, tenía vía libre, por lo que a ella respectaba.

Aquello era una locura y Alexis procuró calmarse. ¿Qué tendría Ramsey Walker que la alteraba tanto? Aprovechó la primera oportunidad que surgió para terciar en la conversación y abordar el tema de las donaciones. Mientras Ramsey y Malcolm charlaban sobre la industria de la publicidad, Alexis informó a la señora Edmonson sobre el fondo de becas para artistas locales. Al cabo de un rato, la anciana le prometió enviar un cheque a las oficinas del comité al día siguiente. Citó una cantidad que sobrepasaba las expectativas más optimistas de Alexis.

—Vaya —dijo Ramsey más tarde, mientras se mezclaban con el gentío—, pareces un gato que acabara de zamparse un canario.

—Todo se logra con paciencia y una caña —repuso ella sonriendo.

Él enarcó las cejas.

—¿De veras? Pues yo llevo mucho tiempo detrás de ti, Alexis.

Los interrumpió un nuevo admirador de Ramsey. Había reconocido a su ídolo y se acercó para intercambiar unas palabras con él. A Alexis le sorprendió el hecho de que, siempre que estaban en presencia de terceros, Ramsey se comportaba como un señor.

Muchos de los invitados habían leído al menos un libro suyo y él les hablaba de su trabajo con una amabilidad exquisita. Alexis se sintió cada vez más atraída por su vecino escritor, recreándose en cada una de sus palabras, descubriendo infinidad de detalles que hasta entonces desconocía.

Por ejemplo, supo que era oriundo de Filadelfia y que tenía familia. Resultaba extraño pero, por alguna razón, Alexis se sorprendió al enterarse de la existencia de sus padres y sus dos hermanos. Ramsey Walker no parecía el tipo de persona que cultivara con especial énfasis las relaciones familiares. Ni las relaciones con los demás, en general. Ramsey Walker era… pues Ramsey Walker. Único en su especie.

Alguien aparte.

—Debe de ser agradable encontrar fans por todas partes —murmuró Alexis distraída cuando se quedaron a solas en la sala de exposición del entresuelo.

—Caramba, Alexis —le susurró Ramsey al oído—. Parece que te pone celosa tener que compartirme con mi adorado público.

Ella volvió la cabeza lentamente e intentó dirigirle una mirada asesina.

—Señor Walker, no…

—Vamos, Alexis, tutéame. Esta noche hemos estado muy juntos y no te has ensuciado, ¿verdad?

—No sé a qué se refiere, señor Walker. Si existen personas tan limitadas mentalmente como para considerarlo un buen escritor, es su problema, no el mío.

—¿Limitadas mentalmente? —balbuceó Ramsey—. Por si no te has dado cuenta, mi último libro ocupa uno de los primeros puestos en las listas de ventas del país. ¿Crees de veras que existe tanta gente limitada, Alexis? ¿Te has tomado la molestia de leer alguno de mis libros?

—Le confieso que hice un esfuerzo y los leí todos —dijo ella—. Incluso el más reciente.

Él sonrió.

—¿Y qué te ha parecido?

—¿Quiere saber mi verdadera opinión?

Ramsey descubrió, sorprendido, que realmente le interesaba la opinión de Alexis.

—Sí. Me gustaría conocer la opinión de una mujer excitante, de alta alcurnia y experta en la disciplina artística.

—De acuerdo —respondió Alexis—. Se lo diré. Me ha parecido una novela absurda. Inculta, misógina e inmadura. Su héroe es un

salvaje motivado por un desprecio rebelde hacia la naturaleza humana, con una fobia innegable hacia las mujeres, que piensa que su pistola es una prolongación alegórica de su destreza sexual. Los criminales son vulgares estereotipos, el planteamiento de la historia es un tópico trillado y exento de originalidad.

Ramsey la miró durante un buen rato, tratando de recordar todo lo que le acababa de decir.

—Sí, pero, ¿qué opinas de los diálogos?

—Me parecieron poco naturales.

—Ya veo. ¿Y los pasajes descriptivos?

—Muy pobres.

—¿No te sorprendió descubrir que Lionel Hanover era el asesino?

Alexis adoptó una expresión satisfecha y tomó un sorbo de champán.

—Lo deduje en el tercer capítulo.

—Es imposible que lo dedujeras en el tercer capítulo —insistió él.

—Ramsey, en cuanto insinuaste que Lionel y la víctima habían sido amantes en la escuela secundaria, imaginé que él cometió el crimen. Me di cuenta de que odiaba a las mujeres, igual que los demás personajes masculinos del libro, y de que sería capaz de matar a su amante para que no fuese de ningún otro hombre. Es la historia más antigua del mundo, sólo que tú has inflado el tópico y lo has empeorado.

Después de tomar un gran trago de whisky, Ramsey preguntó:

—Si es un tópico, ¿por qué nadie pudo deducir la solución? ¿Por qué la novela se ha vendido tanto?

Ella miró hacia la multitud con aire distraído y respondió:

—Tal vez porque hoy en día no abunda el buen gusto.

—Ya. Sólo hay que fijarse en esta exposición.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Alexis enfadada—. Debes saber que yo soy una de las principales organizadoras del acto. Considero a Frederick Penrose uno de los artistas jóvenes más imaginativos del panorama actual.

Ramsey estuvo a punto de atragantarse con el whisky.

—No hablarás en serio. Creí que habías asistido a la exposición porque no tenías más remedio.

—Llevo meses deseando ver la colección del señor Penrose —repuso Alexis con expresión indignada.

—Pues si quieres conocer mi opinión —comenzó a decir Ramsey, adoptando un tono intencionadamente erudito—, los

cuadros de Frederick Penrose son absurdos, además de incultos, misóginos e inmaduros. El autor está claramente motivado por un desprecio rebelde hacia la naturaleza humana, con una fobia innegable hacia las mujeres, y piensa que su pincel es una prolongación alegórica de su destreza sexual.

Creo que sus cuadros son meros estereotipos, pobres y poco naturales, y que el planteamiento de la exposición es un tópico trillado y exento de originalidad.

Alexis entornó los ojos y miró fijamente a Ramsey durante unos segundos, como si quisiera hacerlo desaparecer. Entonces, respiró hondo y musitó:

—Señor Walker, es usted un hombre insoportable.

—Sí, lo sé —repuso él con una sonrisa de oreja a oreja.

Durante el resto de la velada, Alexis trató de mantenerse a una distancia prudente de su acompañante. Por desgracia, cada vez que se volvía, o bien se daba de bruces con el cuerpo fornido de Ramsey, o bien lo veía al otro lado de la sala, mirándola con ojos desbordados de deseo. En ambos casos, ella tenía que hacer un esfuerzo por reprimir el torbellino de excitación que le recorría el cuerpo como una descarga eléctrica. El deseo de seguir viendo a Ramsey, en lugar de darle la espalda para siempre, atormentó a Alexis durante toda la noche, hasta el preciso momento en que él la acompañó hasta la puerta de su casa.

Mientras introducía la llave en la cerradura, sin pronunciar palabra, Alexis empezó a notar cierta inquietud. Por lo general, era entonces cuando despedía a su pareja con un beso o lo invitaba a tomar una copa. Desde luego, no pensaba darle a Ramsey Walker un beso de buenas noches, pero Alexis se dijo que no había motivos que le impidieran invitarlo a una copa de coñac. A fin de cuentas, era su vecino y la había sacado del atolladero acompañándola a la inauguración.

Se volvió hacia él y le preguntó:

—¿Quieres entrar a tomar una copa o…?

No estaba en absoluto preparada para lo que sucedió a continuación. Su pregunta quedó interrumpida por la presión de los cálidos labios de Ramsey sobre los suyos, y el mundo comenzó a dar vueltas. Fue un beso magnífico, pensó Alexis algo aturdida. Nunca en la vida había experimentado algo tan maravilloso. Comenzó lentamente, pero poco a poco fue ganando calor e intensidad. Notó cómo las manos de Ramsey se le posaban en la cintura e iban subiendo con delicadeza hasta acariciarle los senos.

Lo único que pudo hacer Alexis para resistirse fue emitir un

débil gemido, pero al oírlo él pareció concentrarse aún más en su intento. Mientras le masajeaba suavemente los pechos, retiró sus labios de los de ella y le permitió exhalar un único jadeo. Luego volvió a besarla y la empujó contra la puerta.

Al sentir que el cuerpo fornido de Ramsey se apretaba contra el suyo, Alexis pensó por un momento que se desmayaría. De repente, sus manos comenzaron a moverse como si tuvieran mente propia y se aferraron con fuerza a los bíceps de Ramsey. Lo atrajo hacia sí y notó el contacto de su pelvis.

Tenía el cuerpo inflamado por la pasión. Cuando sintió la lengua de Ramsey presionar sobre sus dientes, abrió del todo la boca para recibirla. Poco a poco, se dio cuenta de lo que estaban haciendo y comprendió que no podría soportarlo. Nadie había conseguido nunca excitarla como la había excitado Ramsey en cuestión de minutos. Sabía que si no ponía fin a aquello enseguida, jamás lograría volver a separarse de él.

—Basta —susurró sin aliento cuando finalmente pudo retirar sus labios de los de Ramsey—. Por favor, Ramsey. Tenemos que parar.

Aunque seguía presionándola contra la puerta, él apartó la cara y Alexis se sorprendió al ver su expresión. Respiraba trabajosamente y los ojos le brillaban, arrebatados por la pasión. Parecía haber perdido totalmente el control. Durante largos instantes, se limitó a mirarla fijamente, como si intentara decidir qué hacer.

—Sí, me parece buena idea tomar una copa —dijo por fin, exhalando un suspiro profundo y entrecortado.

Alexis le acarició el cabello por última vez, luego se alisó el vestido con la dignidad de una reina y dijo:

—De acuerdo. Creo que tengo una botella de coñac, aunque, si te apetece, podemos tomar una copa de delicioso vino francés.

Ramsey sonrió ante la rapidez con que Alexis había pasado de ser una tigresa sexual a una dama reservada.

—Me conformaré con el coñac.

Asintiendo levemente con la cabeza, Alexis entró en el piso e invitó a Ramsey a tomar asiento en la sala de estar. Luego se fue a la cocina. Allí se agarró con todas sus fuerzas a la encimera para no desplomarse.

¿Qué demonios había ocurrido en la escalera?, se preguntó aturdida. ¿Y cómo era posible que le hubiese gustado tanto?

Su conducta había sido inadecuada e imperdonable. Pero Alexis hubo de reconocer que el beso de Ramsey la había excitado hasta extremos insospechados. Se había dejado arrastrar por el tipo de emociones que tantos problemas le causaron en otros tiempos, hasta

el punto de que su padre estuvo a punto de repudiarla como hija. Tal vez si le explicaba la situación a Ramsey, él lo comprendería y dejaría de molestarla.

¿A quién pretendía engañar? Ramsey no dejaría de perseguirla jamás, se dijo mientras buscaba la botella de coñac y dos copas pequeñas. Aquel hombre ya había invadido sus sueños y sus pensamientos. No obstante, Alexis había llegado a un acuerdo con su padre hacía algún tiempo y, ahora que Evan Warminster había huido del mundo real, ella debía cumplir su parte del pacto, por poco que le sedujera la idea.

En la sala de estar, Ramsey se hallaba sentado con expresión meditabunda, contemplando los pálidos tonos azules de la habitación y preguntándose por qué diablos se había lanzado sobre Alexis aquella noche. Nunca había perdido el control de esa manera. Pero había pasado la velada casi hipnotizado por la espalda desnuda de Alexis, cubierta tan sólo por una fina gasa, y cuando la vio allí de pie, tan cerca, abriendo la puerta con aquellos ademanes tan femeninos, no pudo resistirse. Cerró los ojos, intentando apartar de su mente el tacto suave de sus senos.

—Ya vienen las copas —oyó decir a la mujer de sus sueños. Alexis le dio una copita de cristal fino que había llenado con una generosa cantidad de líquido ámbar.

Ramsey se llevó la copa a los labios, observando cómo ella se sentaba en una silla de damasco azul situada en el extremo opuesto de la habitación. Respiró hondo e intentó pensar qué decir. El silencio se prolongó durante unos cuantos minutos, tomándose cada vez más incómodo.

—Ramsey —dijo por fin Alexis con voz trémula y vacilante—. Creo que… hay algo que deberías saber sobre mí.

Él pareció temeroso y, al mismo tiempo, ansioso por oír lo que ella tenía que decirle.

—¿De qué se trata? —preguntó con serenidad. Su voz, por lo general áspera, parecía haberse suavizado con el whisky. Alexis bajó la mirada y la clavó en su copa.

Luego dijo en tono cauteloso:

—Tal vez hayas notado que soy un poco anticuada, y que incluso me ciño demasiado a ciertas reglas protocolarias…

—No —repuso él con un tono dulce y ligeramente sorprendido —. ¿Anticuada?

¿Tú? No lo creo en absoluto.

—En cualquier caso —prosiguió ella, sin prestar atención a la respuesta de Ramsey—, dichas cualidades no son tan apreciadas por

los hombres como lo fueron en otros tiempos…

—Pues no me explico por qué.

—En consecuencia —concluyó ella rápidamente, con la mirada fija en uno de los cuadros de la pared—, mi… vida social no me ha permitido seguir una conducta desenfrenada y liberal.

Ramsey no respondió nada, y Alexis lo miró, descubriendo en su rostro una expresión de curiosidad. Creyó notar que la mandíbula le temblaba ligeramente.

—¿Estás intentando decirme que nunca has…? —se pasó la mano por el cabello, con nerviosismo—. ¿Insinúas que eres… que eres…?

Alexis comprendió que Ramsey la había entendido mal y se apresuró a corregirlo.

—Oh, no —replicó atropelladamente—. Por supuesto que he… Es decir, estuve prácticamente comprometida con un compañero de la universidad. Era músico.

Violonchelista, concretamente. También salí algunos meses con un pintor. Aunque supongo que él no cuenta, porque nunca nos… Quiero decir que… Oh, Dios mío —se interrumpió, consciente de que se estaba haciendo un verdadero lío. Respiró hondo y trató de ordenar las ideas—. Quería decir que no he tenido tantas experiencias como tú en el terreno sexual. Que no estoy a tu nivel, como se suele decir.

—Alexis…

—Pero no es eso lo que deseaba decirte —explicó antes de que él tuviera ocasión de cambiar el rumbo de la conversación—. Se trata de algo relacionado con mí… padre.

—¿Con tu padre? —Ramsey no entendía nada.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Hace algún tiempo, llegué a un acuerdo con él.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Él me… —Alexis hizo una pausa. ¿Cómo podía explicárselo sin que pareciera algo propio de la Edad Media?—. Él escogerá al hombre con el que debo casarme.

Ramsey no estaba seguro de haber oído bien.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—No es algo tan raro, ¿sabes? —alegó Alexis en su defensa—. Sobre todo en las familias acaudaladas. Hoy en día se siguen dando con frecuencia los matrimonios concertados, por infinidad de motivos.

—Alexis, ésa es la tradición más arcaica del mundo, independientemente de la posición social que uno ocupe. Nadie, ya

sea hombre o mujer, debería someterse a semejante disparate. Ser anticuado es una cosa, y dejarse manipular otra muy distinta.

—No lo comprendes, Ramsey —dijo ella.

—Es cierto. No logro comprenderlo.

Alexis respiró hondo e intentó abordar el tema de nuevo.

—Tal vez debería empezar a contártelo por el principio.

—Sí, tal vez.

—Hace un momento te hablé de un músico de la universidad con el que estuve casi comprometida.

—El violonchelista.

—Sí. En realidad, Reynaldo prefería que se le considerara un violonchelista «de vanguardia».

—¿«De vanguardia»? —preguntó Ramsey con recelo—. ¿Y se puede saber por qué?

—Tocaba un violonchelo con dos cuerdas solamente.

—Entiendo. ¿Y no le resultaba difícil?

—Todo lo contrario. En cualquier caso, recibió una oferta para participar en una representación itinerante de *Peter y el Lobo*, y jamás volví a verlo.

—Vaya. Lo siento mucho —dijo Ramsey.

—Después, empecé a salir con un pintor al que admiraba mucho.

—¿Y cómo terminó vuestra relación?

—Me propuso pintarme envuelta en celofán, cosa que me ofendió bastante —

explicó Alexis—. Después de licenciarme, salí con un bailarín, pero fichó por el Teatro Experimental de Jazz de Abu Dhabi. Yo no quería suponer un obstáculo en su carrera, y…

—Y te quedaste al margen para permitir que alcanzara su sueño.

—Sí.

Ramsey tuvo que morderse el labio para no reírse a carcajadas. Ignoraba por qué Alexis se había relacionado con semejantes inútiles, pero al menos había comprendido su error.

—¿Y cómo encaja tu padre en todo eso?

—Huelga decir que nunca estuvo muy satisfecho con aquellas relaciones.

Siempre pensó que yo me casaría y le daría nietos. Pero quería para mí un hombre de su posición. Alguien inteligente y culto, con los pies bien plantados en la tierra. Ya me entiendes.

Sí, se dijo Ramsey. Un estilo de hombre que nada tenía que ver con él. Notó un nudo en el estómago.

—Cuando me mudé a Filadelfia —continuó Alexis—, mi padre

me dijo que me daba una última oportunidad para que encontrase un marido adecuado. Si no, él me lo buscaría. Yo estaba convencida de que encontraría a alguien que me gustase y, al mismo tiempo, fuera de su agrado, de modo que acepté la propuesta.

—Alexis…

—Pero Evan se ha ido a las minas de Arizona, y…

—Eh, espera un momento —la interrumpió Ramsey—. ¿Qué hizo Evan?

—Es una historia muy larga.

—En definitiva, quieres decir que tu padre empezó a inmiscuirse en tu vida desde el principio y, para rebelarte, buscaste a los artistas más raros y aberrantes.

Querías fastidiarlo, ¿es eso?

—Desde luego que no —aseguró Alexis—. En absoluto.

—¿Estás segura?

—Completamente —insistió ella con voz temblorosa. Pero, en el fondo, empezó a tener ciertas dudas. ¿Había querido realmente a aquellos chicos, o se había relacionado con ellos para contrariar a su padre?—. Ramsey, creo que es hora de que lo dejemos —dijo frotándose la frente e intentado aplacar el dolor de cabeza que sintió de pronto.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de afrontar la verdad?

—No. Simplemente, esta conversación ha llegado a su fin.

Ramsey sabía que le había tocado la fibra sensible, pero no quiso presionarla.

Ya tendrían tiempo para explorar aquella cuestión. Por fin había conseguido entrar en la vida de Alexis. Mejor aún, ella le debía un pequeño favor. Un favor que tendría que devolverle pronto.

Capítulo Cinco

El hotel había hecho un espléndido trabajo con la decoración, pensó Alexis una semana más tarde, mientras supervisaba la sala de fiestas del Hotel Cuatro Estaciones, situado en el centro de Filadelfia. La sala ofrecía el aspecto deseado: formal, elegante y sencillo al mismo tiempo. Las mesas habían sido cubiertas con manteles blancos de lino y decoradas con ramilletes de rosas y claveles rojos. Una pequeña orquesta, emplazada en una de las esquinas de la inmensa sala, amenizaría la velada.

El comité iba a celebrar la fiesta anual en honor de los escritores de la ciudad por su enorme contribución al sector editorial. Era una de las ceremonias que más adoraba Alexis. No había nada más agradable que asistir a una reunión de escritores, pensó con deleite. Tal vez incluso hubiese tiempo para bailar un poco después de la entrega de premios.

Alexis se volvió hacia su hermano pequeño, Andrew, y sonrió. Estaba guapísimo con su esmoquin. Había sido un detalle por su parte acceder a acompañarla a la ceremonia. Por suerte, Andrew se hallaba de visita en Filadelfia por motivos de negocios, si no, Alexis hubiera tenido que asistir a la fiesta sola.

También podía haber invitado a Ramsey Walker, dijo una molesta vocecita en el fondo de su mente. Alexis notó que un escalofrío le recorría la columna al pensar en Ramsey.

Lo del fin de semana pasado fue un tremendo error. Alexis se lo había repetido unas cien veces en el transcurso de los últimos siete días. Y aquella idea de que había escogido pretendientes inadecuados para fastidiar a su padre…, en fin resultaba monstruoso pensarlo. Ella quería y respetaba mucho a su padre. Simplemente porque él no la considerara capaz de encontrar a un hombre apropiado, no iba a recurrir a una artimaña tan ruin. Que Ramsey Walker se guardara sus ideas. A Alexis le parecían ridículas.

Se llevó la mano al collar de perlas que lucía y suspiró. Debía reconocer que Ramsey besaba como nadie. El abrazo que habían compartido había sido distinto de cualquier cosa que Alexis hubiera experimentado en su vida.

—¿Alexis? —le preguntó su hermano—. ¿Te ocurre algo?

Ella respiró hondo y se puso tan recta como pudo.

—No, nada —le aseguró, al tiempo que se pasaba la mano por el vestido verde sin hombros que llevaba—. Simplemente intentaba hacer recuento de todos los detalles. No quiero que se me pase nada. Uno nunca sabe si surgirá algún imprevisto en este tipo de ceremonias.

—¡Vaya, si es Alexis! —oyó que una voz conocida la llamaba desde no muy lejos. Se giró de mala gana y vio que Ramsey Walker se acercaba del brazo de una rubia impresionante—. Alexis Carlisle —siguió diciendo, adoptando una pose exageradamente formal—. Dígame, ¿qué la trae por aquí esta noche?

—Hola, señor Walker —lo saludó fríamente, tratando de ignorar las palpitaciones de deseo que la presencia de Ramsey Walker provocaba en su bajo vientre. Jamás había conocido a ningún hombre a quien le sentara mejor el esmoquin.

Él le dedicó una sonrisa contagiosa y se separó de la rubia.

—Vamos, vamos, Alexis. Podrías tratarme con más simpatía y llamarme Ramsey. Después de lo que pasó entre nosotros…

—Ramsey —lo interrumpió ella rápidamente, antes de que pudiera decir nada sobre lo ocurrido la semana anterior. Carraspeó suavemente antes de continuar, esperando que él captara la indirecta—. Cómo no. Al fin y al cabo, somos vecinos,

¿no es cierto?

—Vecinos —repitió Ramsey con una mueca traviesa—. Mmm. No sé. Nunca lo había oído denominar de esa manera, pero dado que dicho término expresa cercanía, no está mal para empezar. Es una pura cuestión de semántica.

Tratando de ignorar el comentario y el calor que empezaba a notar en el rostro, Alexis hizo un esfuerzo por seguir hablando y confió en que la voz no le temblara demasiado.

—No recuerdo haber visto tu nombre en la lista de invitados a la ceremonia.

«Claro que no «se dijo Ramsey». De lo contrario te habrías encerrado en tu piso con un buen libro y habrías pasado la velada sumergida en una bañera de espuma.»

—Bueno, en un principio, rechacé la invitación porque pensé que no me sería posible asistir —explicó. Lo cierto era que, cuando lo invitaron a la ceremonia, hacía un par de meses, no le interesó lo más mínimo. Pero todo cambió cuando, después de hacer ciertas averiguaciones, descubrió que Alexis Carlisle estaría allí—. Pero, en el último minuto, surgió un hueco en mi apretada agenda y me dije: «En fin, ¿por qué no?»

En realidad, no tenía dicho hueco en su agenda. Había descubierto, horrorizado, que aquel día se había citado con una antigua amiga, Melissa. Había olvidado por completo la cita al haberse pasado la semana entera pensando en Alexis. Desde que llegaron al Hotel Cuatro Estaciones, Melissa se había limitado a beber champán y a lanzar exclamaciones sobre lo bonito que era

aquel sitio, más pendiente del lujo que la rodeaba que del propio Ramsey. No obstante, a él le trajo sin cuidado. Así había tenido oportunidad de buscar a Alexis. Aunque, cuando por fin la localizó, le molestó comprobar que no estaba sola.

Quien quiera que fuese aquel tipo, parecía el acompañante perfecto para Alexis.

Seguro que siempre se hacía el nudo de la pajarita a la primera. Ramsey se puso muy serio cuando vio que Alexis se acercaba a él y lo agarraba del brazo con evidente confianza. No debía tomarse ese tipo de libertades con otros hombres, pensó Ramsey.

No después de lo que había ocurrido entre ellos. Debía haber quedado marcada por su beso, atrapada en su hechizo. Sintió como si un puño le atenazara las entrañas sin piedad.

—¿Puedo hablar contigo? —le preguntó de repente—. ¿Melissa? —dijo a su acompañante—. ¿No te importará compartirme unos momentos con la señorita Carlisle, verdad?

Ramsey vio que el tipo moreno y apuesto que estaba con Alexis sonreía a Melissa y, por alguna razón incomprensible, sintió ganas de partirle la cara. No por Melissa, sino por la propia Alexis. Era su acompañante, por el amor de Dios, y no tenía motivos ni derecho a tratarla con semejante falta de tacto.

—Claro, Ramsey —respondió Melissa encogiéndose de hombros —. Mientras, yo charlaré con el señor… —miró con ojos de cordero al acompañante de Alexis.

—Puede llamarme Drew —contestó él sonriendo entusiasmado, al tiempo que se separaba rápidamente de Alexis y tomaba la mano extendida de Melissa—. ¿Y

usted se llama…?

Ramsey se llevó a Alexis a un rincón apartado.

—¿Dónde has encontrado a ese tipo? —preguntó mientras, por encima del hombro, veía cómo Drew rodeaba la cintura de Melissa con el brazo—. ¿Me tachas de inmoral y luego te presentas aquí con semejante caradura?

Alexis lo miró con frialdad y luego se cruzó de brazos.

—Ese «caradura» del que hablas es mi hermano menor, Andrew —dijo al cabo de unos segundos.

Ramsey lamentó haberse enfadado sin motivo.

—¿Cuántos hermanos tienes? —preguntó con cierto recelo. Los hermanos de una mujer podían constituir, en ocasiones, un auténtico engorro. Sobre todo cuando se mostraban excesivamente protectores con respecto a la honra de su hermana…

—Tres —respondió Alexis—. Además de Andrew, que trabaja en

Pittsburgh, está Edward, director del United Industries Bank de Nueva York; y Charles, que ejerce de abogado en Washington D.C. Por otra parte, tengo una hermana neuróloga que también vive en Pittsburgh…, aunque seguro que para ti cuenta menos la posición que una mujer pueda tener en la sociedad. Bueno, ya estás al corriente de las actividades de mi familia. ¿Puedo volver con mi hermano?

—Todavía no, Alexis —respondió Ramsey en tono bajo y seductor, tomándola del brazo para evitar que se alejara—. Aún no he terminado.

Alexis maldijo su aire arrogante y posesivo. ¿Cómo se atrevía a tratarla de aquel modo? ¿Y cómo podía excitarla tanto con una simple mirada?

Se giró y vio que él le miraba la parte baja del vestido, justo donde el muslo desnudo se destacaba por la abertura lateral de la falda. El corazón empezó a latirle con fuerza conforme Ramsey le recorría cada curva del cuerpo con los ojos. La contempló lentamente, recreándose, y se detuvo con especial regocijo en los senos, desnudos en parte debido al generoso escote del vestido. Cuando estaba a punto de reprocharle aquella actitud tan grosera, los ojos de Ramsey se encontraron con los suyos en medio de la penumbra, y ella hubo de contener el aliento.

Alexis se dio cuenta de que Ramsey la deseaba. En aquel momento y lugar, sin importarle que la gente los mirara mientras él la poseía. Se sintió fascinada y aterrada al mismo tiempo, imaginando cómo sería escabullirse con Ramsey Walker al interior del guardarropa. Él sobornaría al encargado para que se diese un paseo mientras ellos dos retozaban durante horas en medio de los abrigos…

Al regresar a la realidad, Alexis se cubrió con la mano el cuello y el pecho, atenta a la sonrisa, cada vez más lasciva, de Ramsey.

—Buen intento —murmuró él con voz acaramelada, tomándola del brazo y atrayéndola hacia sí—. Pero, en estos momentos, ni siquiera una pared de ladrillos podría protegerte de mí.

—Ramsey, no —imploró ella en voz baja.

Pero él hizo un gesto negativo. Alexis supo, por la expresión de sus ojos, que no tenía intención alguna de acceder a su súplica. Y, como si quisiera demostrarlo con hechos, inclinó la cabeza lentamente sobre ella.

—¡Alexis! —oyó que Andrew la llamaba desde lo que le pareció un millón de kilómetros de distancia—. ¿No es increíble? ¡Melissa fue a la escuela secundaria con mi socio, Ted Branham! ¿Te

acuerdas de él?

—Maldición —susurró Ramsey, aflojando su presión sobre Alexis—.

Seguiremos por donde lo hemos dejado. Cuando acabe la fiesta.

—No lo creo —le advirtió Alexis respirando entrecortadamente.

Los labios de Ramsey se curvaron en algo semejante a una sonrisa.

—Yo sí lo creo.

—¿De qué querías hablarme? —preguntó Alexis tratando de reprimir la excitación que le causaba la promesa de Ramsey.

—Pues… yo… —no se acordaba. En aquellos momentos, su cerebro sólo registraba las órdenes que, en voz baja e insistente, emitía su libido—. Quería decirte que… estás preciosa esta noche.

—Gracias —repuso ella bajando la mirada para que Ramsey no percibiera hasta qué punto la estremecía estar cerca de él—. Tú también estás muy guapo. Melissa debe de ser una experta anudando corbatas.

Si Alexis hubiera sido otra mujer, Ramsey le habría dicho que Melissa era más experta en quitar corbatas que en ponerlas, pero se limitó a inflar el pecho con orgullo y dijo:

—Me la he puesto yo solo.

—Ah, muy bien. Entonces, ya no necesitarás mi ayuda en futuras ocasiones,

¿verdad?

—Para anudarme la corbata, no. Pero un hombre tiene otro tipo de necesidades más… acuciantes.

Alexis se puso muy recta y se echó el cabello hacia atrás. Ramsey vio que los ojos le brillaban con especial intensidad tras escuchar su último comentario.

—Pues, la verdad, creo que prefiero no ayudarte a satisfacerlas.

—Por desgracia, mi preciosa Alexis, no es algo que dependa de ti o de mí. El destino nos ha unido, y nada podemos hacer para evitarlo —dio un paso hacia ella pensando que debía ir hasta el final—. Bueno, ¿a qué hora quieres que suba a visitarte esta noche? ¿Y qué fragancia crees que será la más adecuada para nuestro baño? Espera, ya sé. De granadina. También llamada «fruta de la pasión».

Alexis apretó los dientes, obligándose a sofocar la excitación que le provocaban aquellas palabras. La cabeza le daba vueltas y el estómago le dolía. Se dijo que no debía perder la compostura en una sala llena de compañeros de trabajo. Era, ante todo y sobre todo, una señora, y debía guardar las formas. Pestañeó, en un intento de aparentar indiferencia, y se reunió con su hermano, que

aún estaba charlando con la acompañante de Ramsey.

Tomó a Andrew del brazo y esbozó una sonrisa.

—¿Hace el favor de perdonarnos un momento? —dijo a Melissa —. Tengo que ir a hablar con el maître.

Andrew se dispuso a protestar, pero ella le dirigió una mirada severa y se lo llevó a otra parte de la sala. Al cabo de un rato, cuando Alexis pensó que la situación se había normalizado, buscó la mesa que debía ocupar con su hermano…, sólo para descubrir que ya estaba ocupada por Ramsey Walker y su acompañante, quienes charlaban amistosamente con una pareja mayor.

«Estupendo», pensó Alexis con frustración. Conforme se acercaban a la mesa, Melissa los miró y dedicó una meliflua sonrisa a Andrew. Luego se levantó y cedió su asiento a Alexis. Resultaba evidente que deseaba sentarse al lado de Andrew. Y

Alexis, que no tenía intención de negarle a su hermano la posibilidad de entablar una relación con la que podía ser la mujer de sus sueños, accedió de mala gana. Ramsey retiró la silla de la mesa y la invitó a sentarse.

—Vaya, volvemos a encontrarnos —dijo—. Sabía que no podrías resistir la tentación de estar conmigo.

—Al contrario, señor Ramsey —contestó Alexis—. Es usted quien parece empeñado en no alejarse de mí, como le he pedido repetidas veces.

Ramsey tomó asiento y rodeó con el brazo el respaldo de la silla de Alexis, cuyo corazón empezó a latir frenéticamente cuando él se acercó y le susurró al oído:

—No te lo diré más veces, Alexis. Tutéame. Llámame Ramsey. En caso contrario, tendré que ponerme muy, muy cariñoso contigo la próxima vez que nos veamos.

Su aliento le acarició el cuello y el hombro. Sus labios se hallaban a meros milímetros… Si se atreviera a girar la cabeza en aquel momento, pensó Alexis ensoñadoramente, sus bocas se unirían, y volvería a saborear la sensación de sentir el corazón de Ramsey latiendo furiosamente contra el suyo. Se humedeció los labios y, sin poder disimular su estado de agitación, dijo:

—De acuerdo…, Ramsey. No volveré a llamarte señor Walker.

Él la miró pensativo, pasándose la punta de la lengua por la comisura de la boca. Antes de que Alexis tuviera ocasión de impedírselo, Ramsey alzó la mano y le acarició los labios con la yema del pulgar.

—Muy bien —dijo en tono bajo y peligroso—. Empezamos a entendernos.

Durante largos momentos, Alexis lo miró fijamente, hipnotizada por sus profundos ojos verdes. Esperó, ansiosa y aterrada al mismo tiempo, que Ramsey intentara besarla. Justo cuando parecía que iba a hacerlo, se apartó bruscamente de ella y se recostó en su silla. Alexis dejó escapar un suspiro. En ese momento apareció en el podio situado encima del escenario Doris Scarborough, la presidenta del Comité de Arte de Filadelfia. Alexis se sintió aliviada. La aparición de Doris no podía haberse producido en un momento mejor. Por primera vez en su vida, se había quedado sin palabras. Aquel hombre tenía una fuerza increíble.

Tratando desesperadamente de concentrarse en Doris, quien parecía una polvera ambulante, Alexis hizo un esfuerzo supremo por serenarse. Poco a poco, fueron desfilando por el escenario los escritores galardonados. Alexis contempló la ceremonia con desinterés, y sólo prestó verdadera atención cuando se mencionó a Ramsey Walker, autor digno de elogio por su contribución al reconocimiento de Filadelfia en el resto del país gracias a su obra. Qué lástima que no se pudiera decir lo mismo de su tratamiento de la figura de la mujer, se dijo Alexis. Dicha reflexión intensificó su convencimiento de que Ramsey Walker no merecía la pena. A partir de ese momento, no le costó apartar a Ramsey de sus pensamientos.

Hasta que la invitó a bailar.

—¿Qué? —preguntó Alexis en voz baja cuando notó que Ramsey le susurraba cálidas palabras al oído.

—Digo que si quieres bailar —repitió él pacientemente.

—Pero la ceremonia, la entrega de premios…

—Ha terminado —señaló Ramsey—. Si no te hubieras pasado la última media hora en las nubes, te habrías dado cuenta de que la orquesta ha empezado a tocar de nuevo. La gente está en la pista, pasándoselo bomba. Fíjate en tu hermano y mi acompañante.

Alexis trató de poner pegas, pero Ramsey no estaba dispuesto a aceptar una negativa.

—¿En qué has estado pensando? —preguntó él de repente, con una seductora sonrisa en los labios—. Por tu expresión, parecía que estuvieras deseando liquidar todas las existencias de alcohol del hotel.

Esta vez, Alexis notó que eran sus labios los que se curvaban, formando una sonrisa.

—En realidad, no era precisamente eso lo que deseaba liquidar.

—Ay —exclamó Ramsey, y luego añadió—: *Touché*.

Por algún motivo inexplicable, Alexis empezó a encontrar divertidas sus bromas. Tal vez Ramsey Walker era una de esas

personas a las que se llega a conocer verdaderamente con el tiempo. O quizá, admitió por fin, aquel hombre le gustaba. Le gustaba mucho.

—¿Me concedes ese baile? —preguntó de nuevo.

—Oh, no creo que…

—Estupendo —dijo tomándole la mano y levantándola de la silla —. Sabría que acabaría convenciéndote.

Antes de que Alexis pudiera pronunciar una sola palabra de protesta, se encontró en medio de la pista de baile junto a otras muchas parejas, quienes se mecían suavemente al compás de una pieza de Borodin por la que Alexis sentía una gran debilidad.

Ramsey no se cortaba lo más mínimo a la hora de bailar, notó ella, pues la tomó de la cintura y la apretó fuertemente contra sí. Le agarró la mano y se la colocó sobre el pecho, para que pudiera percibir el tamborileo irregular de su corazón a través de la fina tela de la camisa.

Con el objeto de evitar los ojos de Ramsey, Alexis mantuvo la mirada al frente, pero de ese modo sólo consiguió lijarse en su boca, y se dio cuenta de que si algo tenía Ramsey más sexy que los ojos, eran los labios.

Bailaron un rato en silencio, y Alexis sintió una excitación cercana a la locura al notar el roce de aquel cuerpo cálido y fuerte contra el suyo. Cuando creyó que no podría soportarlo por más tiempo, los labios que tanto la fascinaban se abrieron ligeramente, como si se prepararan para besarla. Ella cerró los ojos, consciente de que estaba deseando ansiosamente recibir aquel beso…

—Oh, cielos, no puedo creerlo. Conozco esta canción —exclamó Ramsey alborozado.

Alexis abrió los ojos con lánguida reticencia. Sentía una especie de delirante embriaguez, mezclada con cierto sentimiento de decepción.

—¿Cómo? —susurró desconcertada—. ¿De qué hablas?

—De la canción que toca la orquesta —explicó, mirándola a los ojos con aire triunfante—. Es de una antigua película titulada *Las doncellas de fuego del espacio exterior*. Pertenece a la parte en la que las doncellas de fuego bailaban la danza de la fertilidad —enarcó una ceja—. Una escena fabulosa.

—Es una pieza de Borodin —lo corrigió con voz paciente, como si estuviera dirigiéndose a un niño de tres años. Le extrañó aquel interés súbito de Ramsey en la música y lamentó haber malinterpretado lo que había estado a punto de suceder entre los dos.

Ramsey se limitó a sonreír y a negar con la cabeza.

—Mira, Alexis, te aseguro que esta es la canción de *las doncellas de fuego*. Tengo la película en vídeo. Podemos verla cuando acabe la fiesta. Además —añadió, apretándola aún más contra sí—, muchas mujeres, aunque sean tan elegantes como tú, se sueltan el pelo de vez en cuando. No sé si me entiendes…

Alexis se mordió el labio inferior y contó lentamente hasta diez. Deseó poder decirle a Ramsey que ella no era una de esas mujeres que se «soltaban el pelo», según sus palabras, pero, por desgracia, no estaría diciéndole la verdad. Comprendió que estaba a punto de darse por vencida. Lo único que quería era volver a casa, prepararse una taza de té y reflexionar sobre las sensaciones que la habían atormentado desde que besara a Ramsey Walker el fin de semana anterior.

De pronto, Andrew apareció entre el gentío y Alexis, en un alarde caprichoso de imaginación, vio en él a un caballero de brillante armadura que se acercaba para salvarla de las garras de aquel dragón ardoroso y sensual. No obstante, en lugar de ponerla a salvo, Andrew la miró con expresión preocupada.

—Odio tener que decirte esto, Alexis —explicó arrugando la frente—, pero me acaban de llamar del trabajo. He de llegarme al despacho para solucionar ciertos asuntos. Siento tener que marcharme de esta manera.

—No pasa nada, Andrew —dijo Alexis. Sorprendentemente, no se alegraba de que la hubieran salvado de las garras de Ramsey—. No me importa dejar la fiesta antes de lo previsto. Nos iremos enseguida.

—No, Alexis, no lo comprendes. Tengo que irme ahora mismo. Se trata de algo de máxima importancia. No tendré tiempo de llevarte a casa. El despacho está a diez minutos del hotel, y tardaría una hora en ir a Ardmore.

—Pero, Andrew…

—Tranquilo, Drew —terció Ramsey—. Yo llevaré a casa a nuestra muchacha.

Total, vivimos en el mismo edificio —se giró hacia Alexis con una sonrisa en apariencia inofensiva—. ¿Estás de acuerdo, jovencita?

—Iré al despacho contigo, Andrew —se apresuró a decir Alexis —. No me importa, de verdad. Estaré callada como una momia mientras trabajas. Ya me llevarás a casa cuando acabes.

—Tonterías —dijo Ramsey en tono magnánimo—. Yo te acompañaré a casa con mucho gusto.

—Por favor —suplicó Alexis.

Ramsey sonrió, victorioso.

—Ea, ¿lo ves? —le dijo a Andrew—. En realidad, lo está deseando.

Suspirando aliviado, Andrew le devolvió a Ramsey la sonrisa.

—Estupendo. Gracias, Ramsey. Y gracias también a ti, Alexis. Me temo que ya me causará bastante retraso llevar a Melissa al Palm Room, donde canta esta noche.

—¿Cómo dices? —preguntó Alexis indignada. Su hermano tenía tiempo para llevar a una mujer a la que había conocido esa misma noche, pero no para llevar a su propia hermana.

Andrew se encogió de hombros.

—Al fin y al cabo, volveré a reunirme con ella cuando termine de trabajar.

Alexis respiró hondo con los brazos en jarras. Por algún motivo, tenía la impresión de que todo aquello había sido tramado por Ramsey Walker.

Naturalmente, resultaba ridículo pensar semejante cosa. Pero, a aquellas alturas, creía a Ramsey capaz de todo.

—¿Por qué tendré la sensación de que me han hecho una encerrona? —

preguntó a nadie en concreto mientras veía alejarse a su hermano, del brazo de la ex-acompañante del hombre que tenía a su lado.

Más que verla, percibió la sonrisa sesgada de Ramsey. Sus ojos brillaron, traviesos, conforme se acercaba a ella de nuevo.

—¿Encerrona? —preguntó suavemente—. ¿A ti? Vamos, Alexis, ¿cómo se te ocurre pensar algo así?

¿Que cómo se le ocurría?, se dijo Alexis al tiempo que se giraba hacia él. ¿Quizá era porque aquel hombre, extremadamente guapo e insufrible, le alteraba los sentidos y le hacía pasar las noches en vela? ¿Por que no podía comer, trabajar o respirar sin pensar constantemente en Ramsey Walker?

—Creo que deseo marcharme ya a casa, Ramsey —dijo finalmente, con la vista clavada en el suelo para evitar mirarlo a los ojos—. Me encuentro muy cansada.

Capítulo Seis

Cuando llegaron al edificio de apartamentos, tres cuartos de hora más tarde, Alexis no pudo evitar sentirse abrumada por el recuerdo de lo que había sucedido en la escalera hacía tan sólo una semana. Pensó que si abría la puerta con la mayor rapidez posible, sin invitar a Ramsey a tomar una copa, aquella escena no volvería a repetirse. Luego, de repente, se le ocurrió una idea un tanto perversa. Tal vez, pensó astutamente, la mejor manera de tratar a Ramsey Walker era tomando la ofensiva.

Quizá si pasaba de ser el cazador a convertirse en el cazado, acabaría huyendo con el rabo entre las piernas. Desde luego, a Alexis le encantaría presenciar semejante escena.

Después de subir el último escalón, agitó las llaves y se giró hacia Ramsey con la sonrisa más deslumbrante que pudo esbozar.

—Supongo que querrás entrar a tomar una copa antes de retirarnos a dormir —

dijo suavemente, pestañeando con aire provocativo—. ¿No te apetece, Ramsey?

Él se quedó perplejo, tanto por la propuesta como por la expresión del rostro de Alexis. Le pareció más hermosa y deseable que nunca. Estuvo apunto de tropezar y caer escaleras abajo para aterrizar delante de su propia puerta.

—¿Perdona? —murmuró, a falta de algo mejor que decir.

Alexis siguió sonriendo. Oh, sí. Ella también podía jugar al juego de Ramsey Walker.

—Te estoy invitando a una copa —repitió—. Creí que te gustaría tomar un coñac… o algo… antes de retirarnos a dormir.

Una excitación que jamás había experimentado con anterioridad comenzó a recorrerle el sistema nervioso a la velocidad de la luz. ¿Realmente se había atrevido a hablarle a Ramsey en aquel tono coqueto y seductor? ¿Y por qué disfrutaba tanto haciéndolo?

—Pues… sí —respondió Ramsey—. Me encantaría entrar a tomar algo antes de… irnos a dormir.

Durante un fugaz instante, Alexis tuvo la impresión de que había logrado confundirlo. Pero, de repente, el desconcierto desapareció de los ojos de Ramsey, reemplazado por un brillo casi impúdico. Le quitó las llaves de la mano, cuyos dedos se habían quedado repentinamente rígidos, y procedió a abrir la puerta. Alexis se preguntó, con cierto temor, si no habría mordido más de lo que podía tragar.

—Tú primero —murmuró Ramsey, volviéndose e invitándola a entrar con un gesto cortés.

Una vez en el piso, Alexis pensó que jamás se había sentido igual de nerviosa, a pesar de hallarse en su propia casa, acompañada por un vecino al que conocía desde hacía un año más o menos. Se dijo que estaba actuando como una tonta y trató de serenarse. No obstante, cuando se dio la vuelta y vio a Ramsey apoyado en el quicio de la puerta, quitándose la pajarita con movimientos lentos y seguros, Alexis comprendió que estaba perdida.

—¿Coñac? —preguntó con voz chillona y temblorosa.

Ramsey sonrió. Evidentemente, había reparado en su nerviosismo.

—Sí, un coñac me parece perfecto —respondió, desabrochándose lentamente los primeros botones de la camisa blanca.

Alexis se fue de la habitación rápidamente, temiendo que, si se quedaba, permanecería observando a Ramsey extasiada hasta que se desnudara por completo.

Cuando regresó, con dos copas de coñac, encontró a Ramsey instalado cómodamente en el sofá Victoriano de terciopelo azul. Se había sentado en el centro, de forma que si ella optaba por sentarse en el mismo sofá, estarían bastante apretados. Así pues, tras darle la copa, Alexis se sentó en la butaca de orejas que había enfrente. Alzó la mirada, sorprendida, al oír que él soltaba una carcajada.

—No te voy a morder, Alexis —dijo mientras daba vueltas al licor ámbar del vaso antes de llevárselo a los labios—. Todavía no.

Ella trató de controlar el ritmo de su respiración, sin éxito.

—No sé por qué lo dices —susurró con voz entrecortada.

«Sí, claro», pensó Ramsey, notando con cierta incomodidad cómo ella permanecía sentada en el borde de la silla, dispuesta a salir huyendo si él hacía algo indebido.

El coñac le sentó bien. Era justamente lo que necesitaba para calmarse. Le costaba un gran esfuerzo contenerse tras la insinuación fingida de Alexis. Ramsey era consciente de que se había tratado de una simple estrategia psicológica. Por lo general, odiaba ese tipo de juegos, pero Alexis se había comportado de manera tan abierta e inocente, que él no se sintió molesto cuando comprendió de qué iba todo aquello.

Muy al contrario, los sentimientos que albergaba hacia su vecina seguían siendo cálidos e intensos, y Ramsey ignoraba cómo afrontarlos. No, tal afirmación no era del todo cierta. Sabía perfectamente qué debía hacer. De hecho, tenía en mente algo estupendo. No obstante, era algo a lo que Alexis se opondría con toda seguridad.

Afortunadamente, había prometido devolverle cierto favor…

—Alexis —empezó a decir, con la vista clavada en la copa de coñac—,

¿recuerdas el trato que hicimos la semana pasada?

La miró a la cara y vio que se ponía pálida.

—¿Trato? —preguntó, aclarándose la garganta—. ¿Qué trato?

—Vamos, no me digas que no te acuerdas. Favor con favor se paga. Yo te rasco la espalda, y tú me la rascas a mí. En fin, ya sabes…

Alexis tomó un trago largo de coñac e hizo una mueca al comprender el error que había cometido.

—Prefiero no saber qué clase de picores tienes, Ramsey —dijo suavemente.

—No me pica nada, Alexis —la corrigió dando una risotada—. Al menos, aún no. Pero necesito que hagas algo por mí.

—Ramsey…

—Quiero que me acompañes a Atlantic City.

—¿A Atlantic City? —repitió ella parpadeando.

Ramsey asintió lentamente con la cabeza. Le encantaba la expresión que reflejaba el rostro de Alexis: una mezcla de confusión, alivio y pesar. ¿Se habría sentido desilusionada al comprobar que la necesidad que él tenía de ella no era de una naturaleza más directa y explícita? Frotándose la mejilla, pensó que aún había esperanzas en lo que a Alexis respectaba.

—Sí, a Atlantic City —le confirmó por fin—. Te estoy pidiendo que me devuelvas el favor que te hice la semana pasada acompañándote a aquella exposición de pintura.

—Pero Atlantic City está a casi dos horas en coche —protestó ella—. ¿Cómo vamos a ir tan lejos para una simple cita?

Ramsey tomó otro trago de coñac. Luego se quitó un zapato, que cayó al suelo con un golpe sordo.

—Será una cita de tres días.

—¿Qué?

—Quiero que asistas conmigo a una convención de escritores de misterio.

Empieza el viernes y acaba el domingo.

—Imposible, Ramsey. No puedo perder un fin de semana por algo tan frívolo…

—No es algo frívolo, Alexis. Estamos hablando de mi trabajo.

—Pero…

—Me lo prometiste.

Alexis lo miró con evidente hostilidad. La estaba sometiendo a

una especie de chantaje. Cuando le prometió salir con él si alguna vez se lo pedía, creyó que tendría que acompañarlo a alguna fiesta o a alguna cena, simplemente. Y sí, había contado con la posibilidad de tener que asistir a algún acto relacionado con su profesión. Pero a un acto de tres horas, no de tres días.

—Lo lamento, pero es imposible —dijo con decisión—. Aunque pensara que lo que me pides entra dentro de los límites de nuestro acuerdo, que no es el caso, mi puesto en el Comité me impide ausentarme durante tres días. Y menos un fin de semana, que es cuando más trabajo tengo.

—La semana del 20 estás libre. He comprobado el calendario de actos culturales, y ese fin de semana no asistes a ninguno.

—¿Que has comprobado…?

Ramsey le sonrió con la arrogancia propia de alguien que ha tenido acceso a un secreto de enorme importancia.

—Es increíble la de cosas que un hombre puede descubrir acerca de una mujer cuando un colega de ésta es aficionado a sus libros.

Alexis meneó la cabeza, con expresión de incredulidad, y dijo:

—Tal vez ese fin de semana no trabajo porque tengo otros planes.

—No —rectificó Ramsey—. Ahora, tus planes son acompañarme a Atlantic City. Lo sé todo sobre la retirada de Evan a una vida más armoniosa, cósmicamente hablando, y también sé que no tienes otros pretendientes. Aparte de mí, naturalmente.

—Estás muy equivocado, Ramsey. No has sido, ni eres, ni serás mi pretendiente.

—¿De veras? —preguntó él, inclinándose hacia adelante y adoptando una pose reflexiva—. ¿Y qué me dices de lo que pasó entre nosotros el viernes de la semana pasada?

Alexis se removió incómoda en la butaca, notando que un súbito calor le subía por todo el cuerpo. Comprendió, al ver el brillo de sus ojos, que Ramsey Walker tramaba algo, y no prefería saber de qué se trataba.

—Lo que sucedió ese día fue que traspasaste descaradamente los límites del decoro.

Ramsey soltó una risita sofocada y preguntó:

—¿Conque fue eso? Vaya, no lo sabía. Por un momento, pensé que nos habíamos dado un beso apasionado y que ambos nos quedamos con las ganas de

«traspasar» algo más.

Molesta consigo misma por estar de acuerdo con él en el fondo, Alexis musitó:

—Bueno, eso viene a demostrar lo equivocado que estás con respecto a lo sucedido.

—Equivocado —repitió Ramsey—. Muy bien. Supongo que también estaba equivocado al pensar que serías honesta y cumplirías tu promesa.

Alexis notó que las mejillas le ardían de indignación. Ramsey estaba insinuando que no era una persona de fiar.

—Soy, sin lugar a dudas, la mujer más honorable que has conocido o conocerás en tu vida —le aseguró.

—Entonces, te propongo una apuesta —la desafió Ramsey—. Demuéstrame que cumplirás tu palabra.

Consciente de que, con toda seguridad, estaba siendo atraída a una trampa, Alexis levantó la cabeza con arrogancia y preguntó:

—¿Cuáles serán los términos de la apuesta?

Ramsey se levantó despacio y comenzó a pasearse por la sala de estar, fingiendo interesarse en cada uno de los libros que había colocados en las estanterías.

Luego estudió las figuritas que adornaban los muebles. Después de poner bien un perro de cerámica, se volvió hacia Alexis y la miró con los ojos entornados, en actitud desafiante.

—Si gano, me acompañarás a Atlantic City —dijo.

—¿Y si gano yo?

—Me iré de tu apartamento ahora mismo. Y nunca volveré a molestarte, si es eso lo que realmente deseas.

Alexis lo miró con recelo, preguntándose si hablaría en serio.

—¿No habrá más insinuaciones cuando nos topemos en la lavandería?

—No, lo prometo.

—¿Ni volverás a devorarme con los ojos en el portal?

—No. Al menos, procuraré hacerlo con disimulo.

—¿Ni me quitarás más ropa interior?

—¿Cómo lo has sa…? —Ramsey hizo una mueca—. No, no te quitaré más ropa interior. Aunque eso ha sido un golpe bajo por tu parte.

Alexis dejó escapar un suspiro.

—Bueno, debo admitir que es una oferta demasiado buena como para dejarla pasar. ¿En qué consistirá la apuesta?

Los ojos de Ramsey volvieron a emitir un cálido brillo. Soltó la copa encima de la mesa y empezó a caminar hacia Alexis con pasos seguros y medidos.

—Apuesto —comenzó a decir lentamente, al tiempo que se inclinaba y se apoyaba con las manos en los brazos de la butaca— a

que si te beso ahora mismo, te sentirás más excitada que nunca en tu vida —mientras hablaba, fue acercando su rostro al de ella, hasta que no se interpusieron entre ellos más que unos cuantos milímetros de cálido aire.

Alexis notó, sin poder impedirlo, cómo el pulso se le disparaba incontroladamente. Abrió mucho los ojos y musitó con voz débil:

—No creo que… sea una apuesta muy… apropiada…

Los labios de Ramsey se curvaron, esbozando una atractiva sonrisa.

—Venga, Alexis, anímate. ¿Aceptas o no?

«Piensa rápido», se dijo Alexis. Si no aceptaba, él pondría en tela de juicio la validez de su palabra, y ella deploraba la idea de que alguien como Ramsey Walker la considerara una mujer poco honorable. Además, ¿realmente debía preocuparse tanto por un simple beso? ¿Acaso experimentaría algo distinto de lo que había sentido al besar a otros hombres?

Pero la vocecita que tanto la importunaba últimamente volvió a dejarse oír.

Debía ser honesta y reconocer que Ramsey Walker la excitaba más que cualquier otro hombre que hubiese conocido. Una idea surgió en el fondo de su mente. ¡Claro que sí! Ramsey había dicho que debía sentirse más excitada que nunca en su vida tras el beso, ¿no? Y eso incluía el abrazo enloquecedor y apasionado que compartieron hacía una semana. Como si algo pudiera superar aquello, se dijo maravillada.

Aunque nunca se sabía, y Ramsey Walker era un hombre muy potente… Pero, si ella ganaba, él quedaría fuera de su vida para siempre. Dicha perspectiva merecía que se dejase de reservas y probase suerte. Por un momento, se dijo que, en el fondo, ardía en deseos de besarlo, pero desechó tal sospecha por absurda.

Mirándolo directamente a los ojos, a aquellos preciosos ojos verdes que la estudiaban como si fuera el más exquisito de los regalos, Alexis tragó saliva y susurró tímidamente:

—De acuerdo. Acepto la apuesta.

Había pensado en ponerse de pie y adoptar una postura cómoda para recibir el beso. No se esperaba lo que Ramsey hizo a continuación: se inclinó sobre ella y posó los labios sobre los suyos, sin avisarla, sin tocar ninguna otra parte de su cuerpo. Fue una sensación… desconcertante.

Pero en absoluto desagradable.

Alexis se sintió tan fascinada por lo que estaba a punto de ocurrir, que se olvidó completamente de todo, salvo del suave

contacto de los labios de Ramsey. Cuando él utilizó la punta de la lengua para trazar una delicada línea alrededor de su boca, Alexis no pudo reprimir el tenue gemido que surgió del fondo de su garganta. Fue incapaz de impedir que sus labios se abrieran para dejar escapar un silencioso suspiro. Ramsey aprovechó para besarla con más fuerza, explorando con la lengua ciertas partes internas que Alexis no sabía que pudieran sentir, que pudieran cobrar vida hasta ese punto.

Gimiendo a causa de las intensas sensaciones que Ramsey despertaba en su interior, Alexis notó que le recorría suavemente los brazos con las yemas de los dedos. Cuando le rodeó las mejillas con las manos y le echó la cabeza hacia atrás, ella supo que le permitiría cualquier libertad que quisiera tomarse con su cuerpo. Suspiró aliviada al notar que le estaba quitando, una a una, las horquillas del moño.

Alexis no estaba muy segura de cuándo o cómo había acabado sentada sobre Ramsey. Simplemente… sucedió. La tenía agarrada fuertemente, con una mano en la curva de los glúteos y la otra enredada en los mechones de cabello que le caían sobre los hombros desnudos. No obstante, incluso después de reparar en la postura en que se hallaba, Alexis no hizo sino apretarse aún más contra él, recibiendo las caricias de su lengua, saboreando su boca con la misma insistencia y la misma avidez que Ramsey manifestaba.

Se dio cuenta, vagamente, de que estaba emitiendo sonidos que jamás había emitido con anterioridad. Poco a poco, sus suspiros fueron convirtiéndose en gemidos. Y cuando notó que la mano de Ramsey se movía ansiosamente por su tórax y le oprimía el seno, Alexis se rindió ante una evidencia absolutamente irrefutable: Ramsey Walker había logrado que se sintiera más excitada que nunca en su vida. En aquellos momentos, incluso el abrazo que se dieron hacía una semana palidecía en comparación.

De pronto, Ramsey cesó el asalto a sus labios. La miró fijamente a los ojos, desbordados de deseo, y observó cómo el pecho de Alexis subía y bajaba, respirando entrecortadamente. Se fijó en sus labios, hinchados y enrojecidos, y vio la marca que tenía en el cuello.

Luego bajó la vista y contempló su propia mano, todavía cerrada en torno al seno, e impulsivamente apretó con más fuerza al tiempo que se inclinaba para darle un suave mordisco en el pezón. Antes de dejarla, pasó la yema del pulgar por la tela que cubría los pechos de Alexis, y sonrió inexorable cuando la oyó emitir un leve gemido.

—Te llamaré esta semana para decirte qué tendrás que echar en

la maleta —dijo con absoluta convicción.

Sólo cuando Alexis lo miró, confundida y perpleja por lo que acababa de ocurrir, Ramsey se separó de ella con ternura. Caminó en silencio hasta el sofá donde había dejado la pajarita y la chaqueta, las recogió con aire despreocupado y luego se dirigió resueltamente hacia la puerta, rogando a Dios poder salir antes de que las rodillas se le doblasen por completo. Después de agarrar el pomo, se volvió para mirar a Alexis por última vez.

Estaba sentada en el borde de la butaca, exactamente como había estado antes de que él le propusiera la apuesta. Salvo que ahora tenía el cabello revuelto y echado sobre los hombros. En sus ojos se reflejaba el fuego incontrolado de la pasión. El fuego que Ramsey se había propuesto prender en Alexis y que al final lo había consumido también a él.

Una vez que hubo cerrado la puerta, Ramsey reconoció que apenas le quedaban fuerzas. Comenzó a bajar las escaleras lentamente y las piernas le fallaron hasta el punto de que tuvo que apoyarse en la baranda para no desplomarse.

Nunca le había ocurrido algo semejante. Ninguna mujer había despertado sus instintos viriles con tanta intensidad. Ramsey jamás se hubiera imaginado que ardería en los brazos de Alexis Carlisle. La había considerado demasiado fría para excitar la pasión de un hombre. Bien, pues se había equivocado. Mientras introducía la llave en la cerradura de su puerta, esperó que el fuego que Alexis había prendido en su interior no ardiera hasta el amanecer.

Capítulo Siete

Alexis echó un vistazo a la habitación del hotel y respiró aliviada. Desde que llegaron a Atlantic City, se había preguntado una y otra vez cómo era posible que se hubiera metido en aquella situación tan extraña. Miró nerviosamente por encima del hombro la puerta que unía su habitación a la de Ramsey. Pensó que debía estarle agradecida pues, al menos, había tenido la decencia de pedir habitaciones separadas.

Por otra parte, había sido lo suficientemente cortés como para no decir una sola palabra sobre lo sucedido en su apartamento dos semanas antes, mientras hacían el largo viaje en coche desde Ardmore. Alexis seguía sin poder explicarse qué le ocurrió aquella noche. Sólo sabía que, en cuestión de meros segundos, se había sentido consumida por las emociones físicas más intensas y exquisitas que hubiera experimentado jamás.

De modo que en eso consistía ser estimulada completamente por un hombre, se dijo Alexis, tratando de reprimir el estremecimiento de placer que notó al evocar la experiencia. Durante las dos últimas semanas, sólo había podido pensar en sus vivencias con Ramsey Walker. Le resultaba imposible seguir ignorando el hecho cierto de que su vecino la excitaba más que ningún otro hombre, a pesar de que antes lo hubiera considerado egoísta, inmaduro e insoportable.

Dicha realidad le había resultado desconcertante, aunque también agradable en ciertos aspectos. Eso sí, se aseguraría de que no volviera a suceder nada parecido entre ambos.

No obstante, unos golpecitos en la puerta que unía su habitación a la de Ramsey hicieron que su convicción se tambalease.

—¿Alexis? —oyó la voz amortiguada de Ramsey al otro lado—. ¿Estás lista?

Alexis cerró los ojos y trató de pensar en algún modo de librarse de aquel fin de semana. No soportaría pasar las siguientes setenta y dos horas en compañía de Ramsey Walker.

—Salgo enseguida —indicó con voz suave.

—Date prisa. La recepción de mi editor es dentro de veinte minutos.

De nuevo en contra de su buen juicio, Alexis fue hasta la puerta y la abrió, hallando a una versión de Ramsey cuya existencia jamás habría sospechado. Lo había visto mal vestido, y también había tenido ocasión de verlo con esmoquin. Pero nunca lo había contemplado con el aspecto que ofrecía en aquellos momentos. Recién duchado y afeitado, olía a esencia del bosque, y estaba guapísimo vestido con un pantalón gris marengo, una camisa blanca

y una chaqueta de tweed. Llevaba una corbata azul zafiro que realzaba el color verde azulado de sus ojos.

—Estás muy guapo —le dijo con sinceridad, casi sin darse cuenta de que estaba manifestando sus pensamientos en voz alta.

—Todavía no te has vestido —respondió él con un tono evidente de contrariedad.

Alexis se miró el albornoz blanco de felpa proporcionado por el hotel, diciéndose que no se sentía ofendida por la brusquedad con que le había hablado.

—No. Lo siento —contestó sin mirarlo a la cara—. Dame diez minutos.

Cerró la puerta rápidamente, pero Ramsey tuvo tiempo de percibir el tono herido de su voz y la expresión acongojada de sus ojos negros. Maldición, se dijo mientras la oía alejarse de la puerta. ¿Por qué siempre tenía que meter la pata con Alexis? ¿Por qué tenía que decir siempre algo que la asustara o le hiciera daño?

Pasándose una mano por el cabello con movimientos nerviosos, se sentó en el borde de la cama.

¿Por qué le había pedido que lo acompañara a Atlantic City? ¿Pedido?, pensó con ironía. No, no se lo había pedido. La había engañado… Habría hecho todo lo posible por obligarla a ir con él. Desde que recibiera la invitación de asistir a aquella conferencia, hacía nueve meses, había fantaseado con la posibilidad de asistir acompañado de su guapísima vecina.

¿Por qué había estado tan nervioso aquellas dos semanas? ¿Y por qué lo atormentaba saber que, si no le hubiera tendido una trampa, ella no estaría allí con él en aquellos momentos? ¿Cómo era posible que Alexis hubiera accedido a cierta parte oculta de su corazón a la que ninguna otra mujer había accedido jamás? ¿Cuándo se había apoderado de sus sueños, de sus deseos? ¿Y por qué diablos no conseguía dejar de pensar en ella?

Ramsey se echó en la cama y miró fijamente el techo, consciente de que no conocía la respuesta de ninguno de aquellos interrogantes.

Seguía en la misma postura cuando, al cabo de unos minutos, oyó que Alexis llamaba a la puerta.

—Está abierta —dijo en voz alta.

Al oír girarse el pomo, Ramsey miró en dirección a la puerta y vio entrar en la habitación a una Alexis ligeramente cambiada. Iba vestida con un sencillo traje negro de cóctel sin hombros y unas medias ahumadas de seda. Tenía en los ojos la expresión propia de una mujer que está a punto de romper las ataduras que le impiden

ser libre, y Ramsey deseó con todo su corazón que se lanzara a sus brazos cuando por fin lo consiguiera.

—¿Te encuentras mal? —preguntó Alexis al ver que Ramsey permanecía quieto en la cama.

Durante un largo intervalo de tiempo, él fue incapaz de articular palabra.

Contempló, casi hipnotizado, los suaves mechones de cabello que caían por los hombros y la espalda de Alexis. Jamás olvidaría la imagen que ella ofrecía en aquellos momentos. Pensar que sería suya durante todo el fin de semana casi le hizo llorar de gozo.

Alexis se acercó a la cama con pasos inseguros.

—¿Ramsey? ¿Te ocurre algo?

Él respiró hondo y se incorporó, soltando el aire lentamente.

—Estoy bien —murmuró con un hilo de voz—. Tienes un aspecto… —le sería imposible disimular que estaba totalmente excitado, de forma que ni siquiera lo intentó—. Alexis, tienes un aspecto increíble.

Ella se ruborizó al oír el cumplido y se miró el vestido con extrañeza. Ignoraba por qué motivo se había sentido impulsada a comprar una prenda como aquella. En realidad, no iba con su estilo llevar ropa tan… sexy. Pero cuando Ramsey le había hablado de asistir a una fiesta con su editor de Nueva York, quiso ir vestida con un estilo moderno y desenfadado.

—¿Crees que es demasiado… provocativo? —preguntó.

—Qué va —contestó él recorriéndole las esbeltas piernas con los ojos—. Es perfecto.

Alexis seguía sin estar muy convencida, pero se les había hecho tarde.

—¿Nos vamos, pues? —sugirió.

Ya en la planta baja, pasaron por el casino del hotel, y Alexis se sorprendió a sí misma mirando hacia todas partes embargada por la curiosidad. Le desagraciaba el concepto de una ciudad cuya principal actividad era el juego. Aquel sitio era bastante vulgar, en el fondo, plagado de luces parpadeantes y gente frivola.

Las creencias que hasta entonces había tenido sobre aquel tipo de locales se vieron confirmadas. A su alrededor, la gente se arremolinaba en torno a las máquinas tragaperras, las mesas de juego y las ruletas, soltando puñados de billetes como si éstos apenas tuvieran valor. Oyó el sonido de unas campanillas, y vio cómo unas ancianas, entre gritos de alegría, procedían a recoger montones de monedas de la bandeja de una máquina tragaperras. En torno a una de las mesas había un nutrido grupo formado por

caballeros elegantemente vestidos y jóvenes ataviados con cazadoras de cuero. Todos ellos vociferaban, dando instrucciones a la joven que lanzaba los dados. Casi sin darse cuenta, Alexis se vio inmersa en el mismo frenesí que poseía a aquellos individuos, ansiosos por adivinar en qué posición caerían los dos diminutos cubos moteados.

—¿Te gusta el juego? —oyó que le preguntaba Ramsey al oído.

Sin dejar de fijarse en la mesa, Alexis respondió:

—Oh, no. No lo apruebo. Esta gente debería utilizar su dinero en algo bueno, en lugar de apostarlo con tanta ligereza.

—Vamos, Alexis, no seas tan estricta.

Ella se giró para expresar su desaprobación, pero Ramsey la atajó enseguida:

—¿Por qué negarles la emoción y la esperanza de salir de aquí con una cantidad extra en los bolsillos?

—Pero si son muy pocos los que ganan —se apresuró a señalar Alexis—.

Muchos acaban perdiendo algo más que el dinero.

—Pero otros muchos, no.

Ella frunció el ceño. Debía haber esperado semejante reacción por parte de Ramsey.

—Aun así, insisto en que no lo apruebo.

—Seguro que nunca has probado suerte.

—Pues no. Nunca. Pero…

—Vamos.

La tomó de la mano y la condujo hacia la mesa que tanto la había fascinado unos momentos antes. Alexis le recordó que llegarían tarde a la recepción de su editor, pero él se encogió de hombros.

—No te preocupes. Lo comprenderán. Bueno, te explicaré brevemente las reglas de los dados.

Durante los minutos siguientes, Alexis se limitó a asentir obedientemente con la cabeza mientras escuchaba con atención las explicaciones de Ramsey. Parecía que le estuviera hablando en sánscrito, pues no entendía nada. Aprendió algunos términos básicos, pero decidió observar un poco más antes de probar suerte.

Ramsey depositó en la mesa una cantidad de dinero que ella consideró excesiva y pidió fichas. Alexis observó con detalle todos sus movimientos. La gente parecía estar muy animada, pero se produjo un silencio general cuando salió el número tres.

Ella no acertaba a comprender el motivo, pues consideraba el tres un número bastante benévolo. Desde el punto de vista

histórico, el tres tenía un significado simbólico en el mundo del arte y la literatura, dejando aparte la significación de índole espiritual que siempre se le había atribuido.

Aún meditaba sobre la cuestión cuando oyó que el crupier anunciaba en voz alta:

—¡Lancen dados!

Se dio cuenta de que hacía referencia a Ramsey. Lo miró inquisitivamente y él le mostró un par de dados.

—Eso significa que me toca lanzar a mí —le informó.

—Ah. Entiendo —Alexis digirió aquella información, aunque, en realidad, seguía tan perdida como al principio. No obstante, disimuló e hizo como que seguía el desarrollo del juego sin dificultad. De pronto, Ramsey alzó uno de los dados y se lo acercó a los labios.

—Sopla —le ordenó.

—Perdona, pero no te…

—Sopla sobre el dado, Alexis. Da buena suerte —explicó.

Entornando los ojos con cierto recelo, ella dejó escapar un leve soplido.

—Ahora dale un beso.

—¿Qué?

En el otro extremo de la mesa, un anciano que mordía ansiosamente un puro le suplicó con amabilidad:

—Adelante, jovencita. Esta noche voy a por todas.

El resto de los congregados respaldaron la petición, de modo que Alexis se dio por vencida. Puso los ojos en blanco, rogando al cielo que le concediera paciencia, y posó suavemente los labios sobre la cálida mano de Ramsey.

Él parpadeó con aire alegre mientras lanzaba el dado sobre la mesa, gritando:

—¡Vamos! ¡La nena necesita unos zapatos nuevos!

—Eso no es cierto —objetó Alexis—. Llevo unos recién estrenados, y…

—¡Once! —el anuncio del crupier fue coreado por una salva de vítores de triunfo por parte de los jugadores.

—Me compré estos zapatos la semana pasada, al mismo tiempo que el vestido

—siguió diciendo ella.

—Acabamos de ganar cien dólares —le comentó Ramsey.

—¿Cómo? —Alexis se quedó sin respiración.

—Saqué el once. Hemos doblado nuestro dinero.

—¿En serio?

—Ven, tira tú ahora —se giró hacia el encargado de la mesa y le dijo—: Déle unos dados. Esta vez lanzará ella.

—¡Lancen dados! —dijo el encargado al tiempo que empujaba ocho dados en dirección a Alexis.

—¿Tengo que lanzarlos todos? —susurró a Ramsey, totalmente desconcertada

—. Tú sólo tuviste que tirar dos. ¿Cómo voy a lanzar ocho dados? Es el juego más absurdo que he visto en mi vida. No me…

—Escoge dos —le dijo Ramsey. Alzó la mano y extendió dos dedos, hablándole con el mismo tono que usaría para explicarle a un crío de seis años un problema de matemáticas—. La casa te da ocho dados, pero debes tomar dos.

Alexis le hizo una mueca, escogió los dos dados más próximos y los lanzó sin molestarse siquiera en mirar cómo aterrizaban.

—¡Siete! —anunció el crupier.

El entusiasmo cundió sin control entre los congregados en torno a la mesa. La señora situada a la izquierda de Alexis le dio un efusivo beso en la mejilla, y el señor situado a la derecha de Ramsey le propinó unas palmaditas en el hombro.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber.

—¿Recuerdas los doscientos dólares que teníamos hace un minuto? —le preguntó Ramsey con voz tranquila.

Alexis asintió.

—Bueno, pues ahora tenemos cuatrocientos.

—Caramba —exclamó ella con los ojos muy abiertos.

—Te lo explicaré sin rodeos, Alexis. Tenemos lo que se llama una noche

«caliente». ¿Te dice eso algo?

Ella notó que el corazón se le disparaba al contemplar la mirada cálida y sensual que Ramsey le dirigía. Aparte de tener una serie de prometedoras connotaciones, la expresión que él había utilizado hizo que Alexis deseara lanzar otra vez. Apenas notaba el peso de los dados en la mano, pero, de repente, el aire que la rodeaba pareció espesarse a causa de la expectación. Agitando los dados con fuerza, Alexis sonrió tímidamente a los demás ocupantes de la mesa y luego acercó la mano a los labios de Ramsey.

—Sopla —le pidió suavemente.

Él sonrió conforme ella aproximaba la mano y exhaló un cálido soplo de aire.

Estremeciéndose, Alexis sugirió:

—¿Un beso?

Ramsey le tomó con ternura la muñeca y le pasó lentamente la

punta de la lengua por los nudillos antes de darle un suave beso en la unión del índice y el pulgar.

—¿Qué es lo que necesita el nene? —se oyó decir a sí misma con una voz grave que apenas reconoció como suya.

Todos los ocupantes de la mesa, incluido el crupier, permanecieron en silencio, esperando con la misma ansia que Alexis la respuesta de Ramsey. Él observó aquellos rostros expectantes y decidió que más le valía no revelar cuáles eran sus necesidades más imperiosas.

—De momento, el nene necesita una copa. Y con urgencia —se limitó a decir.

Alexis le dirigió una sonrisa de complicidad y luego agitó los dados por última vez. Todos los compañeros de juego le dirigieron gritos de ánimo, rogándole que sacara siete u once una vez más. Alexis se frotó las palmas de las manos, sopló tres veces los dados y los lanzó al tiempo que gritaba:

—¡Vamos! ¡El nene necesita una copa!

—¡Siete! —informó innecesariamente el crupier a la par que una auténtica histeria estallaba entre los presentes.

Alexis se volvió hacia su acompañante, con una mueca de orgullo en el rostro, y se detuvo en seco, maravillada ante el modo en que los ojos de Ramsey se habían convertido en un reflejo de su alma. Realmente necesitaba una copa, se dijo Alexis. Y, ahora que lo pensaba, también a ella le iría bien tomar algo.

—Llegaremos tarde —le recordó. Ramsey respiró hondo, esperando que el aire calmara los latidos desbocados de su corazón.

—Muy bien —dijo por fin, volviéndose, entre las protestas de los demás jugadores, a recoger las fichas de colores que habían ganado. Luego las dividió en partes iguales y entregó la mitad a Alexis—. Sus ganancias, señorita Carlisle.

—Pero tú hiciste la primera apuesta —señaló ella, devolviéndole una de las fichas—. A ti te corresponde esa parte.

—¿La primera apuesta? —repitió él—. Caramba, sí que has aprendido rápido la terminología del juego —sonrió al verla agachar tímidamente la mirada—.

Quédatelo. Sé que emplearás el dinero en una buena obra de caridad.

—Sí —aseguró Alexis—. Lo entregaré todo al Comité.

—Me lo imaginaba.

—Supongo que tú volverás a jugarte lo que has ganado —repuso ella al tiempo que miraba a Ramsey a los ojos. Se recordó a sí misma que seguía sin aprobar aquella clase de diversiones, por

mucho que en los últimos quince minutos se lo hubiera pasado estupendamente.

Él le recorrió el cuerpo con la mirada varias veces antes de responder.

—No, creo que necesitaré ese dinero para pagar todo lo que pienso beber esta noche.

Incapaz de reprimirse, con la cabeza aún dándole vueltas y el pulso acelerado, Alexis también paseó la vista por el cuerpo de Ramsey detenidamente. Luego, sin poder evitarlo, dijo:

—Puede que quizá te acompañe.

Durante largos instantes, permanecieron de pie bajo la enorme lámpara de cristal del centro del casino, ajenos al ruido que producían las máquinas y los crupieres, sin prestar atención a los cientos de personas que los rodeaban. Estaban absolutamente concentrados en ellos mismos, cada uno preguntándose qué pensaría el otro. Alexis sospechaba cuáles eran los pensamientos que probablemente pasaban por la mente de Ramsey. No obstante, le sorprendió descubrir que, por una vez, los dos estaban pensando en lo mismo.

Capítulo Ocho

Al día siguiente, no volvieron a verse hasta la hora de la cena. Por la mañana habían tomado un desayuno rápido en el hotel y luego habían quedado en reunirse a las siete. Mientras se ponía la corbata, Ramsey reconoció que había echado muchísimo de menos la compañía de Alexis durante las horas en que había estado asistiendo a seminarios y conferencias. Para él era un auténtico misterio lo que sentía por aquella mujer.

Después de sacudirse las mangas de la chaqueta del traje, recogió sus cosas y llamó a la puerta de Alexis. Ella abrió enseguida, y él se quedó sorprendido por lo bellísima que estaba.

Últimamente prefería dejarse el cabello suelto en lugar de recogérselo en un moño. Ramsey se preguntó si aquel hecho tendría algo que ver con la relación que empezaba a gestarse entre ambos. No obstante, esta vez Alexis había vuelto a vestirse con aquella elegancia casi victoriana que la caracterizaba. Llevaba una falda color vino y una blusa blanca con el cuello de encaje. Sin poder evitarlo, Ramsey se preguntó si debajo llevaría el liguero de lacitos rosa que tanto lo obsesionaba.

—¿Preparada para ir de fiesta? —preguntó atropelladamente y tan deprisa, que no estuvo seguro de si Alexis había podido entender la pregunta.

Ella se inspeccionó la ropa y comprobó que todo estaba en su lugar.

Comprendió que las hormonas hiperactivas de Ramsey debían de estar alborotadas, como de costumbre. Sonrió algo intranquila y respondió:

—Sí, estoy preparada.

Sin embargo, Ramsey tenía en mente algo más que una simple cena. Después de tomar el café y el postre, trató de convencer a Alexis para que se llegaran al casino a jugar un rato. Ella le aseguró que semejante pasatiempo no estaba en su agenda, y que lo que de veras deseaba hacer era retirarse a su habitación a leer una novela mientras él asistía a uno de los seminarios.

—No, no te meterás en tu cuarto —dijo él—. Te aburrirás como una ostra —se llevó la taza de café a los labios y tomó un gran sorbo antes de continuar—. Estás en Atlantic City, y no se te ocurre nada mejor que encerrarte a leer. ¿Te das cuenta de que eso es un disparate?

—Pues no —respondió ella fingiendo sorpresa—. No considero disparatado leer una novela sean cuales sean las circunstancias. Me parece que, como escritor, debería molestarte el menosprecio que

alguna gente muestra hacia los libros.

—No he querido decir eso, y lo sabes —Ramsey alargó el brazo y le tomó suavemente la mano—. Sólo estoy diciendo que, aparte de leer, hay otras muchas cosas en la vida. Alexis retiró la mano y colocó la taza de café en el plato.

—Sí, tienes razón. El arte, la música, la buena comida, la deliciosa fragancia de un ramo de flores recién cortadas, la suavidad del terciopelo… —se interrumpió bruscamente al comprender que, probablemente, ambos estaban pensando en la última vez que Ramsey había disfrutado del tacto del terciopelo… entre otras cosas.

—Vamos, sigue —la apremió Ramsey, con los ojos verdes inflamados por la pasión.

Alexis se enderezó en la silla y jugueteó con una migaja de pan que había en el mantel.

—Y, por supuesto, también se puede disfrutar de un buen libro en la habitación de un hotel mientras el resto del mundo parece haber enloquecido.

—El resto del mundo, no —corrigió Ramsey—. Sólo la gente de Atlantic City.

Resulta difícil no dejarse arrastrar por la locura en esta ciudad.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Cómo puedes haberte dado cuenta, si no has salido del hotel desde que llegamos?

Alexis lo miró a los ojos con aire de incredulidad.

—¿Para qué voy a salir del hotel? Dentro ya hay bastante caos.

—Alexis —Ramsey trató de ser paciente mientras explicaba algo que para él era evidente—. Fuera del hotel se celebra una convención. Una convención de escritores de misterio. ¿Te das cuenta de que los que escribimos ese tipo de literatura solemos estar un poco chalados?

—Sí, claro. Tengo entendido que a veces mostráis tendencias un poco extravagantes —afirmó Alexis con voz tranquila.

—Los hay que son peores que yo, te lo aseguro —ella adoptó una expresión adecuadamente preocupada—. Lo que intento decirte es que en esta ciudad existen más cosas aparte del brillo y la excitación del casino.

—Me fío de tu palabra.

—Más que eso, Alexis. Esta noche, iremos a dar una vuelta por el paseo marítimo. Algunos aseguran que es como pasear por el lado salvaje.

Con la vista clavada en el resto de café que quedaba en la taza,

ella susurró:

—Estupendo. Estoy deseando comprobarlo.

Si alguna vez le hubieran dicho que, en cierto momento de su vida, se vería paseando por una playa de Atlantic City de la mano de un escritor, Alexis hubiera recomendado un buen psiquiatra al autor del comentario. Ahora, por supuesto, Alexis hubiera considerado a dicha persona un profeta incomprendido.

Ya había oscurecido cuando salieron del hotel, aunque la ausencia de luz solar no parecía desanimar a la gente. El paseo marítimo estaba absolutamente atestado de público, igual que por la tarde, y Alexis se maravilló ante la variedad de personas que vio a su alrededor. Elegantes caballeros en traje de etiqueta caminaban junto a ancianos vestidos con ropa totalmente anticuada y jóvenes melenudos ataviados a la última moda. En conjunto, todo aquello le pareció fascinante.

—¿Lo ves? Ya te lo dije —comentó Ramsey conforme pasaban junto a un grupo de jóvenes que cantaban y bailaban alrededor de un equipo de música portátil mayor que el que Alexis tenía en su piso—. Es el espectáculo más pintoresco del mundo.

Ella sonrió. Desde luego, la actividad que se apreciaba en aquel lugar no distaba mucho de la de un circo.

—Tienes más razón de lo que imaginas. Esta noche, he visto payasos, acróbatas, e incluso animales salvajes —dijo Alexis, mirando con fijeza a su acompañante.

Ramsey enarcó las cejas y murmuró:

—Bueno, ¿y cuándo piensas domarme? Da la casualidad de que incluí un látigo en mi equipaje.

Alexis se echó a reír, sin poder evitarlo. Recordó que Ramsey Walker era un hombre que se enorgullecía de su condición de solitario y que se entregaba a cualquier mujer interesada en vivir una aventura. Lo cual, naturalmente, iba en contra de los principios de Alexis. Aunque pudiera restar importancia a las diferencias existentes entre ambos, seguía habiendo un par de detalles que le impedían caer en los brazos de Ramsey.

En primer lugar, era un escritor, un hombre que se ganaba la vida mediante una actividad de índole creativa. Por lo tanto, no contaría con la aprobación del padre de Alexis. Ella misma no estaba segura de poder confiar plenamente en él. Además, Ramsey no ocultaba sus intenciones de seguir soltero. Y Alexis necesitaba a un hombre que le fuera fiel y viviera con ella durante toda la vida.

Era muy consciente de que no podría envejecer sola, sin un hombre a su lado.

Sus padres habían sido muy felices juntos, y Alexis deseaba disfrutar también de dicha felicidad. Incluso esperaba tener hijos, a los que enseñaría a apreciar las cosas maravillosas que podía ofrecer la vida.

En definitiva, quería un hombre con el que poder hacer planes de futuro. Un hombre bien situado, con una posición lo suficientemente estable como para formar una familia sin dificultades. Un hombre en el que pudiera apoyarse. Un hombre, por lo tanto, formal, sencillo y adecuado. Y Ramsey Walker jamás sería ese hombre, por mucho que ella lo deseara.

—Alexis, yo…

La voz de Ramsey traspasó las brumas que envolvían su mente. Alexis se volvió para mirarlo, lamentando que fuese un hombre tan poco ideal. No obstante, si Ramsey había tenido la intención de decir algo, se lo guardó para sí, pues cerró la boca sin terminar la frase.

—Vamos a tomar un café —dijo por fin—. Conozco una cafetería griega situada al final del paseo marítimo. Sirven un café expreso estupendo.

Alexis asintió con la cabeza y sonrió.

—Me parece perfecto —dijo, ignorando lo tarde que era, tratando de no pensar en el hecho de que jamás habría nada entre ellos dos—. Luego, podemos dejarnos caer por el casino. La ruleta me pareció muy interesante. Además, ¿en qué consiste el juego llamado «veintiuna»? Llevo todo el fin de semana oyendo hablar de eso.

Ramsey se echó a reír. Luego le rodeó los hombros con el brazo.

—Te has convertido en una auténtica jugadora, ¿eh, Alexis?

—Pues sí —contestó ella, dándose cuenta de que era cierto. En el fondo de su mente, no obstante, sólo esperaba poder recoger las fichas y retirarse del juego cuando las apuestas se hicieran demasiado altas.

Era la primera vez que Alexis se pasaba toda una noche sin dormir. Ramsey y ella se hallaban sentados en un banco de la playa, justo enfrente del hotel, contemplando cómo las primeras franjas púrpura del amanecer se dibujaban en el horizonte. Alexis pensó que aquel fin de semana había hecho cosas que hasta entonces desconocía.

Junto a ellos había una botella de vino vacía. Aquello también había sido algo nuevo para ella: había infringido dos leyes. En primer lugar, habían sacado la botella de vino del casino, lo cual estaba totalmente prohibido, y luego se la habían bebido en la

playa. Ni siquiera se habían molestado en llevarse unos vasos. Habían bebido al gollete, pasándose la botella como si fueran un par de vagabundos borrachines.

Alexis sonrió. En otro momento, aquella imagen de sí misma le hubiera resultado inaceptable. Pero lo cierto era que se había divertido inmensamente.

—¿En qué piensas? —preguntó Ramsey en voz baja.

Estaba en mangas de camisa, pues le había pasado a ella la chaqueta para que se protegiera de la fría brisa del mar. La corbata le colgaba del cuello abierto de la camisa. Alexis recordó que había sido ella quien le había desabrochado los botones y se sonrojó.

Unas horas antes, alrededor de las cuatro de la madrugada, habían estado en un bar donde tocaba un cuarteto de jazz. Mientras la banda interpretaba la última canción, Alexis notó que se había enamorado. Se había enamorado de Atlantic City, de la conducta alocada de la gente… y también de Ramsey Walker. La verdad es que no le sorprendió lo más mínimo darse cuenta, aunque sí se preguntó qué iba a hacer al respecto.

—¿Alexis? —volvió a preguntar Ramsey.

—Estaba pensando en que he pasado una noche… diferente —admitió Alexis por fin.

—Sí, pero, ¿te has divertido o no?

—Por supuesto —respondió entusiasmada—. Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien. Nunca me había quedado levantada toda la noche.

—Venga ya. No me lo creo.

—Es cierto.

—¿Ni siquiera cuando ibas a la universidad? ¿No se quedaban tus compañeras despiertas toda la noche, hablando de los chicos y alardeando de lo que habían hecho con ellos? Alexis agachó la cabeza y entrelazó las manos.

—Las demás solían hacerlo. Pero yo no tenía historias que compartir con ellas.

Por lo general, me quedaba en mi habitación haciendo los deberes.

Ramsey se quedó mirándola, pensativo.

—¿Qué me dices del tipo que casi llegó a ser novio tuyo?

—¿Brian? —preguntó ella sorprendida—. No, de eso no podía hablar. Él y yo…, en fin, compartíamos algo que no me apetecía contar a las demás chicas. A pesar de cómo acabamos al final, tuvimos una… —se encogió de hombros—. Bueno, por entonces, yo pensaba que teníamos una relación muy especial.

Ramsey no acertaba a comprender qué era lo que consideraba ella «especial».

No era un hombre que fuera alardeando por ahí de sus conquistas, pero tampoco había sentido nunca por una mujer algo tan importante como para no poder compartirlo con los amigos.

—Además —siguió diciendo Alexis—, en realidad tampoco había mucho que contar.

Antes de que Ramsey pudiera responder, un grupo de ruidosos surfistas los animó a irse a charlar a otra parte. Pidieron café en un puesto del paseo marítimo y se fueron con las tazas a la baranda para contemplar la salida del sol. Ninguno de los dos dijo nada mientras el fogoso astro se elevaba en el horizonte, sino que le dieron la bienvenida en silencio.

Ramsey pensó que algo había cambiado en el transcurso de la noche. No estaba seguro de qué había sucedido, pero su relación con Alexis había dado un giro de ciento ochenta grados. Se alegró. No, se sintió eufórico.

Cuando el sol se separó por fin del océano, Ramsey rodeo la cintura de Alexis con el brazo y le dedicó una dulce sonrisa. Habían pasado una velada estupenda juntos. Tal vez ella no fuera una dama estirada, al fin y al cabo. Tal vez aún había esperanzas para Alexis Carlisle.

Ramsey abrazó con más fuerza a Alexis y, al comprobar que ella no hacía el menor intento de resistirse, esbozó una ancha sonrisa. Se dio cuenta, en ese momento, de que estaba deseando ver qué les traería el día que acababa de empezar.

Capítulo Nueve

El domingo por la tarde tuvo lugar la clausura de la conferencia. Ramsey se hallaba merodeando distraídamente por la sala de fiestas del hotel, donde tenía lugar la ceremonia de despedida. Tenía los ojos puestos en el otro extremo de la inmensa sala, donde Alexis charlaba animadamente con su editor, Mack MacAlpin. Ramsey sorbió su bebida y se dio cuenta de que estaba enojado por algún motivo. De hecho, llevaba así todo el día, aunque ignoraba por qué.

Se dijo que su mal humor no se debía a la guapísima morena vestida con un traje color ámbar, que, con aire confiado, se acercaba demasiado a Mack mientras charlaban. Asimismo, estaba seguro de que su enfado nada tenía que ver con el hecho de no haber progresado un ápice en el terreno sexual con Alexis. No. Estaba convencido de que, fuera lo que fuese lo que lo estaba corroyendo por dentro, no era un sentimiento de frustración.

¿Por qué se sentía celoso al ver a Alexis charlar con su editor?

Conforme se acercaba a ellos, Ramsey se dijo que debía aparentar calma e indiferencia. Pero oyó la risa musical de ella, vio cómo colocaba una mano sobre el hombro de Mack…, y algo en su interior pareció romperse.

—¿Estás intentando evitarme? —preguntó en voz muy baja detrás de Alexis.

Ella se giró rápidamente, sintiéndose un poco culpable. Había estado tratando de sacarle a Mack información sobre Ramsey.

—No —se apresuró a responder. Se aclaró la garganta y luego se echó el cabello hacia atrás, como si intentara ganar tiempo para pensar con claridad—. No estoy tratando de evitarte. Parecías… estar muy ocupado con el resto de los asistentes y no quería molestarte.

Ramsey estuvo a punto de decirle que ya hacía mucho tiempo que había empezado a molestarlo, pero se limitó a asentir con la cabeza.

—En absoluto. Tú jamás me molestarías, Alexis.

Ella no pudo evitar sonreírse al verlo agachar tímidamente la mirada. Aún seguían desconcertándola los sentimientos que le provocaba la presencia de Ramsey, e ignoraba cómo debía reaccionar.

—Además —prosiguió él, señalando a su editor, que seguía al lado de Alexis observando atentamente cada uno de sus movimientos—, sé lo aburrido que se puede poner este tipo.

—Oohh —exclamó Mack con una sonrisa maliciosa—. Pues ten cuidado con lo que dices de «este tipo». A ver si acabas en la calle.

—No me preocupa. Soy un escritor de éxito —luego dijo a Alexis con cierto aire de complicidad—: Mack y yo discutimos millones de veces. No parece comprender que valgo mi peso en oro en los círculos literarios.

Mack prorrumpió en carcajadas y alzó la copa en dirección a una mujer que había junto a otro grupo de escritores.

—Pues será mejor que te vigiles la espalda, amiguito, porque Audrey Lomond te está comiendo terreno. Por supuesto, no soy dado a los cotilleos, pero he oído decir que le han ofrecido un adelanto astronómico por el manuscrito de su nueva novela.

Por lo visto, se dice que su obra está a la altura de los clásicos.

Ramsey sorbió un trago de bebida, sin inmutarse.

—Sí, ya. El día en que una mujer sea capaz de escribir una obra comparable a la de los grandes clásicos, nevará en el infierno.

Alexis miró rápidamente en su dirección, incapaz de dar crédito a lo que acababa de oír. Desde la noche anterior, la opinión que tenía de su vecino había cambiado significativamente. Incluso había llegado a aceptar el hecho de que se había enamorado de él. Llevaba todo el día tratando de justificar sus sentimientos, intentando convencerse de que tal vez debía ignorar la opinión de su padre y anular el trato al que había llegado con él tiempo atrás.

¿Cómo podía haberse dejado engañar de esa manera? Aquel comentario cínico y grosero acerca de las mujeres reflejaba su auténtica personalidad. Más aún, dejaba patente que la opinión que Alexis había tenido en un principio sobre Ramsey no había sido en absoluto errónea.

Notando que las mejillas se le inflamaban de rabia y el pulso le latía furiosamente, Alexis se volvió hacia Ramsey y le dirigió una mirada resentida.

— *Sentido y sensibilidad* —dijo simplemente.

Ramsey se disponía a decirle algo a su editor, pero aquellas dos palabras hicieron que su atención se centrara en Alexis.

—¿Qué? —preguntó.

— *Sentido y sensibilidad* es una obra de Jane Austen. Una mujer, por si no lo sabías. Y, desde luego, es un libro clásico. Igual que *Jane Eyre*, *Mujercitas*, *Lo que el viento se llevó*, *El color púrpura*…

—Venga ya, Alexis. Esas obras no son clásicas. No son más que historias escritas por mujeres.

Los ojos de Alexis parecieron arder, llenos de rabia.

—Entiendo —replicó, sorprendida de poder mantener el control y hablar de forma civilizada—. E imagino que también rechazas obras como *Frankestein*, de Mary Shelley, o *La cabaña del tío Tom*, de

Harriet Beecher Stow, simplemente porque fueron escritas por mujeres. ¿No tuvieron importancia ni exploraron la condición humana, verdad? Para ti, sólo eran comedietas escritas con la intención de hacer la situación de la mujer un poco más tolerable, ¿me equivoco? Pero esa situación de inferioridad se debe a siglos y siglos de injusto dominio machista, que lo sepas.

—Alexis…

—Teniendo en cuenta el hecho de que, hasta el presente siglo, las mujeres no adquirieron el derecho de recibir una educación y unos estudios, es curioso comprobar que escribieron muchos libros notables a lo largo de la historia. Los hombres habéis tenido siempre las mejores oportunidades. Sin embargo, comparativamente hablando, no habéis aventajado a la mujer en ese terreno. Por lo tanto, Ramsey, más vale que tengas cuidado, o te superarán antes de que te des cuenta.

Dicho esto, Alexis se dio media vuelta y salió con porte orgulloso de la sala.

—Caramba —exclamó Mack cuando Alexis se hubo perdido de vista—. ¿Dónde la encontraste?

—En una bañera —susurró Ramsey—. Debí haberla ahogado cuando tuve la oportunidad.

Mack enarcó las cejas, desconcertado.

—¿Quieres decir que, fuera cual fuera vuestra relación, habéis terminado? No te… no te importará que la invite a salir cuando regresemos a Filadelfia, ¿verdad?

Ramsey se volvió y miró seriamente a su editor.

—Inténtalo, MacAlpin, y te partiré la cara.

—Eh, tranquilo —musitó Mack, llevándose una mano a la mejilla.

¿Por qué demonios había hecho un comentario tan desafortunado delante de Alexis?, se preguntó Ramsey. Podía ser un auténtico cerdo cuando se lo proponía. Y, en el fondo, eso era lo que había pasado. Se había propuesto ser un cerdo. Estaba resentido porque Alexis apenas le había prestado atención en toda la noche. Luego, cuando la vio sonreír a Mack con tanta confianza, algo se disparó en su interior. Así pues, se propuso decir algo que atrajera la atención de Alexis y la sacara de sus casillas.

Respiró hondo y apuró la copa.

—Esto ya dura demasiado. Es hora de que Alexis y yo hablemos en serio.

—Alexis. Abre la puerta.

Hacía diez minutos que Ramsey había empezado a llamar a la

puerta que unía ambas habitaciones. Al principio, lo hizo con golpes suaves, pero al final éstos crecieron en intensidad e insistencia. Alexis reaccionó dándose la vuelta en la cama y aplastando la almohada con la mano. Había leído un poco y sólo deseaba dormir a pierna suelta. No necesitaba hablar con un cretino machista y corto de miras, sino descansar, pues estaba muy fatigada.

—Déjame entrar, Alexis.

«Y una porra», se dijo ella. Esta vez no había ninguna fuga de agua que la obligara a abrir la puerta. Por la mañana, haría la maleta e iría en taxi a la estación de trenes. Por fin podría regresar a Filadelfia. En cuanto estuviera en casa, buscaría en el periódico algún piso en venta. Tal vez no sería tan mala idea trasladarse al centro.

Estaría mucho más cerca del trabajo… y mucho más lejos de ese hombre insoportable llamado Ramsey Walker.

Chesnut Hill tenía unas vistas preciosas en el otoño. Si se apresuraba, quizá estuviera aún a tiempo de disfrutar de la caída de las hojas.

—Alexis…

«Oh, por favor», pensó con fastidio. Si Ramsey creía que iba a conseguir algo de ella empleando ese tono amenazador, estaba muy equivo…

—Lo siento.

Alexis se incorporó en la cama dando un respingo. Luego retiró las mantas y se acercó a la puerta, que aún constituía una confortable barrera protectora.

—¿Cómo has dicho? —preguntó con cierta reserva.

Se produjo una larga pausa antes de que Ramsey respondiera con voz exasperada:

—He dicho que lo siento. Maldición, déjame pasar.

Alexis descorrió el cerrojo, aunque dejó puesta la cadena de seguridad, y vio el rostro de Ramsey por la estrecha abertura de la puerta. Estaba visiblemente enfadado. Sus ojos verdes reflejaban una suerte de brillo ardiente e intenso. Tenía la mandíbula rígida y una de las mejillas ligeramente hundida, lo cual le daba un aspecto ciertamente peligroso. Alexis notó que el corazón comenzaba a latirle a un ritmo errático mientras lo miraba. Sintió el impulso de retroceder un paso y cerrarle la puerta en las narices, no por miedo, sino porque, en el fondo, lo que deseaba era agarrarlo de las solapas y atraerlo hacia sí para ciarle un beso apasionado.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó con voz serena.

—Siento haber hecho ese comentario tan estúpido —respondió

él, y aquellas palabras parecieron haber surgido de lo más hondo de su alma.

—Ah. ¿Solamente siente haberlo hecho, señor Walker? En ese caso, no tenemos nada más que decirnos. Buenas noches.

Intentó cerrar la puerta de nuevo, pero Ramsey introdujo el pie en la abertura y empujó la puerta con la mano hasta que la cadena de seguridad se tensó.

—Prometiste que nunca volverías a llamarme señor Walker, Alexis. ¿Recuerdas lo que te dije que sucedería si volvías a hacerlo?

Lo recordaba perfectamente. El corazón le golpeó en el pecho como un martillo.

—Dijiste que te pondrías muy cariñoso conmigo —dijo suavemente.

—Exacto. Ahora, abre la puerta.

—Si está abierta —protestó ella.

—Alexis… abre la puerta —le advirtió Ramsey.

Alexis vaciló durante un momento, y luego asintió con la cabeza. Él retiró el pie para que ella pudiera quitar la cadena de seguridad. En cuanto lo hubo hecho, Ramsey abrió la puerta dándole un fuerte empujón y caminó hacia Alexis con pasos seguros y confiados.

Antes de que ella pudiera decir una sola palabra, le rodeó la cintura con el brazo y enterró la mano libre en su oscuro cabello. Alexis notó que el pulso se le disparaba cuando Ramsey inclinó la cabeza y le dio un feroz beso en la boca.

Deseaba a Ramsey Walker como jamás había deseado algo en la vida. Se había enamorado de él, sí. ¿Por qué seguir negando sus sentimientos? ¿Por qué no pasar una noche con Ramsey? Una noche en la que podría descubrir lo que se había perdido durante todos aquellos años. Le acarició el pelo y se puso de puntillas para facilitarle las cosas.

Cuando Ramsey comprendió que ella no pensaba rechazarlo, intensificó la fuerza del beso. Alexis abrió la boca y él saboreó ávidamente sus labios. A partir de ese momento, ambos lucharon por tomar la iniciativa. Ella empezó a quitarle la chaqueta y a deshacerle el nudo de la corbata, mientras que él le introdujo la mano bajo la camisa del pijama y le acarició el tórax con la yema de los dedos. Le maravilló la calidez de su piel, que parecía arder, y cuando por fin llegó a la suave curva de sus senos, ella exhaló un gemido de puro placer.

Alexis casi se desmayó al sentir cómo los pulgares de Ramsey le trazaban círculos irregulares en torno a los pezones. Separó la boca de la de él y le pasó la punta de la lengua por los labios. Durante un

momento, permaneció rígida, dejándose llevar por las acometidas de Ramsey, sintiéndose exquisitamente poseída y excitada. Luego cerró los ojos y se apretó aún más contra él, agarrándolo por las caderas y frotándose con su cuerpo. Cuando lo oyó gemir, abrió los ojos y vio que parecía tan extasiado como ella.

—Supongo que eres consciente de que esta noche haremos el amor —dijo él susurrando entrecortadamente, aunque sin un ápice de duda en la voz.

—Sí —se limitó a responder Alexis.

Él asintió.

—Muy bien. No quiero que después haya malentendidos.

—No, no habrá ningún malentendido.

Como si quisiera demostrarlo con hechos, Alexis le desabrochó el último botón de la camisa, mirándolo fijamente a los ojos mientras lo despojaba de la prenda.

Cuando quedó medio desnudo frente a ella, Alexis no pudo sino mirar, fascinada, aquel pecho fuerte. Sin poder evitarlo, posó las manos sobre el vello que lo cubría.

Jamás imaginó que un hombre pudiera ser tan sólido, tan firme, tan poderoso. Sus dedos juguetearon con aquellos rizos oscuros, como atraídos por una fuerza magnética, y trazaron círculos sobre la piel de Ramsey.

—¿Qué sucede? —murmuró él, deleitado por el contacto de sus dedos, fascinado por el modo en que ella observaba sus propios movimientos.

Inclinando la cabeza, Alexis pegó la mejilla al pecho de Ramsey. Le dio un beso casi inocente en el esternón y luego lo recorrió con la punta de la lengua.

Ramsey sofocó un gemido y le acarició el cabello, echándole la cabeza hacia atrás con ternura para poder mirarla a los ojos.

—¿Qué te…? —comenzó a preguntar de nuevo con voz ronca.

—Nunca había estado con un hombre tan… irresistible como tú, Ramsey.

—¿Te doy miedo? —inquirió él suavemente. Quería ser suave y tierno con Alexis. No podía soportar la idea de que ella le tuviera miedo.

—No —contestó ella—. Sé que jamás me harías daño.

—Bien.

—Pero…

—¿Qué?

—No sé. Estoy un poco asustada —confesó—. Nunca me había pasado algo parecido a esto. Nunca había sentido con tanta…

intensidad. Cuando me tocas, escomo si encendieras una hoguera en mi interior. Una hoguera que podría arder para siempre.

—Alexis —susurró él atrayéndola hacia sí—, creo que ambos estamos a punto de estallar en llamas. Pero eso no significa que tengamos que quemarnos.

Ella quiso decir algo más, pero, en ese momento, Ramsey la abrazó con una fuerza casi arrolladora y reclamó su boca de nuevo.

Alexis fue vagamente consciente de que se dirigían hacia la cama y se sintió agradecida al percibir la suavidad del colchón bajo su espalda. Luego notó que Ramsey le introducía de nuevo las manos bajo el pijama y le acariciaba los senos.

Ansiosamente, comenzó a desabrocharse los botones, pero Ramsey la detuvo.

—No —le dijo con mucha dulzura—. Déjame a mí.

Ramsey le colocó uno de los muslos entre las piernas y fue desabrochando los botones forrados de seda uno a uno, con tanta lentitud que Alexis creyó que se volvería loca de deseo. Cuando terminó, extendió las palmas de las manos y las posó sobre su cintura. Fue subiéndolas despacio por el torso hasta que la camisa del pijama quedó completamente abierta. La única luz que había en la habitación procedía de la puerta, aún entreabierta, de forma que el cuerpo de Alexis quedaba bañado por un resplandor difuso. Durante un lapso de tiempo, Ramsey se limitó a contemplarla con ojos ávidos. Luego, cuando no pudo resistir más, inclinó la cabeza sobre ella para saborear su piel.

Terciopelo. Esa era la única imagen que podía evocar Ramsey mientras le recorría la punta del seno con la lengua. Alexis tenía el tacto del terciopelo. Le dio un tierno mordisco en el pezón, acariciándole mientras la piel con dedos casi crispados.

Poco a poco, bajó hasta el pantalón del pijama, y a Ramsey le alegró comprobar que Alexis no llevaba nada debajo. Siguió explorando hasta que encontró el tesoro que buscaba. El resto del pijama no tardó en estar en el suelo, junto a la camisa y la chaqueta. Ya era libre para poseer a Alexis.

Pero quiso esperar un poco más.

—Ramsey, por favor —oyó que susurraba ella, como si le hubiera leído el pensamiento.

—¿Qué? —preguntó él, trazando un sendero de besos desde el cuello hasta el oído de Alexis—. ¿Qué quieres, cariño?

—A ti —murmuró mientras le desabrochaba con impaciencia el cinturón—. Te quiero a ti.

—Alexis… —se interrumpió. Lo último que deseaba era

entorpecer sus maniobras.

—¿Qué? —musitó ella al tiempo que le bajaba la cremallera—. ¿Qué quieres, Ramsey?

Alexis introdujo la mano en los pantalones y palpó con ansiedad, sorprendiéndose ante la fuerza y la dureza que encontró. Oyó que él jadeaba suavemente y le alegró saber que podía darle tanto placer como él le proporcionaba a ella.

Ramsey le permitió juguetear unos minutos con su miembro, hasta que temió no poder soportar por más tiempo las sensaciones intensas que amenazaban con hacerle perder el control. Le tomó las manos y volvió a colocárselas sobre la cabeza.

Luego se puso de pie para quitarse el resto de la ropa, mientras Alexis lo contemplaba con impaciencia. La silueta de Ramsey se recortaba contra el fondo de luz que se filtraba por la puerta. Tenía un aspecto magnífico. Imponente. Era, sin discusión, el hombre más perfecto que ella hubiera visto jamás. Y era suyo. Todo suyo. Al menos, por una noche.

—A ti —dijo él de pronto, respondiendo a la pregunta que ella había hecho minutos antes—. Te quiero a ti, Alexis.

En respuesta, Alexis abrió los brazos para recibirlo y él se dejó caer junto a ella en la cama. Durante largos momentos, permanecieron enredados, besándose, acariciándose, explorándose, hasta que, finalmente, se unieron, y Ramsey poseyó a Alexis con una firme acometida, a la cual siguió otra, y otra, y otra…

Cuando ella empezaba a pensar que jamás experimentaría nada más intenso, su cuerpo se estremecía, sacudido por una nueva sensación aún mejor que la anterior.

Más tarde, mientras yacía inmóvil en la oscuridad, con la cabeza de Ramsey sobre el pecho, Alexis se dio cuenta de que nunca se había sentido tan llena, tan saciada, tan completa. Nunca se había sentido tan amada. Miró al hombre que dormía entre sus brazos y no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas.

Fuera cual fuese el marido que su padre escogiera para ella, estaba segura de que amaría a Ramsey Walker durante el resto de su existencia.

Al amanecer, Alexis abrió los ojos y experimentó el despertar más dulce de su vida. La manta había desaparecido de encima de ella, reemplazada por un cobertor mucho más cálido… el cuerpo de Ramsey. Suspiró satisfecha al notar el contacto de sus labios en los hombros.

Casi de inmediato, percibió que volvía a poseerla. La penetró en silencio, embriagando sus sentidos, llegando más y más hondo,

hasta que Alexis estuvo segura de que sus cuerpos se fundirían.

De nuevo la llevó a la cumbre del éxtasis. Juntos temblaron y se estremecieron.

—Te quiero, Ramsey —murmuró con voz entrecortada, ignorando si él la oía—.

Te amo.

—No, Alexis —creyó oírle decir en respuesta—. No me ames. Porque yo no podré corresponderte.

Las palabras de Ramsey penetraron en su mente en forma de neblinosa espiral, tan amortiguadas, tan tenues, que Alexis fue incapaz de precisar si él las había pronunciado o no.

—¿Alexis?

Ella volvió la cabeza y vio el atractivo rostro de Ramsey a su lado, radiante después de haber hecho el amor. No, se corrigió Alexis. No podían haber hecho el amor, pues Ramsey acababa de decirle que amor era algo que él no podía ofrecerle.

Pero había sido algo especial. Algo maravilloso. Algo que atesoraría en su corazón mientras viviera.

Acariciando la áspera mejilla de Ramsey, Alexis esbozó una sonrisa triste y cerró los ojos. Decidió que ya pensaría en todo aquello otro día. En esos momentos, sólo podía sentir.

Capítulo Diez

A pesar de tener una vida social bastante activa, Ramsey Walker jamás se había despertado al lado de ninguna mujer. Era una de esas reglas tácitas que conformaban su filosofía de la vida. Algo que había que evitar a toda costa. Si se acostaba en casa de alguna mujer, se marchaba antes de que amaneciera. Y si alguna mujer se quedaba con él en su piso, procuraba insinuarle, con sutileza pero de forma tajante, que se marchase mientras aún era de noche. Así pues, cuando se despertó el lunes por la mañana y vio a Alexis Carlisle junto a él se llevó una sorpresa monumental.

¿Cómo demonios había ocurrido aquello? Notó que el pánico comenzaba a apoderarse de cada fibra de su ser. ¿Por qué no se había despertado en el transcurso de la noche, como hacía siempre que se acostaba con una mujer? Nunca, nunca, se había quedado dormido después de hacer el amor. Ni siquiera cuando él y su pareja habían realizado el acto varias veces.

Miró el reloj y comprobó que eran casi las nueve de la mañana. Había dormido toda la noche al lado de Alexis. Como si fuera lo más normal del mundo.

Esa idea era la que más aterraba a Ramsey.

—¿Ramsey?

La voz pertenecía a Alexis, pero parecía distinta. Débil y somnolienta. Su nombre así pronunciado, casi como un susurro, sonó en sus labios como la más erótica de las promesas. Pensar en poseerla nuevamente le provocó una fuerte excitación. Por un momento fugaz, deseó pasar el día entero haciéndole el amor a Alexis. Y no sólo aquel día, sino también el siguiente, y el siguiente, y el siguiente…

No obstante, se obligó a recuperar la sensatez y ordenó a su cuerpo que dejara de comportarse como el de un adolescente ávido de sexo. Aquella mañana era igual que las demás. La mujer que yacía a su lado no era distinta de las muchas otras que habían pasado por su vida. Sólo le costaría un poco más olvidarse de ella, eso era todo. De todas formas, ¿no tenía por costumbre desafiar al amor?

Sus convicciones se hicieron pedazos cuando Alexis se dio la vuelta, acercándose a su lado de la cama. Tenía la sábana justo por debajo de los senos.

Ramsey hubiera jurado que tal cosa no era posible, pero aquella mañana parecía más bella que de costumbre.

Entonces ella le dirigió una sonrisa de satisfacción y le acarició la mejilla con ternura.

—Buenos días —dijo.

Él la miró fijamente y sintió que el corazón se le paraba en el pecho. Dios mío.

Alexis había empezado a enamorarse de él. Se le notaba en los ojos, rebosantes de afecto y deseo.

No podía permitir que eso ocurriera. No quería que ella sintiera nada por él.

Una relación entre ellos jamás daría resultado. Maldición. Se suponía que debían pasarlo bien y luego dejarlo, sin más.

¿No había sido ése el plan?, se preguntó a sí mismo. Él había dejado perfectamente claro que sólo buscaba divertirse, ¿o no? Alexis sabía a que debía atenerse desde el principio. En ese caso, ¿por qué se sentía tan avergonzado? ¿Acaso porque Alexis había sido una ingenua y él se la había llevado a la cama como un donjuán incapaz de controlar su libido? ¿O quizá porque, la noche anterior, la oyó decir que lo amaba…?

—¿Ramsey?

Otra vez aquella voz. No podía soportarlo. Ignorando qué debía hacer a la larga, pero absolutamente seguro de que Alexis tenía que marcharse de la habitación enseguida, Ramsey reaccionó como una rata atrapada en una trampa. Y la palabra

«rata» se podía aplicar en más de un sentido. Tomó la mano de Alexis y se la retiró de la mejilla. Por la cara de ella, comprendió que su expresión debía de ser precisamente la que deseaba reflejar: de indiferencia y frialdad.

—¿Te lo pasaste bien anoche? —le preguntó con un tono de voz neutro, esforzándose por no revelar el torbellino de sensaciones que lo martirizaban por dentro.

Alexis no sabía qué ocurría, ni por qué Ramsey parecía de pronto tan enfadado, pero hizo un esfuerzo supremo por mantener la calma. No obstante, se cubrió con la sábana, intentando ignorar el hecho de que se sentía absolutamente vulnerable yaciendo en la cama al lado de Ramsey.

—¿Ocurre algo? —preguntó con cautela.

Ramsey se levantó de la cama y fue a recoger su ropa.

—¿Si ocurre algo? Pues no, no ocurre nada. Anoche estuviste estupenda, contrariamente a lo que yo esperaba.

Aquel comentario atravesó el corazón de Alexis como una daga de hielo, pero antes de que ella pudiera impedirlo, Ramsey siguió hablando.

—Creí que serías un pedazo de palo en la cama. Que te negarías a hacer ciertas cosas. Pero, caramba, fuiste una auténtica fiera. Creo

que te incluiré en mi lista de amantes expertas.

—Ramsey, por favor —lo interrumpió Alexis, presa de la ira y la vergüenza.

No sabía a qué juego estaba jugando. Sólo sabía que aquel hombre no tenía nada que ver con el Ramsey del que se había enamorado en el transcurso del fin de semana—. Por favor, no me hagas esto.

Ramsey notó que aquella súplica le llegaba a lo más hondo. Le repugnaba comportarse de aquella manera, pero no sabía qué otra cosa podía hacer. Jamás había sentido nada parecido a lo que Alexis le hacía sentir.

—¿Que no te haga qué? —le preguntó, fingiendo no comprender a qué se refería.

—No me hagas sentir como si fuera… una más.

¿Realmente era eso lo que él la consideraba?, se pregunto Alexis. ¿Una más?

¿No había sido para Ramsey más que otro trofeo, otra conquista que anotar en la libreta? De repente, se sintió mal. Había empezado a pensar que Ramsey Walker podía amarla.

—Escúchame bien, Alexis —repuso él—. No tiene sentido negar que ambos nos sentimos atraídos desde el día en que me instalé en el edificio. Es perfectamente comprensible que dos personas que no tienen nada en común se atraigan sexualmente. Suele ocurrir. Para mí representabas un aspecto de la vida con el que apenas tengo contacto: la riqueza, la opulencia, la elegancia, el estilo. Y yo representaba para ti la oportunidad de dar un paseo por el lado salvaje. Bueno, pues ya hemos aprovechado todo lo que podíamos ofrecernos. Será mejor que las cosas vuelvan a ser como eran. Por lo menos, has saciado tu curiosidad. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Lo cierto era que Alexis no entendía ni una sola palabra. Sólo sabía que Ramsey se equivocaba. Al menos, en lo que respectaba a sus sentimientos. No se había acostado con él porque le provocara curiosidad. Lo había hecho porque lo amaba.

¿Cómo podía haberse equivocado hasta tal punto? Debió ser prudente y no liarse jamás con Ramsey Walker. Al fin y al cabo, era un escritor. Un hombre con inquietudes creativas. ¿No había descubierto tiempo atrás que dichos hombres eran personas inestables e impredecibles?

—Más vale que te levantes y te vistas si quieres volver a Ardmore conmigo —

dijo Ramsey—. Quiero llegar por la tarde. Esta noche tengo una cita —mintió con tranquilidad.

Aquel comentario tuvo en Alexis el efecto que él había deseado. Se cubrió aún más con la sábana, como si así pudiera protegerse de más abusos. Ramsey estuvo a punto de derrumbarse y correr a su lado para pedirle disculpas y confesarle que no estaba diciendo la verdad. Pero ella le hizo el favor de rechazar su oferta.

—No importa —le dijo—. Tomaré un tren.

—Alexis…

—No, en serio —insistió ella con poco entusiasmo. Tenía los ojos vacíos y tristes

—. Creo que pasaré un rato en la playa. E iré de compras. Vengo pocas veces a la costa. ¿Por qué malgastar un viaje tan perfecto?

Ramsey encajó sus palabras como una bofetada en la cara. Así que Alexis podía ser sarcástica cuando se lo proponía. Naturalmente, eso ya lo sabía él. Era una de las cosas por la cuales la amaba.

No, no debía pensar en el amor. Alexis Carlisle era una mujer como las demás.

Bueno, tal vez era especial, pero no dejaba de ser una mujer, en resumidas cuentas.

Estaría mejor sin ella.

Eso mismo se repitió Ramsey una y otra vez en el trayecto hacia Ardmore: que Alexis era simplemente una mujer y que estaría mejor sin ella. Para cuando aparcó el Jeep frente a su edificio, incluso se había convencido de que era cierto.

Más tarde, ese mismo día, estuvo atento y no oyó ruido en el piso de Alexis. Se dijo que no le importaba dónde pudiera estar. Tenía millones de cosas que hacer para mantenerse ocupado. Llamadas que hacer, cartas que contestar, plazos de entrega que cumplir… Sí, millones de cosas. No obstante, siguió preguntándose dónde estaría Alexis.

—De modo que por fin has entrado en razón.

Alexis miró a su padre, quien se hallaba sentado en la silla de piel de su estudio, e intentó no perder la compostura. Tuvo la sensación de que ir de visita a casa de sus padres había sido un tremendo error. Leland Carlisle era considerado un hombre impresionante en todos los aspectos: era creador y supervisor de una de las organizaciones filantrópicas más importantes del país, la Fundación Carlisle; conferenciante en varias universidades de la ciudad; presidente del club de vela de Pensilvania… No obstante, por lo que a Alexis respectaba, en ninguna de esas facetas imponía tanto respecto como en su papel de padre.

Era un hombre alto, esbelto y bien parecido, con la cabeza

poblada de un espeso cabello plateado. Le gustaba ser obedecido y llevar las riendas en todo.

—Yo no lo llamaría «entrar en razón» —repuso Alexis—. Pero sí, he decidido cumplir con mi parte del acuerdo.

Leland observó a su hija con detenimiento.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —preguntó—. ¿Qué ha sido de ese tipo tan horrible, el tal Ethan?

—Evan —corrigió Alexis—. Evan Warminster.

—Qué más da. Era un imbécil falto de carácter.

—Papá…

—En fin, dejémoslo. ¿Qué ha ocurrido?

Alexis carraspeó para aclararse la garganta.

—Pues… —no podía decirle a su padre que Evan había resultado ser el mayor fiasco de todos—. Aceptó un trabajo en el oeste.

Leland asintió.

—Yo no quería marcharme de Pensilvania —continuó Alexis—. Sería alejarme demasiado de la familia —en aquellos momentos, no le pareció una perspectiva tan desagradable.

—Bueno, hemos encontrado a un hombre ideal para ti —anunció Leland, levantándose de la silla que Alexis siempre había denominado en secreto «El Trono».

—¿Ya? —preguntó ella, incapaz de disimular su asombro—. ¿Cómo sabíais que las cosas no funcionarían entre Evan y yo?

—Lo sabes perfectamente, Lexie. Bueno, el pretendiente en cuestión es Robert Brewster. Creo que lo conociste el año pasado en la fiesta navideña de la Fundación.

No es un tipo mal parecido. Y tiene tu edad, más o menos. Tiene un conocimiento perfecto de los negocios de la Fundación y es un empleado de confianza.

Que vendería a su abuela con tal de subir a los puestos más altos de la Fundación Carlisle, pensó Alexis. Sin embargo, era guapo, como había tenido ocasión de comprobar en la fiesta a la que hizo referencia su padre. Había pasado un rato charlando con él… y tratando de pararle los pies. Robert Brewster sería, sin duda, un marido atento y fiel. No porque la amara, sino porque jamás haría nada que pusiera en peligro su puesto en la Fundación.

—Robert Brewster… No sé, papá…

—Tonterías —repuso su padre—. Es un hombre muy cabal. La boda se celebrará en junio. Ya he reseñado un restaurante para el banquete.

—¿Lo sabe Robert? —preguntó Alexis secamente.

—Naturalmente que sí —contestó, su padre—. Se lo dije después de concederle un ascenso el mes pasado.

—¿Sabes, papá? Cuanto más lo pienso, más me…

—Ese ha sido siempre tu problema, Lexie, hija mía. Piensas demasiado. Bueno, ve a saludar a tu madre. No creo que te haya oído llegar.

Alexis se levantó obedientemente y se puso a recorrer la enorme casa en busca de su madre. Sabía que probablemente encontraría a Isobel Carlisle en el ala este, leyendo en el jardín. Mientras caminaba, pensó en Ramsey, en su aventura en Atlantic City. Y recordó sus palabras: «No me ames. Nunca podré corresponderte.»

—¿Madre? —llamó conforme salía al jardín.

—¡Alexis! —exclamó Isobel con visible alegría—. ¡Qué maravillosa sorpresa!

¿Cuándo has llegado? ¿Por qué no llamaste para avisamos de que venías?

Alexis sonrió y se encogió de hombros. Nunca dejaba de sorprenderle el aspecto estupendo que ofrecía su madre a pesar de haber criado a tres hijos. Alta, esbelta y peinada a la última moda, parecía más bien su hermana mayor.

—Hola, mamá. Salí de Ardmore esta mañana.

—Menudo viaje en coche —contestó Isobel mientras cruzaba el patio para abrazar a su hija—. ¿Por qué no has tomado el tren?

—Bueno, pensé que me vendría bien conducir unas cuantas horas.

Isobel la miró como si sospechara algo, y luego la condujo a un enorme sillón.

—¿Qué sucede?

Alexis respiró hondo e intentó no llorar.

—Mamá, ¿estabas enamorada de papá cuando te casaste con él?

A Isobel no pareció sorprenderle la pregunta. Miró a su hija a los ojos y la atrajo hacia sí.

—Lo amaba mucho, sí. Y lo sigo amando. A pesar de su jactanciosidad, su manía de meterse en la vida de sus hijos, y su afición al polo.

Alexis sonrió con tristeza.

—¿Qué opinión te merece Robert Brewster? —preguntó a su madre.

Isobel reflexionó un momento. Luego respondió:

—Hace un buen trabajo en la Fundación. Aunque es un poco cobista. ¿Por qué lo preguntas?

—Papá piensa que sería un buen marido para mí.

—¿Conque de eso se trataba? —dijo Isobel con expresión de incredulidad—.

¿De ese ridículo acuerdo al que llegaste con tu padre el año pasado?

—¿Tú lo considerabas ridículo? —inquirió Alexis, sorprendida.

—Naturalmente que sí —respondió Isobel—. Le dije a tu padre que me divorciaría de él si seguía adelante con semejante disparate propio de la Edad Media.

—Pero no he encontrado ningún hombre con el que casarme —dijo Alexis—. Y

le prometí a papá que…

—Alexis, cielo, hay mucha gente que no encuentra su pareja ideal. Pero no salen corriendo a casarse con la primera persona que se lo pida. O con la persona que elija su padre —añadió Isobel.

—Sí, pero…

—¿No comprendes que serás infeliz si te casas con un hombre al que no quieres? —señaló su madre pacientemente.

Alexis no contestó. Se limitó a mirarla y a reflexionar sobre lo que acababa de decir.

—Hay muchas clases de soledad, Alexis. Estar en compañía de alguien a quien no amas es mucho peor que estar solo. No obstante, estás interesada en algún hombre, ¿a que sí?

Alexis pensó que, cuando una mujer se quedaba embarazada, liberaba una hormona que le permitía saber qué pensaban sus hijos en todo momento.

—Hace poco conocí a un hombre que me… gusta mucho —confesó.

—¿Y por qué has cruzado Pensilvania para cumplir ese ridículo acuerdo con tu padre?

Alexis agachó la cabeza y se miró las manos.

—Porque el hombre que me gusta no quiere saber nada de mí —dijo suavemente.

—Pues debe de ser un imbécil ciego y egocéntrico —repuso Isobel.

Alexis sonrió a su madre.

—Bueno, puede que sí sea un poco egocéntrico —hizo una pausa antes de seguir—. También es… escritor, mamá.

—¿Y qué?

—Bueno, ya sabes que no he tenido mucha suerte con los artistas.

—Alexis, querida, no recuerdo que hayas salido con ningún artista. Sólo con payasos, farsantes y parásitos, con menos talento

artístico que una ameba.

—¡Mamá!

—¿Vas a negarlo?

En un principio, Alexis deseó rebatir las afirmaciones de su madre. Pero, finalmente, se limitó a decir:

—No, supongo que tienes razón.

Ramsey había estado en lo cierto. Siempre se había buscado los hombres más aberrantes que pudo encontrar simplemente porque sabía que así fastidiaría a su padre.

—¿Os importará que pase aquí algunos días? —preguntó de repente a su madre. Necesitaba dejar transcurrir un tiempo antes de volver a ver a Ramsey.

—No, pero quiero que me respondas a dos preguntas —dijo Isobel.

—¿Cuáles?

—El hombre al quieres, ¿sabe lo que sientes por él?

—Sí —contestó Alexis con tristeza—. Me temo que le confesé que lo amaba.

Isobel asintió. Conocía muy bien a su hija, y comprendió perfectamente la situación.

—¿Y la segunda pregunta? —inquirió Alexis.

—¿De verdad piensas casarte con Robert Brewster simplemente porque tu padre lo desee?

—No —contestó Alexis inmediatamente—. Se lo diré a papá por la mañana.

Tienes razón, mamá. Es mejor estar sola que con alguien a quien no amas. Jamás seré feliz con otro hombre que no sea Ramsey. De modo que tendré que acostumbrarme a la soledad.

—Ramsey —repitió Isobel en tono pensativo—. Un nombre bonito. Fuerte. Tal vez ese escritor te dé una sorpresa, querida.

Alexis sonrió, pero no dijo nada. Al cabo de un rato se levantó y se retiró a su antiguo cuarto. Desde luego, no se podía negar que Ramsey Walker era una caja de sorpresas. Por desgracia, Alexis no creía que cambiase de opinión en ese aspecto.

Jamás amaría a una mujer como ella. Él mismo lo había dicho. Ahora tendría que vivir cerca de él… pero lejos al mismo tiempo. Lo vería salir con unas y otras, tal vez buscando a la mujer especial que le daría la felicidad. Saber que ella jamás podría ser esa mujer especial le hacía un daño insoportable.

Tal vez cuando regresara a Ardmore buscaría otro piso lejos del de Ramsey. Si iba a pasar sola el resto de su vida, debía hacerlo en paz.

Capítulo Once

Finalmente, Alexis permaneció en casa de sus padres hasta el sábado siguiente.

Su ego había recibido un duro golpe cuando, al llamar al Comité para pedir un par de días libres, le dijeron que podía tomarse toda la semana si lo deseaba. Se las arreglarían bien sin ella.

Cuando confesó a su padre que no tenía ninguna intención de casarse con Robert Brewster, Leland siguió en sus trece y se negó a cancelar las reservas del restaurante, pues estaba convencido de que su hija no tardaría en «entrar en razón».

Alexis meneó la cabeza y respondió que se llevaría un auténtico chasco cuando viera que él y Robert eran los únicos que se presentarían a la ceremonia.

Mientras su coche devoraba los kilómetros de regreso a Ardmore, por la autopista de Pensilvania, Alexis se obligó a pensar en el futuro. Hablar con su madre le había ayudado a ver las cosas con cierta perspectiva. Amaba a Ramsey. Eso era un hecho claro e indiscutible. No obstante, también estaba claro que él jamás podría corresponderle. Se sentía orgulloso de su soltería y no estaba dispuesto a ir más allá de unos cuantos escarceos sexuales con el sexo opuesto. Escarceos que dejaban de interesarle una vez que la amante de turno dejaba de ser una novedad. Por divertido que fuera acostarse con Ramsey, una mera unión física jamás sería suficiente para Alexis.

Recordó el modo en que se habían despedido en Atlantic City y comprendió que, por lo que a Ramsey respectaba, Alexis ya no ofrecía el atractivo de la novedad.

Existían pocas posibilidades de que él estuviera interesado en volver a tener una relación física con ella.

Su piso sería un lugar muy solitario. Naturalmente, podría escuchar lo que sucedía en el piso de abajo. Oiría la voz grave y profunda de Ramsey mientras dictaba sus textos o hablaba por teléfono; oiría el ruido de la máquina de escribir que, con toda seguridad, seguiría manteniéndola en vela hasta altas horas de la madrugada. Aunque eso sería preferible a dormir, pues desde hacía una semana sufría pesadillas en las que siempre figuraba Ramsey.

Pensó en comprarse un animal de compañía. Le gustaba la idea de que alguien, aunque fuese una criatura de cuatro patas, le diera la bienvenida cuando llegase a casa por las noches. Los gatos eran animales bonitos, pero no necesitaban a su amo del modo en que Alexis deseaba sentirse necesitada. Los perros, sin embargo, siempre hacían sentir a su dueño como si éste fuera el rey de su mundo. Sí,

decidió que probablemente adquiriría un perro. Un peno que le hiciera compañía y escuchase su conversación sin juzgarla ni ponerle faltas.

Cuando los lugares por los que pasaba comenzaron a resultarle familiares, Alexis sonrió por primera vez desde hacía una semana. Volvía a casa. Siempre era agradable recuperar aquellas cosas que una apreciaba y quería. Se obligó a desechar la idea de que Ramsey Walker formaba parte de dichas cosas. Había dejado perfectamente claro que no deseaba formar parte de su vida. Tendría que habituarse a la idea.

Conforme abandonaba la autopista y se acercaba a su vecindario, Alexis notó una gran tensión en el estómago. La ausencia de Ramsey Walker era algo que no tendría más remedio que soportar. Sin embargo, sabía que nunca, nunca, se acostumbraría a vivir sin él.

Rex Malone volvía a estar en un aprieto. Por algún motivo, tenía problemas para relacionarse con las mujeres. Desde luego, Rex nunca se había molestado en cultivar dichas relaciones. Al fin y al cabo, eso era algo impropio de un hombre de verdad. Pero, de alguna manera, el aguerrido detective privado ya no podía ni siquiera obtener los favores de una mujer como Penélope Largo. No los deseaba.

¿Qué pensaría Raymond Chandler? Menos mal que el viejo Ray no podía ver en lo que Ramsey había convertido a un hombre hecho y derecho como Rex Malone.

Seguramente, habría sacudido la cabeza, decepcionado.

—Esto se me está yendo de las manos —dijo Ramsey en voz alta. De pronto, sintió la necesidad de tomar una copa. Se dirigió distraídamente hacia la cocina y abrió el mueble en el que guardaba su colección de marcas de whisky. Mientras vertía una generosa cantidad de licor ámbar en un vaso, sacudió la cabeza con consternación. Finalmente, Alexis Carlisle lo había impulsado a beber. En el fondo de su mente, Ramsey sabía que Alexis era la culpable del bloqueo que le impedía escribir.

No podía dejar de pensar en ella. La figura de Alexis lo acompañaba constantemente, excitando sus sueños por las noches, enredando sus pensamientos durante el día. Incluso aparecía en las escenas de la novela que estaba escribiendo.

Tachaba a Rex Malone de estereotipo machista y le decía a Penélope Largo que cualquier mujer con un mínimo de integridad se alejaría de aquel hombre tan inadecuado. En definitiva, Alexis Carlisle le estaba complicando la vida.

¿Y dónde diablos había estado aquella semana?

Después de tomarse tres copitas de whisky, Ramsey empezó a sentirse un poco mejor. Tapó la botella y volvió a su despacho. La máquina de escribir lo invitaba a seguir escribiendo, pero él vaciló. Alexis había calificado a sus personajes de estereotipos y sus argumentos de predecibles. Había dicho que sus diálogos eran poco naturales y su prosa poco evocadora. Tenía que haberse sentido insultado por aquellas críticas. Sin embargo, le dieron que pensar.

¿Tendría razón Alexis?, se preguntó, odiándose a sí mismo por permitir que ella influyera en su vida de aquel modo. Si un escritor no tenía fe en lo que escribía, ¿qué le quedaba entonces? Jamás había dudado de su talento, jamás había entregado a su agente o al editor una sola página de la que no estuviera absolutamente satisfecho. Si Alexis pensaba que su obra era una basura, era problema de ella, ¿verdad? Al fin y al cabo, un millón de lectores opinaban lo contrario. ¿Por qué debían preocuparle las críticas de una mujer?

Porque le importaban, admitió por fin. Por desagradable que fuera reconocerlo, la opinión de Alexis significaba mucho para Ramsey.

De mala gana, se sentó de nuevo delante de la máquina de escribir y recogió la carpeta en la que guardaba el último capítulo que había escrito. Apuró el vaso de whisky y se puso a leer.

Era cierto que aquella novela le estaba costando más de lo habitual. Las tres primeras, al menos, las escribió con absoluta facilidad. Tal vez el problema era que Rex Malone se había vuelto demasiado infalible. Quizá necesitaba un caso que no pudiera resolver por sí mismo.

Los labios de Ramsey se curvaron, formando una sonrisa. Sí, tal vez el bueno de Rex precisaba un poco de ayuda en esta ocasión. Y la encontraría… en una compañera femenina. Ramsey se recostó en la silla y se puso a reflexionar.

Pero no pudo evitar preguntarse cuándo volvería Alexis a su casa.

De pronto, oyó el ruido de unos pasos en la escalera. ¡Alexis había regresado!

Ya iba siendo hora. Instintivamente, se levantó de la silla y fue a abrir la puerta, con la intención de preguntarle dónde demonios había pasado los últimos seis días.

Luego se obligó a mantener la calma.

No era asunto suyo. Lo que Alexis hiciera o dejara de hacer en su tiempo libre no le concernía. Por mucho que él deseara lo

contrario.

Había hecho lo posible por hacerle saber que no tenían nada en común, salvo una atracción sexual que ya habían saciado. Y, por la mirada que vio en los ojos de Alexis antes de separarse de ella, resultaba evidente que se había tragado la comedia.

Ahora, el problema era que él mismo no creía ninguna de sus afirmaciones.

Escuchó atentamente los sonidos que hacía Alexis. El delicado repiqueteo de sus pasos en el rellano de la escalera, el crujido de su puerta al abrirse. Siguió el ruido de sus pasos hasta el dormitorio, escuchó el golpeteo sordo de los zapatos al caer al suelo. Después se produjo un silencio total. Se estaba desvistiendo. Maldición, ¿por qué tenía que hacerlo en esos momentos, precisamente? Ramsey pensó que le sería imposible ponerse a trabajar durante el resto del día. Lo único que tenía en la cabeza era la ropa interior de Alexis.

Tenía que salir del apartamento un rato. Pensar en Alexis lo estaba volviendo loco. Mujeres, pensó con desagrado. No, «mujeres», no. «Mujer». Nunca se había obsesionado de aquella manera con ninguna persona. Alexis Carlisle le había llegado muy hondo, y Ramsey no acertaba a explicarse por qué.

Le iría bien respirar un poco de aire fresco, retirarse a algún sitio donde no lo atormentaran los pensamientos sobre Alexis. Mientras se ponía la chaqueta, Ramsey hizo una mueca. Sabía perfectamente que no existía un solo lugar en todo el universo donde estuviera a salvo de la influencia de Alexis. Su única esperanza consistía en tratar de resistir aquel martirio.

Durante los siguientes seis días, Ramsey y Alexis hicieron lo posible por evitarse. Y lo consiguieron, salvo en una ocasión. El miércoles por la mañana, ella se había levantado tarde y salía a toda prisa para llegar a tiempo al trabajo. Bajando las escaleras, justo en la planta de Ramsey, notó que un liguero se le soltaba, seguramente porque se lo había colocado mal debido a las prisas. Dejó escapar un gruñido de frustración y se agachó para subirse la falda con el objeto de ponerse bien el liguero.

En esto, Ramsey abrió la puerta de su piso y salió para recoger el periódico.

Sólo llevaba puestos unos pantalones cortos.

Cuando vio a Alexis en aquella situación, con la falda levantada e intentando ponerse el liguero de lacitos rosa, Ramsey casi se ruborizó.

Las miradas de ambos se encontraron por un fugaz instante, y de repente pareció que el edificio hubiese estallado en llamas. Antes de

que ella tuvieran ocasión de decir nada, él se dio media vuelta susurrando:

—Dios mío, ya no puedo seguir soportándolo.

Por algún motivo, aquel comentario hizo sonreír a Alexis.

El viernes por la noche, Ramsey volvía a estar solo en su piso. Había estado solo todas las noches desde que volviera de Atlantic City. Como de costumbre, se había puesto a revisar el trabajo realizado durante el día, en concreto un capítulo que contenía una escena primordial, pues en ella se presentaba a un nuevo personaje. La pareja ideal de Rex Malone. Una detective atractiva, inteligente y locuaz llamada Cassandra Carson.

Era, sin duda alguna, el mejor personaje creado por Ramsey hasta la fecha.

Entre Rex y Cassandra existía una tensión sexual lo bastante significativa como para conferir interés a los diálogos. Ramsey pensó que la pareja tenía un gran futuro literario por delante. Incluso a Alexis le agradaría la nueva novela.

Sintió el impulso de subir a su piso para leerle el capítulo y conocer su opinión.

Jamás había tenido necesidad de hacer algo semejante. Ramsey Walker era un escritor solitario que jamás permitía que nadie, aparte de Theo y Mack, leyeran sus obras antes de que apareciesen en las librerías.

Pero deseaba compartir su obra con Alexis. De repente, deseó que ella formase parte de todo aquello que tuviera importancia para él. No dejaba de pensar en lo mucho que la echaba de menos.

En aquellos momentos, Alexis estaba en su piso. Ramsey la había oído subir hacía escasamente quince minutos. No existía ninguna ley que le impidiera subir a charlar un poco con ella, ¿verdad? Quizá podían incluso salir a cenar o a tomar un café. Luego darían un hermoso paseo por el parque. El tiempo aún era bueno y, seguramente, el aire fresco les aclararía la mente. Aunque, de repente, Ramsey Walker vio las cosas con más claridad que nunca en su vida.

Se puso unos pantalones marrones y un jersey color avena, se peinó concienzudamente y… oyó un ruido en el cuarto de baño de arriba.

Alexis estaba otra vez en la bañera. Pero no se encontraba sola.

Ramsey trató de calmar su corazón desbocado, intentó convencerse de que lo que había oído no era a Alexis pasándoselo bien en la bañera con otra persona.

Por desgracia, los gemidos de placer y el chapoteo que oyó a

continuación le obligaron a pensar lo contrario. Maldición, ¿cómo podía haberse metido en la bañera con otra persona? ¿Tan poco significaba para ella lo que habían experimentado juntos? ¿Acaso Ramsey no había sido más que otra conquista para Alexis…?

No pudo soportarlo. Había llegado la hora de aclarar las cosas con ella. En primer lugar, le confesaría que la amaba y que no podía vivir sin ella. En segundo lugar, dejaría perfectamente claro que no estaba dispuesto a marcharse de su piso hasta que ella sintiera lo mismo por él.

Subió con furia los escalones y se plantó delante de la puerta de Alexis. Luego la llamó a voces. Por un momento, temió que ella no le contestara.

—¡Alexis! ¡Abre la maldita puerta!

De repente, la puerta se abrió y Alexis apareció frente a él. Estaba empapada, pero vestida. Llevaba puestos unos pantalones vaqueros desgastados y una camiseta roja manchada de pintura. Ramsey pensó que semejante ropa no era la más adecuada para una cita romántica. Aun así, Alexis le pareció más hermosa que nunca.

Iba sin maquillar y tenía el cabello recogido en una trenza que le caía por el hombro. Impulsivamente, le colocó una mano en la nuca y la atrajo hacía sí para darle un beso.

Alexis no tuvo tiempo de pensar en nada. Se limitó a devolverle el beso y a dejarse abrazar.

—Te he echado de menos —susurró Ramsey por fin.

—Y yo a ti —repuso ella, sin aliento.

Él entró y cerró la puerta. Al principio, Alexis no comprendió por qué Ramsey tenía aquella expresión de sospecha en el rostro.

—¿Dónele está? —exigió saber Ramsey.

—¿Dónde está quién? —preguntó Alexis enarcando las cejas.

—Sabes perfectamente de lo que hablo. ¿Dónde tienes escondido al cretino que he oído revolcarse en la bañera contigo? Voy a hacerlo papilla. No me gusta que ningún hombre busque nada contigo después de lo que tú y yo… En fin, ya sabes.

Alexis arrugó la frente. Conque era eso. La había oído en la bañera y había pensado que otro hombre invadía su territorio. Muy bien. Si el señor Walker pensaba que ella le pertenecía por el hecho de haberse acostado con él una vez, estaba muy equivocado.

—¿Cómo te atreves? —le preguntó en tono desafiante—. Que hayamos pasado una noche juntos note da derecho a venir aquí con la intención de echar a mis posibles amantes.

—¿Ah, no? —respondió él con los ojos entornados—. Sí tengo derecho. ¿Sabes por qué? Por te quiero.

Antes de que Alexis tuviera tiempo para reaccionar, Ramsey le colocó las manos firmemente sobre los hombros y la apartó a un lado. Luego se dirigió hacia el cuarto de baño dando grandes zancadas. Alexis estaba a punto de prorrumpir en carcajadas, imaginando cómo reaccionaría Ramsey cuando encontrase al «hombre»

que había en la bañera.

Ramsey abrió de un tirón la puerta del cuarto de baño y se quedó boquiabierto.

Acurrucado en un rincón había un cachorrito de perro, envuelto en una toalla.

—Oh, Ramsey, has asustado a la pobre criaturita —susurró Alexis a su espalda.

Luego entró en el cuarto de baño y tomó al perro en los brazos —. Pobre *Pagliacci* —

susurró al animal—. ¿Te ha asustado papá Ramsey? Tranquilo. Yo te protegeré.

Ramsey estaba totalmente estupefacto.

—¿Le has puesto de nombre *Pagliacci*? ¿Qué quieres, que cuando sea mayor le zurren todos los perros del barrio?

— *Pagliacci* es un nombre perfecto —contestó Alexis—. Es el nombre de un personaje de una de mis óperas preferidas. ¿Qué nombre sugiere usted, señor Walker?

Ramsey le sonrió y dio un paso hacia ella. Alexis retrocedió hasta la pared, y tragó saliva cuando él se apretó contra ella y la rodeó con los brazos. Luego miró al cachorrito que sostenía entre los brazos.

—¿Crees que nuestro amiguito podrá pasar solo un rato? —preguntó con voz serena.

Alexis tardó un momento en contestar. Respiró hondo y dijo con voz temblorosa:

—Sí. Podrá quedarse solo… un rato.

—Muy bien. Venga, *Rex*, vete a jugar —dijo Ramsey al perrito.

—¿ *Rex*? —protestó Alexis—. ¿No pensarás en serio llamarlo *Rex*? Es el nombre de ese horrible detecti…

Se interrumpió al notar que él la miraba fijamente a los ojos. Ramsey se inclinó sobre Alexis y le dio un beso dulce y tierno. Ella le correspondió, clavándole los dedos en el pecho y colocándole luego las manos en las caderas.

—Oh, Ramsey, cuánto te he echado de menos —susurró Alexis entre jadeos—.

Lo que dijiste antes… ¿iba en serio?

—Sí, muy en serio. Nunca me había enamorado con anterioridad, Alexis, pero estoy loco por ti. Te quiero, Alexis.

Después de besarlo, ella lo tomó de la mano y lo condujo al dormitorio.

—Antes de que… bueno, ya sabes…

—¿Sí? —preguntó Ramsey, sonriendo ante su repentina limitación en materia de vocabulario.

—Antes de que lo hagamos, quiero confesarte algo.

—¿De veras?

—Sí —contestó ella con voz vacilante—. ¿Recuerdas que te dije que los diálogos de tus primeras novelas eran poco fluidos y que tu prosa era poco evocadora?

—¿Cómo se me iba a olvidar? —respondió él con ironía.

—He vuelto a leer tus novelas en estos días…

—¿En serio?

—Sí. Y me he dado cuenta de que me gusta tu prosa. Además, creo que tus diálogos tienen mucho gancho.

—¿Estás siendo sincera?

Alexis asintió con la cabeza.

—No obstante, pienso que necesitas trabajarte más algunos de los personajes femeninos.

—Es curioso que lo menciones. Acabo de escribir un nuevo capítulo y me gustaría saber qué te parece.

—¿Sí? —preguntó Alexis, entusiasmada por el hecho de que Ramsey deseara compartir su trabajo con ella.

—Sí —asintió él. Luego introdujo los dedos en las presillas de los pantalones de Alexis y la atrajo hacia sí—. Pero lo dejaremos para más tarde. Para mucho más tarde.

Comenzó a besarle el cuello, el torso, el vientre, hasta que sus labios se toparon con el obstáculo de la medias. Decidió que Alexis llevaba puesta demasiada ropa.

—Quítate la camisa —murmuró mientras le pasaba los labios y las mejillas por el abdomen.

—Ahora quítate tú el jersey —le pidió ella—. Y los pantalones, y los zapatos, y los calcetines…

—Siempre deseé acariciar tu ropa interior —dijo Ramsey— mientras la llevabas puesta. Prométeme que, de ahora en adelante, yo seré el único que podré quitártela.

—Te lo prometo —dijo Alexis con una sonrisa.

—Y prométeme que, la próxima vez que hagamos el amor, llevarás puesto el liguero con lacitos rosa.

—¡Ramsey! —exclamó ella. Luego asintió—. Está bien. Pero,

¿quién va a explicarle todo eso al hombre que se case conmigo?

Ramsey se echó encima de Alexis y dijo:

—Se supone que ese hombre soy yo.

Ella notó que el corazón le rebosaba de alegría al oír aquello.

—Ya. Pero, verás, la semana pasada fui a Pittsburgh a visitar a mis padres, y…

—Ahí era donde te habías metido —interrumpió él al tiempo que le besaba el cuello.

—Sí —aseguró Alexis casi sin aliento—. Y parece que mi padre ha reseñado un yate y un restaurante para el banquete de boda, que se celebrará en junio. Él cree que… Oh, Ramsey, cómo me gusta eso.

—¿Sí? —murmuró él con la cabeza hundida entre los senos de Alexis—. ¿Qué cree tu padre?

—Cree que me casaré con uno de sus empleados en junio.

—Pues es raro —dijo Ramsey—. Porque para entonces nosotros llevaremos varios meses casados. Puede que incluso esperemos un pequeño Walker. Y me temo que mis padres insistirán en que nos casemos al más puro estilo del sur de Filadelfia.

Alexis se echó a reír.

—Será maravilloso —dijo—. No me imagino a mi padre bailando al son del acordeón.

—Eh, a mí me gusta la música de acordeón —repuso él.

—Tendrás que llamar a mi padre para comunicarle la noticia. Así sabrá desde un principio que no me caso con un imbécil falto de carácter.

Ramsey arrugó la frente, confundido.

—Creo que tendrás que hablarme un poco más de tu padre, Alexis —miró su cuerpo desnudo y esbozó una sonrisa lasciva—. Pero más tarde. Mucho, mucho más tarde.

—Y una cosa más —murmuró Ramsey suavemente esa misma noche, mientras permanecían abrazados en la cama haciendo planes de futuro.

—¿Sí? —preguntó Alexis con voz lánguida. Se sentía más satisfecha que nunca en su vida.

—¿Te das cuenta de lo grande que se pondrá *Rex*? —dijo Ramsey, mirando al cachorrillo negro, que se hallaba echado a los pies de la cama—. ¿Te has fijado en el tamaño de sus patas?

—Tienes razón.

—Ese perro se pondrá más grande que el sofá de tu sala de estar, cariño.

—Pero *Pagliacci* tendrá espacio de sobra en el piso.

—No, tesoro. Créeme. Tendremos que comprarnos una casa más grande. Mira, he estado buscando alguna en Bucks County.

—Bucks County —murmuró ella—. Me encanta ese sitio. Siempre huele a manzanas recién caídas del árbol.

Ramsey permaneció callado unos instantes, y luego se echó a reír.

—No puedo creerlo —dijo con voz serena.

—¿El qué?

—Que estemos de acuerdo. Parece que sí hay algo en el mundo que nos guste a los dos.

—Naturalmente que lo hay, Ramsey —le dijo con sonrisa picara —. Pero no hace falta pensar en Bucks County para que te des cuenta.

Ramsey la contempló a la luz de la luna. Por su expresión, supo qué era lo que deseaba en aquellos momentos. Alexis le acarició el vello del pecho y luego le dio un beso. Era totalmente cierto. Alexis y él tenían mucho en común. De hecho, formaban una pareja ideal.

Fin